

An abstract geometric composition consisting of several black squares and triangles of varying sizes and orientations, scattered across the white background. Some shapes are solid black, while others are filled with a fine, stippled texture. The shapes are arranged in a way that suggests movement and depth.

# NUEVAS PARABOLAS



**PEDAL  
SIGUEME**

---

Nuevas parábolas

---

Pedal 217

---

Otras obras  
en la colección Pedal:

- J. M. Ballarín, *Francesco* (P 30)
- J. M. Ballarín, *Semillas al viento* (P 118)
- G. Bessière, *Préstame tus ojos*, I (P 149)
- G. Bessière, *Préstame tus ojos*, II (P 196)
- M. Quoist, *A corazón abierto* (P 166)
- M. Quoist, *Caminos de oración* (P 200)
- A. Altisent, *Reflexiones de un monje* (P 211)

---

P.-J. Ynaraja Díaz

---

---

NUEVAS PARABOLAS

---

TERCERA EDICION

---

Ediciones Sígueme

---

Salamanca 1997

---

---

Maquetación y cubierta: Luis de Horna

---

© Ediciones Sígueme, S.A., 1991  
Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)  
ISBN: 84-301-1156-5  
Depósito Legal: S. 972-1997  
Printed in Spain  
Imprime: Gráficas Varona  
Polígono «El Montalvo». Salamanca, 1997

---

---

## Contenido

---

<i>El hombre y la parábola</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	15
1. Servicio al tercer mundo .....	19
2. La humildad .....	21
3. La fe .....	22
4. La oración.....	23
5. La fe en momentos de crisis.....	25
6. La fe, otra vez.....	27
7. Generosidad .....	28
8. De nuevo la fe.....	29
9. ¿El Señor se enamoró? .....	31
10. Contra el egoísmo .....	32
11. Viaje al Japón .....	33
12. El paraguas .....	35
13. El freno de la moto.....	37
14. La red.....	39
15. Sistemas políticos.....	40
16. Los jóvenes .....	42
17. La esperanza.....	45
18. La oración.....	47
19. El conductor.....	49
20. Los despertadores.....	51
21. La muñeca rusa y la oración.....	53
22. El médico y el boticario.....	56
23. El teléfono .....	59

24. Espiritualidades cristianas.....	60
25. El cielo de algunos católicos.....	62
26. El sentido de las cosas.....	65
27. El fiscal del juicio final.....	67
28. Sentido divino.....	69
29. Remozar el edificio.....	71
30. De nuevo el enamoramiento.....	73
31. Quién se conoce mejor.....	75
32. La pita.....	77
33. De nuevo el teléfono.....	79
34. La caridad en la calle.....	80
35. Dejarse querer.....	81
36. Los agujeros negros.....	83
37. El compromiso.....	85
38. De nuevo con los jóvenes.....	87
39. El acelerador de partículas.....	89
40. Los hermanos gemelos.....	91
41. El concierto de año nuevo.....	93
42. El entrenador.....	95
43. Salud espiritual.....	97
44. Genuinidad humana.....	99
45. La infección de garganta.....	101
46. El limbo de los estúpidos.....	102
47. El torero.....	105
48. Los perros.....	107
49. El globo.....	108
50. La rama desgajada del almendro.....	109
51. El aristócrata inglés y el americano.....	111
52. El acelerador.....	112
53. El director de orquesta.....	113
54. Las raíces.....	114
55. La jubilación.....	115
56. Otra vez, la fe.....	116
57. Los semáforos sincronizados.....	117
58. La encina.....	118
59. El pecado original.....	119

60. El embrión .....	121
61. La hierbabuena .....	123
62. El ordenador .....	125
63. La bola de nieve .....	126
64. Guerrillero y terrorista .....	127
65. La vida en el invierno .....	129
66. Concierto selecto .....	130
67. El viajante .....	131
68. Los tiempos pasados .....	133
69. La calculadora y el calendario .....	134
70. La aspirina .....	137
71. El niño que se hizo daño .....	139
72. El conductor nocturno .....	140
73. La montaña quemada .....	141
74. El pastor y su rebaño .....	143
75. La documentación perdida .....	144
76. La llave perdida .....	145
77. La llegada del otoño .....	146
78. La roca de Montserrat .....	147
79. La gota de agua .....	148
80. La cabina telefónica .....	149
81. La salsa mayonesa .....	150
82. El espejo .....	151
83. Los técnicos de la buena técnica .....	152
84. La hormiga diligente .....	153
85. La agencia de relaciones humanas .....	155
86. El urogallo .....	157
87. El puente sobre el río Kwai .....	158
88. El vagón correo que se quemó .....	159
89. El que se levantó un día con suerte .....	161
90. Las acacias del desierto .....	163
91. Las semillas de oriente .....	164
92. La energía cinética espiritual .....	166
93. El robo en casa .....	167
94. El hueso de melocotón .....	169
95. El ratón de la biblioteca .....	170



96. El carrito fotográfico .....	171
97. El orangután camarero.....	172
98. El cohete de feria .....	173
99. La arcilla .....	174
<i>Indice alfabético</i> .....	175
<i>Indice temático</i> .....	177

---

## El hombre y la parábola

---

Todo quisque que se precie, al prologar un libro, acaba diciendo que vale la pena. Empezaré al revés. Empezaré diciendo que el libro tiene valor para quien adivine que la vida es bastante más que dar volteretas entre la angustia y el escapismo.

Es un libro suave, sin estridencias ni pataleos de quien quiere hacerse el original. Quien sólo conozca de paso al cura Ynaraja quizá se extrañe, los que tenemos la suerte de conocerlo de antiguo y por dentro, sabemos que no podía ser de otra manera.

Desde que entró en el seminario de Vic, Pedro-José Ynaraja fue tenido por cabra. Quiero decir que no entró bien en la horma de la clerecía. No podía ser menos. El seminario de Vic era un aljibe adonde llegaban las más lejanas aguas de la Cataluña vieja, de las pontificales del abad Oliba a las pontificalísimas de Torras y Bages, adornadas por las angélicas de Mn. Cinto Verdaguer. El chaval Pedro-José, castellano de Castilla la Vieja, habló catalán, pero nunca perdió las anchuras de su tierra.

No obstante, fue bien recibido y logró salir con éxito. Con todo y ser tildado de original, logró cantar misa.

Y ¡cataplún!, a Calaf.

Hoy en día estamos acostumbrados al coadjutor que va a la suya, con desenfado, nada de latín, sin convencionalismos de ninguna clase, alegre y sin parar de tener reuniones y dejando los funerales y las misas a horas intempestivas para el párroco.

En tiempos del curita Pedro-José, los funerales, el despacho parroquial, los bautizos, las misas de madrugada y cualquier cosa que resultara incómoda, tocaba solucionarla al coadjutor.

Pero en aquellos días de Calaf este coadjutor maduraba de otra manera. Se daba al escultismo, a los «de colores», a los equipos de matrimonios, a los encuentros de jóvenes y a las charlas hasta las tantas de la madrugada. Fue una generación de coadjutores con legañas en las misas tempranas y cabezadas en las últimas reuniones de grupo.

Fuera como fuese, entre legañas y cabezadas, aquellos curas no paraban. Los párrocos, chapados a la antigua, asustados corrían a palacio para susurrarle al obispo preguntándole adónde se iría a parar con aquella juventud clerical. Los obispos eran de chapado tan antiguo y tan ceñudo como los párrocos, por no decir más. Y mira por dónde, aquellos coadjutores fueron la generación de los curas esparcidos a la buena de Dios.

La descampada tocó de lleno a Pedro-José Ynaraja. Ya nos conocíamos de antaño cuando lo encontré en el tren con su petate al hombro hacia La Llobeta. Seguramente hacía un año que yo había llegado con mi macuto a Queralt. A los dos el obispo nos había dicho que aquello era cosa de un par de años, pero los dos sabíamos que aquello iba para largo. Y tanto que lo fue. Él todavía está en La Llobeta y yo, gracias a Dios, todavía estoy en Queralt.

¡Ojo! que La Llobeta no es Queralt. La Llobeta está en el llano, aguas arriba, cerca de Aiguafreda, en un antiguo chalet de unos señores que lo regalaron a las monjas. ¡Ay Dios mío! Ynaraja iba de capellán de monjas. Y cuidado con meter ruido.

Pero Pedro-José fue capaz de fabricarse el ruido solo. Sabe trabajar de carpintero, de mecánico, de pintor de paredes, de pirograbador, de dibujante y de cualquier cosa que necesite habilidad para llenar el día. Con cuatro chismes y unos cuantos padrenuestros, que todo hay que decirlo.

Pero nuestro hombrecito no tenía bastante con los chismes, era cura y tenía la bendita libertad de quien está en el exilio. La

Llobeta se convirtió en refugio de quien se presentara. Tanto fue así que aunque no recuerde el nombre, Ynaraja organizó entre otras cosas, una especie de congreso de neuróticos. De esto hace treinta años. Al cabo de treinta años con más calma y con el mismo empuje, él sigue en sus trece. Y que dure, Dios mío.

Ynaraja es alguien que aglutina, que reúne gente en su entorno, trata de tú a tú, se los lleva a la montaña, se sienta con ellos en paz y padrenuestros, reflexiona en grupo y enseña a orar. Zumbando como un moscardón, Ynaraja ha sabido encontrar con los otros las nuevas parábolas de este libro. Como un moscardón.

Eso parece.

Porque lo profundo de lo más hondo es otra cosa.

Este hombre, tan sacerdote, lleva dentro a Castilla con la desazón de los grandes horizontes. «Adónde te escondiste, Amado». Y vive en la añoranza de los místicos. «Quedéme y olvidéme».

Ve ahí.

Este libro ha salido vivido en grupo por uno que siempre tiene el teléfono cerca para poder contestar al instante. Pero lleva los contrapuntos de la vida de Pedro-José entre el ronronear de cada día y la paz de cada noche. De este contrapunto, cada hecho vivido es una parábola de las nuevas parábolas.

Jesús de Nazaret hizo parábolas de todo lo que había vivido en su pueblo. El sembrador, la gallina clueca, el candil, la dracma perdida, las bodas, los pastores, el padre que tenía dos hijos, el hombre apaleado en medio del camino desierto. En ellas el mundillo de cada día de un pueblo de mala muerte deviene eternidad y palabra para cada siglo.

Pero cada momento de cada siglo, cada acontecer de nuestra vida es un eco de las parábolas del Señor. El tren, el teléfono, la carretera, el coche, la televisión. Y sobre todo los hombres, cada hombre es una parábola de gracia y mucho más cuando vive en la desgracia.

Todo es parábola. Para comprobarlo no hay más que creer en Dios y haber escuchado el susurro silencioso de Jesús en la plegaria. Únicamente el silencio es el tornavoz al instante de eternidad, como decía nuestro poeta Maragall.

Y no me complico más la vida.

Acabo. Ahora empiezas tú, lector.

J. M. Ballarín

---

## Introducción

---

*Por eso el buen pedagogo, dice el Señor, para que entiendan cómo es y qué es el reino de los cielos, revuelve en su memoria y saca cosas nuevas y viejas, éxitos y fracasos, recuerdos y sugerencias. Y los explica.*

La parábola como género didáctico la encontramos en la Biblia mucho antes de los tiempos evangélicos, pero es Jesús el que hace un mayor uso de este recurso pedagógico. Ahora bien, la parábola, por estar anclada en la gente concreta de un país y un tiempo determinados, sufre los cambios de estos parámetros mucho más que otros recursos de enseñanza. Sin duda, narraciones como la del hijo pródigo son hoy en día perfectamente entendidas. Otras como la de los talentos o la de las minas se pueden entender con sólo substituir el nombre y valor de las monedas. Pero con otras comparaciones resulta mucho más difícil hacerlo. Voy a explicar una experiencia personal. En una misa habíamos leído aquella secuencia evangélica de los segadores y los campos sin jornaleros para recoger la cosecha. Pregunté entonces quién sabía cómo se efectuaba la siega cuando esta operación se hacía a mano. Los mayores lo sabían y habían visto hacerlo. Los de edad mediana sabían cómo se efectuaba el trabajo, pero nunca habían sido espectadores de él. Los más jóvenes no tenían ni la más remota idea. Y esto acontecía en un país como Cataluña donde su himno nacional tiene por nombre precisamente «Els segadors» (Los segadores) ¿Deberemos traducir, sirva de ejemplo, pedid al amo de la mies

que envíe más cosechadoras? Lógicamente, no. ¿Será una buena solución encontrar nuevas parábolas, apropiadas a nuestro tiempo y a cada clase de gente a la que pertenezca nuestro auditorio? Es una hipótesis que acepto y para la cual colaboro con este escrito.

Estas parábolas no pretenden ser reveladas ni siquiera inspiradas. Han sido, eso sí, vividas, meditadas, rezadas y, en algún caso, sufridas. Han nacido en una realidad personal determinada. Soy un presbítero diocesano que por tanto vivo una tensión interior entre una actitud misionera (el Papa la llama nueva evangelización) y una vida contemplativa (en otro lugar he escrito que mi matrimonio es con la soledad y lo vivo en el silencio), pero todo esto es una realidad sumergida en un mundo de vertiginoso progreso técnico y exagerada comunicación de masas (¿Será verdad que la comunicación personal es inversamente proporcional a la invasión de medios de comunicación social?). Otra realidad personal desembocaría con toda seguridad en otros ejemplos.

Las vivencias son diversas y las parábolas también. Pueden brotar del deseo de mejor comprensión de una lectura bíblica en la celebración eucarística dominical o haber nacido en un «Encuentro de La Llobeta» o resultar ser consecuencia de conversaciones íntimas o de crisis personales ya superadas. A veces, como en el caso de la rama del almendro desgajada de su tronco, soy yo solo quien la ha vivido y, agradecido, he recibido la enseñanza que me suscitaba el Señor. Otras veces, como la número 25, es eco del sufrimiento por las actitudes de ciertos grupos que han venido a la «Casa de espiritualidad de La Llobeta» de la que soy capellán (¿Habéis observado la malsana tendencia a reprivatizar la vivencia de la fe que tienen muchos eclesiásticos de hoy en día?). A veces son imágenes antiguas como la del número 67, que es mi buena madre, o la de la chiquilla, Toñi para más señas, que aparece más de una vez, mi primer amor, y que hace años según tengo entendido murió de leucemia. Pero otras parábolas son recientes. Explico todo esto para dar una prueba de autenticidad. Pero esta autenticidad es también limitación; aquí se repetirá más de una enseñanza y

con toda seguridad estarán ausentes otras. Los temas son limitados como limitada es mi vida, y, con modestia, he de reconocerlo.

Las parábolas empero, y en esto coinciden con las evangélicas, tienen el peligro para el lector de que éste analice únicamente el ingenio y, en acabando de leer una, piense sólo: «ésta está muy bien lograda» o «aquella otra no me gusta nada». Y después de calificarlas mentalmente se quede tan satisfecho sin haber reflexionado o haberse examinado (este proceder recuerda al que señala Santiago en 1,23). Quizá nunca debería escribirse una parábola, parece que la fuerza didáctica se pierda cuando la circunstancia en que nació ha pasado. He de confesar que para mí, que recuerdo casi siempre el momento y las personas que me rodeaban la primera vez que expliqué cada una, continúan teniendo las mismas exigencias que entonces.

Estas «Nuevas parábolas» no pretenden ser una especie de evangelio apócrifo. Quisieran ser, y que el Señor me perdone la osadía, las parábolas que el Maestro pronunciara en algún momento si física e históricamente habitase entre nosotros (obsérvese los calificativos que he aplicado a la palabra habitase). Para desvincularlas de alguna manera de los evangelios canónicos, en lugar alguno aparece el nombre Jesús. Es un pequeño detalle que he querido explicar pues fácilmente pasaría desapercibido al lector.

Quiero asegurar que para mí y para otras personas, estas parábolas ya nos han resultado de provecho espiritual antes de que salieran publicadas y esta es la principal razón que me ha movido a ofrecerlas a la imprenta.

Aunque el libro lleve por título «Nuevas parábolas» no todo su contenido está expresado en la forma literaria que el diccionario de la Real Academia define como «narraciones de un suceso fingido, de que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral». Como pasa en las narraciones evangélicas en medio de imágenes plásticas, se deslizan enseñanzas directas sin figura metafórica alguna.



Por lealtad he de declarar que en el núcleo de algunas parábolas hay alguna cosa escuchada o leída con anterioridad. No obstante, lo que aquí se transcribe no es un plagio, hay una reelaboración y sobre todo una nueva aplicación. Valga esto para los números 24, 25, 33, 61 y, como ya se advierte en la misma redacción de la parábola, la n. 46.

Estas páginas se escribieron inicialmente en lengua castellana, ya que sus primeros destinatarios eran amigos y amigas quienes como yo tienen esta lengua como propia. Circularon, como es lo típico hoy en día, fotocopios y llegaron de Chile a Japón, de mano en mano. Después hice una traducción en lengua catalana, que es la propia del país donde resido, y ésta ya apareció en letras de fotocomposición (que hoy ya no es correcta la expresión por tanto tiempo válida de letras de molde, obsérvese que el lenguaje técnico tiene menos vida que las comparaciones evangélicas). En todas estas operaciones he contado con la colaboración de I. Fossas, monje de Montserrat, cooperador en estas como en otras tantas cosas, ahora y antes de entrar en el monasterio. A él y a otros muchos más, sobre todo jóvenes, con sus comentarios y sugerencias y a varias querísimas Misioneras de Cristo Jesús que también me han ayudado, mi agradecimiento.

La Llobeta, agosto de 1991

---

## 1. Servicio al tercer mundo

---

Se acercó un día un estudiante y le dijo:

—Señor, cuando termine la carrera marcharé al tercer mundo para servir a los pobres y servirte a ti en ellos...

—Pues vete hoy mismo a encargar el billete de avión.

—Pero, Señor, si todavía me falta más de un año para acabar la carrera...

—Por eso mismo debes tomar precauciones, para no echar-te atrás en su día. Debes, pues, además del billete, solicitar tu pasaporte, visitar la embajada del país escogido para enterarte del tipo de visado que deberás solicitar y las dificultades que puedas tener para conseguirlo. Y el primer día que vayas a Andorra aprovisionate de cloraquina, que sale más barata si la compras allí...

—Señor, pero ¿para qué tanta prisa si me falta tanto tiempo?

—Mira, chico, te hablo así porque he conocido a muchos jóvenes generosos que tenían bellos proyectos, encantadores ensueños de futuro, ilusiones simpatiquísimas, y llegado el momento de ponerlo todo en práctica, la consideración de que les faltaba preparación técnica, las solicitudes familiares, los nacionalismos acuciantes, las situaciones políticas adversas, han echado al traste todos los proyectos por tanto tiempo acumulados. Tú en cambio, si tomas estas precauciones, a lo mejor no tienes otro motivo inmediato para irte, que aprovechar todo el capital invertido, no echar a perder todas las gestiones hechas y no desperdiciar todas las influencias personales conseguidas.

Recuérdalo bien: «Todo aquel que pone la mano en el arado y mira atrás, no es digno del reino de los cielos».

Y el joven, convencido de lo que le había dicho el Maestro, se fue aquel mismo verano a matricularse en un curso de leprología dirigido a interesados en el servicio al tercer mundo.

Cuántas veces el secreto de la humildad y la eficacia está en saber jugar y reírse de uno mismo.

---

## 2. La humildad

---

Como el Señor mencionara muchas veces la humildad sin explicar en qué consistía, le interpellaron así sus amigos:

—Señor, dínos qué es la humildad, enséñanos a conseguirla.

El Señor sonrió como siempre que debía hablar de algo que le gustaba y les dijo:

—¿Qué es la humildad? ¿A que podré compararla? Es semejante a una gotita de mercurio que salió de un termómetro roto. Quiso alguien cogerla para poseerla y se le escapó de las manos; quiso verla bien y encendió una linterna, pero sólo vio la luz que en ella se reflejaba. A pesar de no poderla atrapar, la gotita con toda seguridad estaba, pues se notaba su peso, con certeza estaba en algún pliegue del papel arrugado, pero nadie pudo aprisionarla.

Así el hombre humilde parece pasar desapercibido, pero deja una estela de Dios. Parece que por su fragilidad será esclavizado, pero nadie llega a dominarlo. Y pasa al revés, posee una libertad interior como nadie la tiene. Parece que no vale nada, pero su ausencia se hace notar. Nadie pretende solicitar de él una entrevista, pero deja una huella después de su paso que todos notan. Y cuando les deja todos después hablan de él.

¿Para qué hablar más de la humildad si nadie puede poseerla del todo y cualquiera puede vivir humildemente y con ello gozarla?

Nadie añadió nada, pero a pesar de ello no se sentían cohibidos y constataron lo que pasa con el humilde, que todos se sienten bien a su lado.

---

### 3. La fe

---

Discutían los amigos del Señor sobre ventajas e inconvenientes de tener fe, cuando Él les dijo:

—Tener fe es como recibir una linterna en una excursión nocturna. El paisaje no cambia al ser iluminado, ni disminuye el cansancio por la marcha. Lo que pasa es que el que tiene la linterna ve mejor cómo es la espesura y camina con más seguridad. El peso de la linterna le puede exasperar a veces, las sombras producidas hacerle imaginar feroces fantasmas, pero, afortunado el caminante que posea una linterna en su deambular nocturno: iluminará con ella su camino y no caerá nunca.

Después de esto nadie se atrevió a decirle nada.

---

## 4. La oración

---

Se acercó un hombre maduro y le dijo:

—Señor, tú nos enseñaste a orar, nos dejaste una magnífica fórmula, que todos hemos elogiado, pero que, he de serte sincero, a mí muchas veces no me sirve...

—¿Por qué dices esto? ¿Qué te impide rezar el Padre-nuestro?

—La falta de amor, el rencor que muchas veces siento, la indignación que me domina...

—Vamos a ver, explícame lo que te pasa.

—Tú no lo sabes bien, pues tú lo ves todo con ojos diferentes. La vida de un cristiano actual es dura. Las competencias, las envidias, las ambiciones... ¡Es intolerable! Los hombres son intolerables... y ahora vas tú y nos dices: «Cuando oréis al Padre decidle: perdónanos como nosotros perdonamos». Te voy a ser sincero, yo no puedo perdonar tan fácilmente. Sí se puede olvidar y no tener en cuenta e incluso amar a aquel que por debilidad un día te ha robado algo tuyo, a aquel que por una situación de enfermedad o de fracaso vomita su rabia contra ti, pero es más difícil perdonar a aquel que por ambición no ha dudado en pisarte para pasar delante de ti, y me es imposible perdonar a los que ejerciendo un ministerio en tu Iglesia se aprovechan de su cargo para dominar e incluso impiden o dificultan la propagación de tu reino, a los que teniendo autoridad la ejercen en provecho propio y con su poder aplastan al pobre y le oprimen injustamente, a los que diciendo que están para servir buscan sólo su satisfacción. A tantos, Señor, yo no puedo perdonar...

—Ya lo sé, amigo, a mí mismo me costó mucho más perdonar a Herodes, a Caifás o a Pilato que a aquellos soldados romanos que me crucificaron. Pero mi perdón se extendió a todos.

—Yo no puedo perdonar como tú lo hiciste, entonces, ¿qué debo hacer? ¿rezo o no rezo el Padrenuestro?

—Pues si no puedes decirlo como yo os lo enseñé, cámbialo un poco. Mi Padre no se enfadará si tú le dices: perdona mis pecados como yo quisiera perdonar, o, perdóname como yo debería perdonarlos, o, perdóname como yo debería saber perdonar...

Reza el Padrenuestro y repasa la gramática y cambia el verbo y busca sinónimos...Y no te preocupes demasiado. Nunca llegarás a orar bien. Mi Padre tiene bastante con que se le rece sinceramente.

---

## 5. La fe en momentos de crisis

---

Había un grupo de los amigos del Señor a los que los demás les llamaban «los técnicos»; ellos decían en plan de broma que eran los descendientes del científico discípulo Tomás. En cierta ocasión discutían sobre las situaciones más agudas de crisis espiritual, en las que el hombre todo lo ve tan negro que parece que la única salida posible sea el suicidio.

El Señor les habló así:

—Un día el hombre se propuso atravesar en navío el Polo Norte. Era una empresa arriesgada principalmente por dos motivos: el casquete polar está cubierto de hielo y por estos lugares la aguja magnética es inútil. El paso debería hacerse en submarino, nuclear para más señas. Debería abrirse paso entre la parte inferior de los bloques, aprovechando las fisuras y evitando chocar contra las aristas y contra las duras paredes. Debería efectuar cálculos complicados de rumbos y distancias y no pudiendo constatar nada, absolutamente nada. Al submarino no le llegaría ni la luz ni ninguna otra señal exterior como la radio o el sonido. Todo era silencio, vacío, ausencia de vida, obscuridad. Pero el coraje humano y la ayuda de los ultrasonidos permitieron triunfar en la hazaña. El «sonar» sólo daba señal cuando encontraba un obstáculo, decía únicamente hacia dónde no debería irse, dónde no se debería tocar. Y con esta sola información el submarino llegó, atravesó y finalmente emergió más tarde a la superficie.

Así el hombre, en momentos oscuros, que son comúnmente momentos heroicos sin saberlo, debe mantener la fide-



dad a unos preceptos conocidos, con coraje seguir los mandamientos aceptados, renunciar a abandonarse y perderse. Y saber que, mientras es fiel, aun cuando no lo note, avanza espiritualmente. Aun cuando nada vea, aumenta su fe. Y es mayor su mérito y su gracia ante mi Padre.

Y luego, con ironía y sonriendo, añadió para todos:

—El que tenga conocimientos para entender, que aprenda, y el que no los tenga, que sepa que la fe a veces es sólo fidelidad.

---

## 6. La fe, otra vez

---

La imagen de la fe como una linterna había satisfecho por un momento a los amigos del Señor pero volvieron estos a discutir, pues no comprendían cómo hombres de mucha fe, con enorme bagaje de estudios teológicos, cometían a veces ridículas y aplastantes equivocaciones. El Señor quiso añadir algo a lo de días anteriores y les dijo:

—Pobre caminante si con su linterna ilumina la lejanía solamente, si le sirve para alumbrar las copas de los árboles pero no la inclina hacia el suelo. Ciertamente que no chocará contra ningún obstáculo de arriba, pero fácilmente puede tropezar con cualquier piedra del camino y caer de bruces. Ocurre a veces que es más útil un humilde candil en las noches oscuras, que un potente foco mal orientado que deslumbra y deforma la visión.

Decía todo esto el Señor refiriéndose a la fe sencilla de las viejecitas que es casi sólo oración confiada en contraposición a la erudición sabia que es fábrica de libros para estanterías y verborrea desbordante en conferencias de círculos para iniciados.

Se regocijaban todos recordando esta nueva parábola por la noche cuando a la hora de cenar sólo disponían de una humilde vela.

---

## 7. Generosidad

---

El Señor no quería que sus amigos fuesen calculadores, a él le gustaba ser derrochador a la hora de hacer el bien. Un día de primavera en el que se habían cobijado resguardándose de un chaparrón les decía:

—Debéis aprender de la lluvia que cae en abundancia de las nubes; a nosotros nos parece que corre toda resbalando por el suelo, pero no es así. Empapa la tierra en todos sus intersticios y por eso veréis cómo todo esto pronto estará repleto de flores, y la que sobra, corre hacia abajo, no se pierde, pues se recoge en pantanos para fecundar más tarde otras tierras.

Que vuestra generosidad sea abundante, desbordante, y así daréis frutos no sólo en vuestro entorno, sino que llegará más lejos de lo que nunca hubieseis imaginado.

Acordaos bien: nunca debéis regar con cuentagotas.

---

## 8. De nuevo la fe

---

Aquella temporada les dio por discutir sobre la fe a los discípulos del Señor. Las mujeres afirmaban que se experimenta más felicidad al hacer un descubrimiento y al iniciar una nueva amistad si uno se siente sumergido en la mirada del Señor que si está alejado de su presencia. Los hombres no es que quisieran prescindir del Señor (¿adónde irían si sólo él tiene palabras de vida eterna?), pero defendían que en el arte o en la técnica era más diestro el ateo que veía la realidad sin mediaciones, que podría manipularla con mayor libertad y plasmar con total independencia, en cambio el creyente siempre está condicionado por los dictados de su fe que pueden modificar su visión o coartar su ejecución.

Aquel día el Señor estaba de muy buen humor e intervino con un ejemplo inesperado.

—Había en un lugar dos hombres de buen apetito e inmejorable paladar. El uno se encerró solitario en su apartamento y saboreó unos fiambres y una comida preparada que tenía en el frigorífico, amén de conservas enlatadas que guardaba en su despensa. Todo era de la mejor calidad, bien guardado y posteriormente comido y disfrutado.

El otro hombre era amigo del «chef» de un afamado restaurante. Acudió un día a su domicilio particular, pues le había hecho una invitación muy personal. Acompañó a su amigo en la preparación de las viandas, observó su cocción, supo de las calidades de los condimentos, de efectos y variedades de las especias que añadía. No le ocultó ningún truco que él pu-

diera aprender. Y después de aderezado todo se sentaron a la mesa para disfrutar del yantar.

¿Cuál de estos dos hombres creéis que disfrutaba más de la comida? ¿Cuál de los dos tendrá más perspectivas de convertirse en un buen «gourmet»?

Con esta insólita parábola (Él nunca hablaba de la buena comida, sencillamente se alimentaba) estaba afirmando que la fe nunca es contraria al humanismo.

---

## 9. ¿El Señor se enamoró?

---

Flotaba en el ambiente una pregunta que nadie se atrevía a formular. Por fin uno le dijo un día:

—Dicen las mujeres...bueno, también los compañeros están interesados en saber... en una palabra: tú, Señor, ¿te enamoraste alguna vez?

El Señor que sabía cuánto esfuerzo había supuesto atreverse a hacerle esta pregunta contestó complaciente:

—Cuando yo era joven las cosas se hacían de otra manera. En llegando a la juventud, las familias establecían un compromiso para sus hijos. El chico y la chica lo aceptaban como ahora el ir a la escuela que los padres han escogido. Se recibía a la otra persona y se le era fiel y en esta fidelidad nacía el atractivo físico y el hechizo emotivo y la comunicación personal. Todo esto que ahora llamáis enamoramiento se fraguaba en un clima de lealtad. Después venía la aportación de bienes, la construcción o compra de la casa y por fin la fiesta al final de todo. Primero el matrimonio, después la boda. Mis padres fueron muy felices, os lo aseguro.

Como yo escogí el celibato no viví ninguna de las otras etapas, igual que no tuve propiedades, ni palacios, ni tierras, ni barcas, ni caballos... Al morir ni siquiera tuve una túnica...

No olvidé a las mujeres, no, las atendí, las consideré en extremo. Y las escogí como colaboradoras en nuestros afanes. Ya os hablaré algún día de todo esto.

Se vio en la mirada de las mujeres un gran interés por el tema, pero nadie se atrevió a pedirle que continuara.

---

## 10. Contra el egoísmo

---

El Señor les decía a los que siempre temían quedarse sin nada para ellos y les gustaba controlar su generosidad:

—Si tienes en tu casa dos sillas y en una te sientas tú y la otra la guardas sin ofrecérsela a tu prójimo, llegará un día que las sillas estarán carcomidas y, apenado, constatarás que nunca has podido reclinar te a descansar en el sofá de tu vecino.

Y les decía también:

—Un día la llama se quiso guardar para sí la luz que de ella se desprendía y aquel día la llama se extinguió y murió del todo.

---

## 11. Viaje al Japón

---

Después de visitar a un enfermo recordaban y comentaban todos la mirada temerosa, con que éste los miraba. Una chica, compañera en las lides del Señor, que había quedado particularmente impresionada, le dijo entonces:

—Maestro, — a ella siempre le gustaba llamarlo así — ¿no sería mejor que el hombre se muriera sin saberlo? ¿No es mejor la condición del animal que ignora que desde el día de su nacimiento va camino de la muerte?

El Señor comprendía toda la angustia que había en aquella pregunta y por eso sus primeras palabras pretendieron ser de consuelo.

—También yo experimenté ese tedio en grado sumo, fue tal mi pánico a la muerte que sudé sangre la noche que la vi próxima y clamé pidiendo que se me privara del tormento, pero afortunadamente para vosotros, no fui atendido y así en mi dolor halláis consuelo...

Prosiguió entonces con la mirada puesta en todos.

—Lo que el hombre teme es el misterio que hay al otro lado de la muerte. Yo no puedo revelároslo, tampoco estáis ahora capacitados para entenderlo. Pero que haya paz en vuestro interior, a mí me encontraréis al otro lado de la muerte.

Y entonces, sonriendo, empezó a decir:

—Un ingeniero conectó un día con una multinacional japonesa líder en el ramo de la alimentación. Después de los primeros contactos llegó a una decisión: debía acudir a la casa matriz del producto que pretendía fabricar en su patria para familiarizarse con la tecnología de la empresa.



Por aquel entonces un viaje al Japón era algo así como ahora una salida extraterrestre. Que si la lengua japonesa escribe ideogramas, que la gente en la mesa no utiliza cubiertos sino incómodos palillos, que la moneda es pequeña en sí pero de fuerte precio internacional...Y, para dramatizar más, el viaje se hacía sobre el enigmático Polo Norte...

Aquel hombre, cada vez que recibía una carta del «product manager» urgiéndole el viaje, se ponía al borde del infarto.

¿Qué haría al aterrizar en un país tan extraño? ¿Cómo llegaría hasta la factoría desde el aeropuerto? ¿Cómo lograría moneda del país si se le acababan los pocos dólares que el gobierno le autorizaba a sacar? ¿Cómo se dirigiría al taxista?

Aunque comprendía que eran cuestiones minúsculas en comparación con la gran misión científica y tecnológica que llevaba, eran estas sus grandes preocupaciones al partir.

En cuanto subió al avión pensó: quien estaba interesado en que acudiera sería quien resolvería sus problemas y, sobre todo, le haría compañía.

Y nuestro protagonista llegó al Japón y nada más pasar la puerta de control de pasaportes vio a un hombre con un cartel que decía: «Sr. García ¡Bienvenido! Aquí Yakakoto». Sonrientes los dos se acercaron y se saludaron efusivamente, dentro de lo efusivo que puede ser un japonés. Aquel fue un buen inicio, presagio de una feliz estancia posterior.

Al otro lado de la muerte estoy yo, que os conozco, y a quien vosotros conocéis un poco. Igual que vosotros tuve hambre y tuve sed, dormí, reí y lloré y, lo que es más importante, comencé un proyecto que vosotros todavía continuáis. Tened pues confianza, sois mis amigos, yo os espero, no temáis nada.

Por unos momentos todos saborearon aquel anticipo de felicidad eterna y dejaron de temer a la muerte.

---

## 12. El paraguas

---

Uno de los compañeros estaba especialmente abrumado, tenía un mal día, o una mala temporada, según él. Todo se hundía. Como era notorio para todo el grupo y la convivencia resultaba incómoda, se lo comentaron al Señor.

El Maestro sonrió, él sí que estaba aquel día de buen humor, pero no por ello puso un tono irónico en el comentario, pues también había pasado por esta triste experiencia y conocía bien lo doloroso de la situación («hombres de poca fe», «generación maldita», «¿hasta cuándo?», eran expresiones que había dicho en tamañas circunstancias). Así que les dijo:

—¿Qué hacéis cuando un día al levantaros veis que llueve torrencialmente? ¿Decidís dejar de hacer todo lo que tenáis proyectado? ¿Estaréis seguros de hacer todo lo que tenáis previsto?

Ridículo sería aquel que saliera a soplar hacia arriba para que las gotas de agua subieran a las nubes. Inútil llorar, pues las lágrimas sólo aumentarían el caudal de las alcantarillas. Vosotros que tenéis sentido práctico, cuando llueve, desempolváis el paraguas que yace en un rincón del armario y, poniendo al mal tiempo buena cara, tratáis de conseguir llevar a cabo lo mejor posible de vuestro programa establecido. Os será imposible hacerlo todo, pero algo conseguiréis hacer y esto es lo importante.

Las tempestades del espíritu son las crisis. Su paraguas, la paciencia, la distracción, la fidelidad, pero sobre todo, la modestia. Uno debe saber que no podrá hacerlo todo, pero no por

ello ha de hundirse espiritualmente, ni caer en la histeria. Debe aceptar el chaparrón con sencillez, hacer mientras tanto lo que buenamente pueda. Nunca tempestad alguna duró toda una vida y además, después del aguacero, luce el sol y después, con toda seguridad, brotan las flores.

---

## 13. El freno de la moto

---

—Oye, tú, ¿por qué en mi casa me prohíben tantas cosas?

Quien le hizo esta pregunta era una chica atractiva y decidida. Nunca le llamaba Maestro ni Señor. Como razón para no utilizar el primer calificativo respondía que le recordaba las clases de las que ya estaba harta y el segundo, que las épocas feudales hacía siglos que afortunadamente habían desaparecido. Pero le daba un no-sé-qué dirigirse a él por su nombre, así que tenía la astucia de emplear siempre los pronombres personales. Los amigos adultos se reían de estas disquisiciones y al final, como siempre, cada uno se quedaba con la suya.

Insistió de nuevo:

—¿Pero por qué no puedo salir de noche y volver a la hora que me dé la gana y ellos me obligan a volver antes de las doce de la noche? ¿Por qué me han prohibido irme a Londres este verano con un amigo? ¿Por qué no puedo hacer «auto-stop»? Ya estoy harta de prohibiciones...

—¿Qué hiciste el día que se te rompió el cable del freno?

—¿Y esto a qué viene? Anda, pues lo llevé a arreglar, no podía ir sin frenos por ahí...

—¿Pero tú lo que quieres es que tu moto corra mucho y no se pare?

—Hombre, pero si no tengo frenos no puedo parar.

—Pues mira, así como necesitas frenos en tu moto, tu vida necesita un control. Tus padres son el freno de tu impetuosidad.

—Pero es que se pasan. Si fuera por ellos yo no podría hacer nada en la vida...

—Tú sabes que los buenos frenos a veces se agarrotan y hay que llevarlos al mecánico para que los desbloqueen. Los padres sí, a veces son demasiado exigentes, demasiado contrarios a todo lo nuevo, a todo lo que ellos no tuvieron en su juventud y se pasan de rosca al negaros todo lo que desconocen. Por eso es tan importante que habléis con ellos. Debéis hacerles ver que los tiempos han cambiado y que las posibilidades de hoy son diferentes de las de antes. Pero para convencerlos deben ver que vuestros frenos interiores funcionan perfectamente.

—¿Qué significa esto?

—Toda persona debe fabricarse en su interior, o más bien desempolvarlos porque ya los tiene, y mantener en buen uso, los frenos de seguridad del individuo, que son ni más ni menos la simple conciencia. En realidad, los padres y los otros educadores no deben ser más que los instructores en este arte de conducirse por la vida con acierto. Y en la vida, como en la carretera, un elemento fundamental de seguridad son los frenos.

Pero sí, tú también debes ser a veces educadora de tus padres y cuanto más los eduques con amor, más personalidad tendrás y ellos más libertad te concederán.

—Tienes respuestas para todo, eres un sol.

Le dijo esto mientras le daba un beso y marchaba contenta a hablar con sus padres.

El Señor también sonreía complacido...

---

## 14. La red

---

Hablaban un día con el Señor de los muchos grupos, grupitos, comunidades, núcleos, movimientos, es decir, de tantas cosas que hoy en día nacen, crecen y quién sabe qué más cosas hacen. Y ese quién es más bien nadie.

Entonces el Señor les dijo:

—El reino de los cielos debe ser como una red que toda ella está hecha de nudos entrelazados. Si un nudo no está estrechamente unido a los demás, se engancha fuera e incluso hace peligrar la integridad de la red que puede rasgarse y por eso se corta y se tira. Pero si pende un trozo de cuerda suelto se anuda a otro cabo para que no haya un agujero. Y si son tres o cuatro las puntas, deben anudarse para mantener la estructura de la red. No me gustan ni los nudos sueltos, ni los cabos perdidos. Todo debe estar íntimamente relacionado. Sólo así circula la necesaria comunicación humana, sólo así llega mi gracia fundamental para toda la comunidad, sólo así la actuación de un miembro en su entorno es eficaz.

---

## 15. Sistemas políticos

---

Discutían acaloradamente unos amigos ya maduros (los jóvenes, ya se sabe, «pasan» de estas cosas). No estaban en ningún café, pero aquello parecía una animada, apasionada y casi agria discusión de ateneo de otros tiempos. Como es evidente después de este preámbulo, se hablaba de política. Querían y temían una intervención del Señor sobre este tema. Deseaban que quedara bien claro quiénes eran los vencedores y quiénes los vencidos en este terreno y difícilmente una intervención del Maestro respondería a este su deseo. Ellos bien lo sabían y de aquí su temor.

Pero se acercó Él y sin mediar palabra les dijo:

—Al principio no era así. En el paraíso no hubieran sido necesarios los partidos políticos. Pero el pecado introducido por el primer hombre y perpetuado por todos los demás hizo necesario el planteamiento político, social y económico de la colectividad humana.

Yo no entiendo de política. Me encontré dos veces con gobernantes y no tuve palabras para ellos. Uno era incapaz de aprender lo más mínimo; el otro quiso remontarse a terrenos filosóficos y hasta me preguntó qué era la verdad. Pero no era un hombre libre, como casi siempre pasa con el que tiene el poder y el mando; su misma prepotencia le había esclavizado y por eso no le pude decir nada.

Ya os he dicho que no entiendo de política, pero por lo poco que he oído hablar me hace mucha gracia el comunismo. Había entre su gente, y quizá todavía queden, candorosos idea-

listas que creían en un posible igualitarismo económico universal. Así, a primera vista, parece un programa preparado para Adán y Eva en el principio de su existencia, por eso os he dicho que me hace gracia. Pero ignora la ambición que en el hombre comunista, como en cualquier hijo de vecino, hay; la pereza, la vanidad individual. Las ignora pero no es capaz de suprimirlas y por eso en su seno no abunda la sonrisa franca. Este sistema fácilmente se corrompe, se hace totalitarista y es abominable.

El capitalismo, en cambio, no es utópico, parece equilibrado según dicen, aprovecha los resortes interiores del hombre, la competencia, la ambición, el afán de poseer, la exigencia de un rendimiento individual. Pero todo eso está en la zona más infectada de la persona y difícilmente dará frutos de felicidad si trata sólo de explotar estas tendencias. Por eso se vuelve opresor de pueblos e individuos.

La sociedad es imperfecta y será imperfecta siempre, pero puede ser mejorada. Los sistemas políticos no tienen demasiada importancia, lo que importa es quiénes son las personas que se sirven de ellos, o quizá debería decir las personas que sirven a ellos. Si tienen ambición de poder, de dominio, de provecho propio y de los suyos, sea clase, tribu, célula, partido o nación soberana, los resultados con uno u otro sistema o con los sistemas políticos que en el futuro se puedan inventar, serán siempre pésimos. Si el deseo de los que tienen el poder es el de servir especialmente a los más desheredados, a los más sencillos, cualquier sistema, por simple que sea, será válido y procurará felicidad.

Como en aquella otra ocasión vuelvo a decir: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Pero os añado: que vuestros móviles sean siempre el amor, la justicia y la paz. La destreza política y el éxito económico y social se os darán entonces por añadidura.



---

## 16. Los jóvenes

---

Caminaba el Señor con sus amigos, cuando se cruzaron con una pandilla de gente joven. El Señor se quedó mirándolos atentamente, tanto se fijó en ellos, que sus discípulos le dijeron con cierta sorna:

—Señor, ¿no te tomarás en serio a todas esas quinceañeras?

El Maestro les contestó pensativo:

—Vosotros no os tomáis en serio a los jóvenes. A lo sumo de vez en cuando organizáis un encuentro que condescendentemente llamáis de adolescentes (sin daros cuenta que este calificativo a ellos les horroriza y no lo emplean nunca). Creéis que estas reuniones deben ser livianas de contenido y bulliciosas de estructura. «No da para más su edad», sentenciáis juiciosamente. Y algunas y algunos acuden, ya están acostumbrados a vuestra falta de confianza hacia ellos y aceptan sin queja lo poco que les ofrecéis. Por otra parte acostumbra a ser gente poco afortunada en sus relaciones sociales o en un paréntesis emocional de su vida y en estas circunstancias cualquier oferta puede ser válida.

Pero es otro el proceder del enemigo. Él sí cree en la capacidad y madurez de los jóvenes, en la eficaz corrupción de los adolescentes (él nunca los llama así, pues, «qué grande ser joven» dicen los anuncios); acecha y prepara su jugada astutamente.

Venid a mí - les dice - los que acabáis de descubrir que sois libres y todavía nadie ha sido capaz de destruir vuestra libertad. Vosotros, los que estáis llenos de vida y no queréis po-

nerle ningún freno, ahora que podéis disfrutarla. Acercaos, bebed «cubatas», ron, whisky o cualquier otro alcohol de vuestro gusto. Vuestros labios se humedecerán con placer y vuestras gargantas engullirán satisfechas. En vuestros encuentros aspirad con frenesí el aroma de un porro y así alegraréis vuestras veladas y vuestra íntima unión aumentará de tono. No os privéis de nada, aprovechaos ahora que sois jóvenes, no seáis masoquistas.

El sexo es vuestro y sólo vosotros debéis decidir cómo disfrutarlo. No lo adormezcáis, en vosotros mismos con él tenéis la mejor fuente de placer. Es un placer penetrante e inmenso.

Vuestro templo será la discoteca, vuestros dominios las calles. Sólo vosotros deberéis establecer vuestras fronteras y poner los límites a que queráis someter vuestra existencia. No hagáis caso de las presiones de los adultos, que con ello no pretenden más que vuestro sometimiento, vivid vuestro presente en plenitud. Huid de quienes os quieren mantener en perpetua infancia.

Conmigo gustaréis experiencias llenas de plenitud. Irrepetibles encuentros, maravillosas sensaciones. Os lo aseguro, os convertiréis en gente madura, importante en corrupción.

Pasará el tiempo y el enemigo los abandonará, ha hecho un buen trabajo y ya no hay que preocuparse más. Son jóvenes de edad e inexpertos. Todo el mundo se lo dice y ya están hartos, pero al menos en maldad ya están maduros y no habrá necesidad de ulterior dedicación. De ahora en adelante ningún atractivo encontrarán en aquellos que les inviten a unas «convivencias juveniles» donde deberán hacer algún dibujo más o menos soso, representar una estúpida historieta o efectuar una aburrida visita cultural con cuestionario previo. Les permitirán cualquier cosa excepto ejercer su auténtico protagonismo, su posibilidad de ser héroes, forjadores originales de una historia nueva.

A los que se han colgado el título de educadores les resulta muy difícil tomarse en serio a los «quinceaños», confirmados muchos de ellos en la fe por un sacramento que les da

fuerza si a él se la exigen, pues continúa en su interior vivito y coleando. No los creen capaces de hacer algo importante. Como máximo podrán ser difusores de propaganda de alguna campaña rimbombante. Podrán discretamente pintar algún mural o entonar ordenadamente alguna canción de protesta.

Pero yo, que soy el Señor, continúo pensando que es importante ser joven. Como lo pensé cuando elegí a tantos que posteriormente me dijeron que sí y trabajaron tan ardientemente por mi reino. Por eso escogí a aquel chaval entusiasta que se llamaba Juan para que me acompañara en el calvario, adolescente inmaduro le llamarían muchos, pero fue testimonio de esperanza para mí y para mi madre. Y jóvenes también fueron Juana de Arco y Teresa de Lisieux y María Goretti y Domingo Savio. Todos ellos alegran mi reino y lo llenan de alborozo, pues ya sabéis lo que se dice: un santo triste es un triste santo.

—Menos mal que has acabado diciéndonos que en el cielo se está bien, pues nunca te habíamos oído hablar con este tono tan apocalíptico, le dijeron los discípulos.

El Señor sonrió y volvió a mirar a la pandilla. Parecía que recordara su juventud.

---

## 17. La esperanza

---

Estaban aquel día los compañeros del Señor algo mustios y queriendo animarlos, les hablaba de la felicidad que le es dada al hombre y cómo se consigue ésta en gran parte viviendo en esperanza más que en posesión. Se adelantó entonces un hombre de mediana edad, enjuto y de voz recia, un castellano viejo en una palabra, y sin más preámbulos le espetó:

—Maestro, ¿qué es la esperanza?

Sonrió el Señor al oírlo y, como ocurría tantas veces, sin darles una definición de enciclopedia les explicó la siguiente historia:

—Había un hombre en mi pueblo que se despertaba cada mañana ilusionado, pues al mediodía pasaría el cartero y quizá le traería una carta de un amigo olvidado o la de un familiar que le recordaría con cariño etapas entrañables de su infancia, o tal vez le llegara la comunicación de un ascenso profesional o de un aumento de sueldo o a lo mejor la confidencia de un compañero tímido incapaz de comunicarse de otra manera... ¡Puede ser tan importante una carta! Una carta puede cambiar toda una vida.

En medio de ensueños e ilusiones pasaba la mañana en su prosaico quehacer de cada día y luego, nerviosamente, abría el buzón en la portería. Y la llave no le entraba y miraba impaciente por la rendija de la mirilla y una vez abierta la ventanilla tomaba con avidez los sobres de las cartas personales y los separaba de los impresos y revistas y leía precipitadamente las cartas y gesticulaba alegre o triste, según su contenido, y,

cuando comprobaba que no le llegaba la que él con más impaciencia esperaba, se decía para sus adentros:

—¡Ya llegará mañana! Funciona tan mal hoy en día el correo...

Otro hombre de mi pueblo pasaba de largo sin mirar siquiera al buzón, sólo cuando rebosaba hasta reventar de papeles, revistas y folletos de detergentes y supermercados, de ofertas de colecciones de libros a plazos, sólo entonces se dignaba abrirlo displicente. Y al comprobar que todo lo que contenía era publicidad decía desdeñoso hacia el buzón:

—¡Qué bien! Hoy no hay cartas, así me ahorro el contestarlas.

Preguntó entonces el Señor:

—¿Quién crees tú que tiene esperanza?

—Aquel que ilusionado revisa diariamente su correspondencia, le dijo el otro.

—Has respondido bien, le dijo el Señor. Vete pues a tu casa, toma papel y bolígrafo y empieza a escribir a tu madre y a tus amigos, a la niña que llenó de ilusión tu adolescencia y a tu abuela que ni siquiera podrá leer tu carta, pues hace años que se ha quedado ciega. Aumentarás así la felicidad de otros y empezará tu cuenta atrás, pues ya faltará menos para que recibas su respuesta y por ello empezarás a ser un poco más feliz. Cuántas veces la dicha de un hombre es sólo cuestión de una carta. Por eso hoy en día tanta gente que ha perdido el hábito de escribir cartas sufre la monotonía de su existencia.

---

## 18. La oración

---

Un día se acercó al Señor un joven y le dijo:

—Maestro, tú dices muchas veces que es necesario orar y que hay que hacerlo con frecuencia ¿No resulta esto imposible? La vida diaria exige muchos desplazamientos y hasta las iglesias están cerradas. ¿No ves que ni tenemos sitio ni tiempo para orar?...

El Señor vio que no había mala intención en la pregunta. Los ojos del chico traslucían sinceridad y candor. Por eso en un tono cariñoso le dijo:

—¿Qué hacías cuando te enamoraste de Toñi?

—Cantaba todo el día aquello de «Ay mi morena, morena clara...».

—¿Y qué te decía tu madre?

—¡Calla! Eres más pesado que un moscardón.

—¿Y le hacías caso?

—¡Qué va! Cantaba en voz baja y me gustaba oírme interiormente. Así me acordaba más de aquella chica, mi primer amor... ¿Pero qué tiene que ver todo esto con la oración?

—El amor de Dios es como un enamoramiento, o debe ser así. La oración como un canto ardiente de juventud... te metes la canción en la mente y permanece contigo todo el día si tú lo deseas...

Hay muchas canciones que expresan nuestros sentimientos hacia Dios, unas son alegres, otras serias, de súplica algunas, tristes para los momentos de depresión otras... Escoge la que mejor responda a tu momento o a tu ansia, y repítela unas

cuantas veces como si fueras un disco rayado, hasta que le saques gusto a la melodía. Poco a poco el cerebro que dirigía tus labios se verá dirigido por ésta (a lo mejor te sorprendes cantando en voz alta) y de los labios o del cerebro pasará al corazón. Los problemas del momento te distraerán seguramente de tu súplica, algo inmediato podrá acaparar momentáneamente tu atención, la melodía entonces podrá extinguirse, pero cuando la interrupción se acabe, la canción volverá a tu mente y los labios la volverán a repetir y tu corazón vibrará de amor, dolor o esperanza.

El Señor no quiso decirle nada más y él entonces cogió de la mano a su chica y marchó alegremente cantando y saltando.

El Señor dijo satisfecho a sus amigos:

—Mi corazón también salta y se alegra con ellos. ¡Ojalá que lleguen a viejos cantando!...

---

## 19. El conductor

---

Iban hablando sobre cosas generales, cuando se les acercó un hombre de edad intermedia, ágil y decidido en su porte, y le dijo con aire de preocupación:

—Señor, tú hablas de amor al prójimo, pero yo paso mi vida encerrado en mi coche y los fines de semana los dedico exclusivamente a mi familia, así que tengo la sensación de que tus planes de amor no puedo conseguirlos.

El Señor sonrió con cariño, pues se veía claramente en el rostro de aquel viajante que era un hombre sin entretelas. Sabía algo el Señor de desplazamientos y viajes, así que le contestó con cierta picardía en la mirada:

—El amor es sobre todo una actitud, una mirada interior. A veces una simple sonrisa tranquiliza al que es observado y le llena de paz. El buen conductor, aventajado discípulo del Reino, es aquel que pacientemente aguanta estar encajonado en una caravana de coches que avanza lentamente, que acepta un atasco ciudadano sin increpar al guardia que regula la circulación y no sabe dar fluidez al tráfico, que al encontrarse un camión de longitud por la carretera y querer adelantarlo siente admiración por el conductor que hace grandes trayectos dentro de una incómoda cabina. El buen conductor que quiere llenar su existencia de amor no desprecia la lenta maniobra que hace la mujer velando la seguridad y tranquilidad de su niño, el que frena ante la presencia en la calzada de un perro, el que respeta la señal solitaria en un paraje abandonado simplemente por disciplina, el que atiende amablemente al que ha sufrido



una avería o se ofrece a colaborar con los guardias cuando pasa junto a un accidente. El buen conductor, celoso cumplidor del mandato de amor, aparca ocupando el mínimo espacio y dejando el máximo libre para los demás aunque suponga unas cuantas maniobras del volante y del cambio de marchas y él se sienta rendido por la intensidad de la jornada... ¿Has en-<sup>•</sup>1-  
dido bien cómo puedes amar desde dentro del coche?

—Sí, Señor, le respondió satisfecho.

—Pues anda, vete tranquilo y además los días de lluvia conduce dentro de la ciudad lentamente para no salpicar a los peatones, y en el reino de los cielos dispondrás de un helicóptero con mando automático, despegue y aterrizaje sin problemas y simulación de horizonte artificial para poder atravesar nubes sin peligro. Esto último lo dijo el Maestro sin disimular una sincera carcajada.

---

## 20. Los despertadores

---

En el reino de los cielos pasa como lo que les ocurrió a dos negociantes de muy distinto talante que vivían en mi pueblo. Os lo voy a explicar para que aprendáis a ser precavidos.

Estos dos hombres tenían cada uno un despertador, pero como ambos estaban en situación social bien diferente los relojes también eran distintos.

El negociante rico tenía un cronómetro suizo electrónico, regulado por cristal de cuarzo, que guardaba en su memoria las fechas de las onomásticas familiares, de los períodos de obligada declaración de renta, de renovación del DNI, del pasaporte y del permiso de conducir. Todas estas eventualidades, así como la de despertar por la mañana, lo hacía mediante suave y selecta música clásica o estridente rock heavy a elección del consumidor.

Cerca de él vivía un modesto negociante que utilizaba un viejo despertador de los tiempos de su abuela, el aparato se adelantaba cinco minutos cada día, su funcionamiento evidentemente era mecánico y por lo tanto todas las noches había que darle cuerda lo cual era todo un rito de la liturgia familiar.

Ambos negociantes tenían en común la costumbre de escuchar cada mañana las noticias para estar enterados de cómo se presentaba la mañana en el orden económico. Una madrugada anunciaron la inminente quiebra de la entidad financiera más importante del país. El sencillo negociante que se había despertado por el estrépito de aquel viejo reloj que parecía un ori-

nal tuvo tiempo de retirar su capital oportunamente y continuar sin contratiempos sus negocios. Pero el despertador de aquel ricacho no sonó aquella mañana, pues precisamente en circunstancia tan inoportuna se había extinguido la potencia eléctrica de la pila y él durmió sin saberlo hasta mediodía. Se enteró de los rumores en cuanto salió a la calle, acudió al banco y salió apesadumbrado pues ya no quedaban fondos para él y se arruinó por el simple motivo de no haber llevado un exacto control del estado de la pila de su valioso reloj.

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa algo semejante. El despertador del individuo es el examen de conciencia y a ésta hay que controlarla. Existen personas que se someten a tests psicotécnicos de prestigio, exámenes neurológicos de tecnología avanzada, electrocardiogramas periódicos, controles remotos de respuesta instantánea a determinados estímulos. Pero nunca antes de ir a dormir hacen un sencillo examen de conciencia y como tampoco confiesan sus pecados han olvidado esta excelente práctica de vida espiritual. Y el resultado de esta carencia es que un día se encuentran con que fallan en la fidelidad matrimonial, con el progresivo amor al dinero que les hace despreciar a la persona humana, con la glotonería o el alcoholismo irreversible —ya se sabe hoy todo el mundo dice que la gastronomía es cultura y así empiezan tantas desgracias—, con el disfrute desordenado de toda clase de placeres —pues uno no puede ser un reprimido ni un masoquista—, con la pereza total para todo esfuerzo noble, —no hay que olvidar lo importante que es saber relajarse, se dice para sus adentros—, con lo que el egoísmo ha invadido toda su vida... ¡Con tantas quiebras fraudulentas se encuentra la persona que no hace examen de conciencia!

Todos se dieron por aludidos y cada uno procuró «escaparse por el foro» como pudo.

---

## 21. La muñeca rusa y la oración

---

Llegó un día una mujer agitada y le dijo al Señor:

—Maestro, estoy totalmente deshecha, soy ama de casa y madre de cuatro hijos que me dan mucha guerra, colaboro en la catequesis de la parroquia, tengo una hermana que sufre una enfermedad atroz, todo el día estoy rezando y ya no puedo más. ¡Estoy harta del todo!

—Pues deja de rezar, le dijo el Señor. Y sal de excursión como hacías antes y coge flores y canta y salta por el monte.

Los ojos de aquella mujer expresaron todo el asombro que le producían aquellas palabras del Señor. ¿Es posible que le dijera que no rezase? ¿Era esto exactamente lo que le pedía Él que era el mejor maestro de vida espiritual?

El Señor, viendo que como tantas veces no era comprendido, entornó los ojos mientras explicaba la siguiente historia:

—Una buena mujer, cuarentona y soltera por más señas, marchó un día de viaje a Rusia. Entre la multitud de sobrinos que la familia le había concedido había una criatura que era la niña de sus ojos, una chiquilla vivaracha y juguetona de apenas seis años y que para colmo era su ahijada. Para ella compró un juego de aquellas muñecas que se meten encajadas una en otra, matriuscas me parece que las llaman... Al volver del viaje le entregó el regalo, la niña le dio un beso e inmediatamente se fue con las muñecas a jugar a su cuarto.

Cuando acabó la visita, la madre de la criatura quería de alguna manera justificar lo que le parecía había sido falta de educación de la niña al ausentarse y no aparecer en todo el rato. La madrina sonrió, aquel «gracias, tía» le había sido suficiente, pero accedió a la insinuación de la cuñada y fueron ambas a observar lo que hacía en el cuarto de los juguetes. Encontraron a la niña sentada en el suelo con las muñequitas dispuestas como en una escuela donde la más grade era la maestra y las otras sus alumnas. Levantó la cabeza, sonrió al mirarlas con ojos de inmensa alegría y continuó jugando.

La buena mujer se fue satisfecha.

—Me voy contenta, veo que el regalo le ha gustado mucho, tanto que ni nos ha hecho caso.

—¿Entendiste el relato, amiga mía?, le dijo el Señor.

Mi Padre con amor ha puesto las gencianas cerca de las cumbres, las golondrinas en el aire, los petirrojos en el bosque, las ardillas en los pinos, los edelweiss entre la nieve, los pequeños y delicados helechos en la umbría de los caminos. Mi Padre ha hecho la amistad, el enamoramiento, el abrazo fraternal y el beso. Mi Padre dio dulzura a la flauta, ternura al oboe y solemnidad al órgano. Amiga mía, quiere mucho a tu marido y séle fiel, cuida a tus hijos con amor, edúcalos bien, desvelate un poco por tu hermana y déjala en manos de los médicos para curar su enfermedad, pero no dejes también de salir, disfruta de la vida, canta, baila y juega. Mi Padre me envió no sólo a enseñar una doctrina, sino sobre todo a enseñaros a ser felices. El mismo es feliz cuando ve a sus hijos disfrutar de sus dones. Si sigues mi consejo, alejarás de ti el infarto, la úlcera de duodeno y las neurosis y, lo que es más importante, cuando te encuentres con mi Padre, te recibirá con los brazos abiertos, te besará y te invitará contento a entrar en el reino.

Eso de estar siempre rezando sin un momento para dormir a pierna suelta, sin distraerse cultivando unas flores, sin pasearse cantando, sin salir a cazar o a pescar, ni yo mismo, que soy el Señor, lo hice.

Los amigos del Señor no salían de su asombro, ellos que la habían clasificado como una histérica solterona de la que pasaban olímpicamente, vieron cómo la abrazaba y la despedía con cariño y ella marchaba con los ojos inundados de lágrimas rebosando felicidad. Cuando ya se perdía a lo lejos volvió a llamarla a gritos:

—No te olvides de rezar de cuando en cuando, pero no pretendas rezar siempre. Y duerme bien.

Después dirigiéndose a sus amigos añadió:

—La oración es un ejercicio espiritual, pero también una actividad cerebral. Y hay que cuidar las neuronas que son incapaces de reproducirse, agregó con picardía.

A lo lejos la mujer se había vuelto apenas y reía satisfecha.

---

## 22. El médico y el boticario

---

Se hacían un lío los compañeros del Señor queriendo definir la fe y comparándola con otras creencias religiosas de los hombres. Unos eran sabios intelectuales y otros, sencillos operarios. Contrastaban sus opiniones y no dejaban de tildarse de fanáticos o de cerebralistas, según quien fuese el que hablaba.

El Señor, que quería ayudarles, les contó la siguiente historia:

—Un hombre tenía un amigo boticario, era versado en farmacología en grado sumo y persona enterada de los últimos específicos que salían de los mejores laboratorios de cualquier parte del mundo; medicinas que siempre conseguía tener inmediatamente después de su aparición en su oficina de farmacia. Era también generoso y facilitaba gratuitamente los específicos a los suyos. Su amistad era una ganga, pues uno encontraba de balde el remedio a cualquier mal.

Otro hombre de la misma localidad era íntimo amigo de un viejo galeno rural. En su maletín de urgencias llevaba pocas drogas y de su recetario salían antiguas y bien probadas fórmulas magistrales, sin renunciar a los últimos adelantos de reconocido y efectivo resultado, sin efectos secundarios que perjudicaran más que lo que pretendían curar. Nadie por su causa sufría un empacho medicamentoso. Nuestro médico era hombre de fácil diálogo, cordial trato y atenta conversación. A su lado uno se sentía seguro y sus remedios, si no siempre eran de resultados espectacularmente rápidos, nunca producían daños indeseables.

Enfermó el primer hombre y la alta fiebre que sufría le impidió acudir a la farmacia y la benigna afección respiratoria del principio se convirtió en insuficiencia cardíaca con el edema pulmonar subsiguiente. Este cuadro clínico se concluyó en colapso y el correspondiente entierro.

El día del sepelio el farmacéutico decía lamentándose:

—Qué tonto fue. Precisamente he recibido estos días un antibiótico de reciente síntesis, que actúa simultáneamente sobre ambas vísceras con resultados satisfactorios seguros. Pero como no me había dicho nada...

El otro hombre envejeció junto a su médico. Este buen profesional y amigo captaba al primer saludo el estado de salud del compañero, el cual noblemente se dejaba aconsejar y era fiel cumplidor de sus avisos. Un día le ofrecía galantemente una infusión de hierbas que muy bien substituirían al café excitante y a la copa alcohólica de cada día. Otro le instruía sobre los peligros que representaba para el sistema circulatorio el abuso de las grasas de origen animal, otro le hablaba de los efectos perjudiciales de la humedad y de los esfuerzos musculares, de la debida parquedad en el uso de la sal, etc. Y así hablando amigablemente había logrado que dejara de fumar, que no trasnochara en exceso, que los licores fueran lujo exclusivo de Navidad, cumpleaños y Pascua y, sin caer en la hipocondría, el buen hombre vigilaba su salud con el mismo esmero que controlaba el nivel del aceite en su coche.

—¿Quién creéis que gozaba de mejor salud y logró más larga vida?, dijo el Señor.

Le contestaron unánimes:

—El segundo.

—Muy bien, pues yo os recordaré que la vida espiritual está cimentada en la fe, pero no consiste en leer y saberse de memoria estanterías llenas de libros teológicos. El mejor teólogo soy yo, no lo dudéis, y en las crisis, en las dudas, en las noches oscuras del alma, soy yo quien conoce el remedio. Sé de grandes teólogos que se ofuscaron ante un imprevisto nuevo problema y abandonaron sus creencias anteriores en preci-



pitada huida tratándose sólo de un simple enigma de la ciencia humana. Otros, en cambio, mis pequeños amigos, encontraron junto a mí adecuada iluminación a sus dificultades. El caso más curioso que he conocido fue uno que a veces venía a decirme: Señor, ayúdame porque estoy convencido, me lo han demostrado y veo claramente que Tú no existes.

---

## 23. El teléfono

---

Y les decía un día:

—Si has llamado por teléfono a un amigo y te has entretenido durante mucho rato hablando con él, cuando cuelgues el aparato no abandones tu domicilio enseguida, no sea que mientras conversabas alguien hubiera pretendido llamarte y estuviera ahora esperando que acabaras de hablar. Tú, precavido, estate un tiempo en casa por si acaso. Si te has aprovechado del teléfono debes dar oportunidad a los demás para que sean ellos los que te hablen.

Y prosiguió después:

—No me gustan los que con la excusa de que están muy ocupados no atienden las llamadas o desconectan el aparato. Los que así hacen consiguen que ningún pelma les moleste, pero se arriesgan a que yo llame —pues soy pobre, me siento solitario o estoy enfermo y deprimido y necesito hablar con alguien— y ellos no puedan acudir a mi solicitud.

---

## 24. Espiritualidades cristianas

---

Le preguntaban al Maestro un día cómo siendo el evangelio único había tanta diversidad de cristianos. El Señor se sintió satisfecho de la pregunta pues era la ocasión de expresar su benévola acogida a todas las sinceras y honradas respuestas de los hombres, sin que pudieran ellos ejercer, ni debieran pretenderlo, monopolio alguno. Les decía así:

—Un día diversos clérigos rezaban su liturgia de las horas por la noche en la sala de espera de una estación. No se conocían ni llevaban, como yo tampoco llevaba, ningún distintivo especial y sus libros litúrgicos tampoco se diferenciaban exteriormente de cualquier otro libro. (Todo tiene sus ventajas e inconvenientes, pues, si esto hubiera sucedido hace unos años, se hubieran identificado por sus hábitos y enseguida en aquel vestíbulo hubiese resonado todo un coro monástico sin dejar charlar o dormir tranquilamente a sus vecinos). Ellos no se daban cuenta de su identidad pero yo sí y con mi gracia los intercomunicaba. Pero a lo que iba. Estaban sumidos en la oración cuando súbitamente se apagó la luz. Era una noche oscura, nadie excepto yo podía verlos, por eso observé atentamente sus reacciones.

Me fijé que uno se entregó a profundas meditaciones sobre las causas eternas que habían ocasionado aquella contingencia e, inalterable en su lucubración, continuaba contemplando la magnificencia del Ser Supremo que así por este apagón recibía la admiración y adoración de este docto teólogo.

En un rincón de la sala, un fraile menudo invocaba con ingenuidad a la hermanita luz para que volviera enseguida y él, pobre criatura, pudiera continuar la alabanza de su creador.

Ni se inmutó por el percance un sereno monje. Muy por lo bajo continuó cantando en austero gregoriano su salmodia.

Había uno cargado con una gran mochila que sacó un farol y lo dispuso en el centro de la sala para iluminar a toda la concurrencia.

Cuando volvió la luz faltaba un clérigo que enseguida regresó satisfecho pues había conseguido encontrar la avería y repararla.

¿Cuál de todos obró bien? ¿Quién se comportó mejor según el evangelio?

Los compañeros del Señor le respondieron contentos: Todos.

Entonces les dijo:

—Id vosotros por el mundo respondiendo según vuestras posibilidades y vuestros ingenios y observando complacidos las repuestas de los demás. La ayuda a los hombres será diversa y cada uno, poco a poco, se acercará más a mí. No ignoréis a los demás, tratad de reconocerlos con admiración y simpatía, que esta variedad de respuestas os llene de optimismo. El que sólo mira lo que hace él, además de empequeñecer el evangelio, poco a poco se va acomplejando y lo pasa mal. Y yo quiero que además de ser amigos míos seáis felices, pues si no fuera así, mi amistad, de ser auténtica, sería muy pobre.

---

## 25. El cielo de algunos católicos

---

Quería el Señor un día instruir a sus amigos sobre la universalidad de su amor y condenar el exclusivismo de algunos, las ganas de querer monopolizar a Dios que tienen algunos grupos adoradores de la divinidad. Y les explicó la siguiente historieta:

—Un día llegó un buen hombre a la puerta del cielo, al de más arriba, ya entendéis qué quiero decir, y llamó emocionado, temeroso, esperanzado, vacilante, hecho un manojo de nervios y temblando. Mi buen portero Pedro entreabrió precavido la puerta y después de consultar su larguísimo listado de escogidos que diariamente le proveían sus servicios secretos de información y comprobar que su nombre aparecía en él y que todas las señas, señales y huellas correspondían, le hizo pasar amablemente y sonriente le dijo:

—Aquí tienes el cielo que durante tanto tiempo has ansiado, en él todo lo hallarás y todo es para ti: diversiones, entretenimientos, compañías amigas de toda confianza y simpatía, hay de todo, para todo y para todos. Y sin límites: más allá de donde alcance tu vista, todavía es cielo. Entra y sé totalmente feliz y para siempre.

El buen hombre no podía creérselo, se adentró mirando a uno y otro lado complacido y estaba ya lejos de la puerta cuando san Pedro le hizo esta advertencia:

—Se me había olvidado decirte que en aquel rincón de esta inmensidad encontrarás un edificio pequeño, circular y hermético, no te acerques ni trates de saber qué hay en él, déjalo en paz si por casualidad pasas por su lado...

Nuestro hombre no dio ninguna importancia al aviso y fue feliz durante una eternidad de eternidades. Pero pasada ésta, él, que ya se había recorrido todo el infinito e indefinido ilimitado cielo, empezó a sentir en su interior una pregunta inocente al principio, pero que se hizo cada vez más acuciante: ¿Qué habría dentro de aquel pequeño recinto?

La cuestión se hizo pronto insoportable en un lugar donde por definición la felicidad debía ser completa, así que aprovechando una breve salida de Pedro a comprar cerillas a un estanco, se encaramó a la pared y observó atónito el interior de aquella estrecha y enigmática mansión-fortaleza. Quedó estupefacto, un corto número de hombres y mujeres cabizbajos agarrados fuertemente entre sí pronunciaban palabras de iniciados en voz baja. La visión no podía ser más decepcionante ¿Por qué le habían prohibido a él ver una cosa tan sin importancia? ¿Les estaría también vedado a los demás contemplar el triste espectáculo? No se atrevió a preguntarlo a nadie, pero una y otra vez se interrogaba dónde estaba el quid del enigma. Un día se despertó y se dio cuenta de que si no sabía inmediatamente la respuesta no podía recuperar la felicidad a la que tenía derecho y aun cuando se sentía un nuevo Adán desobediente, se acercó a san Pedro y le explicó su aventura.

Si no hubiera sido entonces san Pedro se hubiera enojado en extremo, no había más que verlo en la mirada que brilló un instante, quiero decir que si hubiera sido aquel tozudo pescador de Galilea de épocas históricas, hubiera recibido un buen mamporro con el manajo de llaves que siempre llevaba consigo, pero habían pasado muchas cosas desde aquellos tiempos y ahora no se enojaba nunca, ni perdía la paciencia, ni se precipitaba, así que se limitó a decirle al oído:

—No lo cuentes a nadie, ni vuelvas a subir al muro, no sea que te vean los de dentro. Para ti la cosa no tiene importancia pero para el equipo de técnicos celestiales, que son ángeles de primera, la cosa es fundamental. Lo que has visto tú, curioso hombre, es la única solución que hemos encontrado para todos esos grupos de católicos que ahora nacen como setas y que

siempre quieren ir solos. Los tenemos alojados en compartimientos estancos, incomunicados de los demás como querían vivir siempre. Si por desgracia se enteraran que hay otra gente en el cielo no habría manera de conseguir que fuesen felices. Lo hemos consultado con el Padre eterno y a Él también le ha parecido que era la única solución para darles la felicidad que merecían, poquita felicidad, eso sí, como pequeño había sido su corazón.

Nunca los discípulos habían oído hablar al Señor con tal grado de ironía, pero ya se sabe, donde hay ironía con toda seguridad hay dolor. Y pensativo añadió:

—Os he de confesar que actualmente, más que la división de los cristianos, me disgusta la desunión de los católicos. Más que la falta de diálogo entre las Iglesias, me duele la incomunicación entre la múltiple multiplicidad de grupos católicos que alrededor de minúsculos clérigos proliferan por doquier.

---

## 26. El sentido de las cosas

---

Era verano, época en que en muchas poblaciones se organizan festivales musicales al aire libre. El Señor y sus amigos se acercaban a una villa. En un recodo del camino la naturaleza había formado un anfiteatro natural que llenaba mucha gente colocada por otra parte alrededor de una orquesta. En silencio observaron el espectáculo y decidieron enseguida quedarse a escuchar el concierto.

Una mueca de extrañeza invadió los rostros de los amigos tras los primeros acordes. Aquello no era una música fácil de escuchar...

La audición no fue demasiado larga. La impresión final era de asombro. Les había costado penetrar en la melodía, pero al final se sentían satisfechos.

Por la noche comentaban junto al fuego:

—Al llegar pensaba que el concierto no había empezado todavía y que los músicos estaban afinando sus instrumentos, dijo uno.

—Es que cuesta mucho entender esta música, decía otro.

—No es una música fácil como una canción de cuna, añadía el más maduro. Seguramente que los entendidos deben disfrutar enormemente desde el inicio de la sinfonía.

—Los entendidos no disfrutaban con la música, se sienten críticos y averiguan los aciertos, los fallos, el orden, las originalidades, las orquestaciones y todos esos etcéteras de los cuales después se pueden sentir orgullosos...



El Señor sonreía, aquella música le había gustado y los comentarios de sus amigos le sugerían muchas cosas. Por fin les dijo:

—La historia es como una composición de Stravinsky. Un pequeño fragmento está lleno de estridencias y de compases que parecen inconexos. Hay que escuchar todo el concierto para encontrar el sentido y la belleza de su creación. Ya lo veis, al principio chirriaban vuestros oídos, ahora expresáis vuestro asombro. Al final de los tiempos se acabará el concierto universal escrito por mi Padre y los santos aplaudirán complacidos, sólo entonces tendrán sentido cada uno de los tiempos sumergidos ya en la eternidad. No queráis nunca analizar el instante solitario, mi Padre armoniza sabiamente las aparentes disonancias.

Todos quedaron en silencio y uno constató poco después:

—Nos ha gustado la música, pero ninguno ahora es capaz de repetir un pasaje del concierto.

—Un episodio de la historia sólo tiene sentido enlazado con todos los demás. El conjunto sólo se conoce bien identificándose con el autor. Al final de los tiempos, en el éxtasis final, no importará ser periodista, narrador o historiador o físico, lo único esencial para disfrutar del todo será haber sido santo.

---

## 27. El fiscal de juicio final

---

Algunos compañeros, no todos, ya que la sensibilidad personal era muy desigual, comentaban un día la elegancia estética femenina. Se extasiaban ante el agradable equilibrio de una tela azul cobalto sobre la piel ligeramente marrón de una joven señora. Gozaban del vivo contraste de una lisa y larga cabellera rubia de una quinceañera que lucía un precioso jersey violeta o en fin se asombraban de la fuerza del negro intenso de una blusa sobre una tez morena. También les encantaban las suaves líneas de una niña que semejaba una fina figura de porcelana. Todo era limpia admiración, éxtasis estético, mirada ingenua sin ninguna ambigua intención, por eso el Señor, sin intervenir en la conversación, los miraba complacido.

Comentaban estos mismos compañeros una noche, que nunca esta visión de la elegancia era completa y del todo complaciente, que siempre algún imprevisto peatón, feo por más señas, rompía esta armonía de formas, movimientos y colores. Y aquí aparecía una chica mongólica, por aquel paseo iba un muchacho lisiado, por allá marchaba en una silla de ruedas una paralítica o estropeaba el paisaje un pordiosero borracho.

Estos personajes eran como una piedra que rompía el espejo donde estaban observando la escena y a partir de su aparición ya todo era diferente.

El Señor intervino entonces y les dijo:

—Aquel cojo, aquel andrajoso, aquella contrahecha, aquel inexpresivo subnormal... en cualquiera de ellos estoy yo, no lo dudéis, y dichosos vosotros si sabéis reconocerme.

Como los compañeros no entendieran, prosiguió:

—Sí, yo aparezco para proclamar el valor de la humildad, la grandeza de la pequeñez, el misterio del espíritu humano que se esconde en la más sórdida condición de la existencia. Si vosotros me reconocéis en ellos, si sabéis atenderme en ellos, seréis felices. Un día yo os reconoceré en el festival eterno de las elegancias, en el desfile inmenso de la belleza, en la muestra conjunta de todas las armonías... Pero si ahora os disgusta mi presencia en ellos, estos cojos, estos subnormales, estos cretinos, estos enfermos malolientes, serán vuestros fiscales en el día de la verdad, en el juicio final. Y entonces aparecerán las neurosis intensas y las depresiones psicopáticas profundas y eternas, por no haberme reconocido a tiempo.

---

## 28. Sentido divino

---

Intervenía muy poco aquel amigo en las conversaciones y no es que se mantuviese ausente de ellas. El decía que todo lo que hablaban los otros le interesaba. Pero cuando él preguntaba algo, parecía como si sonase un seco gong en el interior de todos.

—Señor, nosotros nos vamos acostumbrando a tu idiosincrasia, eres sorprendente pero como nunca nos engañas, a todos nos caes bien. Y tú, ¿cómo te lo pasas? ¿cómo vives la doble realidad que afirmas tener? ¿es fácil y divertido ser divino y humano al mismo tiempo?

Sonrió el Señor con cariño, sabía que había tanto interés en aprender como amor para compartir, y así le dijo:

—¿Te acuerdas cuando te enamoraste de la que ahora es tu esposa? ¿No me decías el otro día que estabas entonces convencido de que ella te amaba, pero que se hacía la escurridiza y sus palabras no expresaban lo que tú querías oír y sabías hervía en su interior? Me explicabas que te lo habías pasado muy mal y te acordabas incluso que habías sufrido dolores de estómago que el médico diagnosticó como distonías neurovegetativas. Pero ahora al recordarlo lo entiendes todo y te sientes feliz al revivirlo. Pues algo así me pasó a mí. La experiencia interior es intransferible. Yo puedo enseñaros arameo y un poco de hebreo que sé de cuando entonces. Vosotros podéis enseñarme a mí a conducir una moto o a utilizar una computadora personal. Todo esto es posible, pero lo que no puedo explicaros bien es mi interioridad, vosotros no seríais capaces de entenderme.

¿Tú crees que fue cómodo continuar viviendo como si nada fuera a ocurrir, sabiendo que Judas me había traicionado y vendido a los notables, sin tener por otra parte pruebas para poder aducir a los demás? ¿Tú crees que yo hubiera subido a Betania, hundido en el dolor por la muerte de un amigo y amenazado por los altos jefes, si no hubiera estado seguro por divina intuición de poder vencer a la muerte que atenazaba a Lázaro?

Hubo incomodidad interior, no puedo negártelo, viví la doble realidad, no siempre la sentí simultáneamente, pero como siempre estuve inclinado al bien, al final siempre triunfó la armonía, la serenidad, y fui feliz.

El amigo lo miró con ojos profundos y le dijo:

—Gracias, Señor, comprendo que desearías que entendiera...

---

## 29. Remozar el edificio

---

El Señor atendía a un matrimonio apenado. La pareja se sentía derrotada, hundida, fracasada. Sus ilusiones, el entusiasmo que habían puesto en la educación y formación de sus hijos, se veían frustrados ahora que constataban que su hijo mayor había perdido la fe y temían que los demás siguieran el mismo camino. Su dolor era muy sincero, por eso el Señor se conmovió y les hablaba en un tono que inspiraba confianza. Les decía así:

—Un hombre habitaba una mansión antigua, él mismo había añadido innumerables detalles y hecho grandes arreglos en aquella edificación noble recibida de sus antepasados. Se sentía orgulloso de ella; sus amigos, cuando lo visitaban, elogiaban lo bien que estaba aprovechado todo y los incontables adornos que la enriquecían. Este buen hombre se sentía plenamente satisfecho de lo que había heredado y su mujer se alegraba con él, pues ella, por su parte, también había colaborado en el éxito. Se sentían del todo satisfechos hasta el día que su hijo mayor, que hacía poco les había anunciado su boda, les manifestó el propósito de derribar el edificio para poder, en la nueva casa que haría, continuar viviendo todos juntos.

El buen hombre reconocía que era necesario cambiar el pavimento, substituir las carcomidas vigas de madera por otras que no pudieran ser atacadas por la carcoma, hacer un garaje apto para todos los coches de la actual familia que ya ni recordaban que aquel cobertizo pretendía en un principio proteger el primer Ford T de que gozó la familia. Había que hacer dos cuartos de aseo por lo menos, atender cuidadosamente las in-

quietantes grietas que se habían formado en sus muros, también había que restaurar la fachada... Muchas, muchas cosas había que hacer, lo reconocía sinceramente, pero ¿era necesario derribar el edificio?, ¿el solar era lo único aprovechable?, ¿podrían ellos vivir en otro hogar sin perder su identidad?

El padre se preguntaba si era necesario conservar la casa y con ella la tradición de sus mayores, aunque la familia se separara, o era preferible aceptar los planes del hijo, conservar el amor y arriesgarse a pasar el resto de sus días añorando el viejo caserón y no sintiéndose del todo cómodo entre aquellas lisas paredes blancas, como las de un hospital, que su hijo quería, debajo de techos que a él le parecía que se le iban a hundir encima por la poca altura que tendrían, en ausencia de la amplia chimenea donde toda la familia se congregaba, para ser substituida por una muda e inhóspita calefacción central. Se lamentaba de que a su edad le pasaran estas cosas y deseó haberse muerto antes para no vivir ahora estos problemas.

Pero al fin se decidió a cooperar, e incluso se alió con su hijo y le ayudó a conseguir créditos bancarios, le aconsejó en la elección de materiales de construcción... Un día la casa se concluyó, vivió en ella y constató que no era incómoda, que volvía a ser la tradicional vivienda familiar de toda la vida aunque fuera diferente, pues aunque los ámbitos materiales cambiaran, las mismas fiestas, las mismas canciones, los mismos cuadros y esculturas, el mismo tono en la conversación, la misma familia, el mismo amor sobre todo, la llenaban. Y esto, únicamente esto, era lo esencial.

—¿Entendiste la parábola, amigo?, dijo el Señor. Aceptad la decisión de vuestro hijo, aun sin compartirla. No le abandonéis, continuad rezando por él como lo hacíais cuando era niño. El día que se case civilmente, orad por él como lo hicisteis el día de su primera comunión. Me entristece ver a tantos padres que antes se sacrificaron por sus hijos y cuando son mayores, dimiten de su responsabilidad. Se puede uno retirar de un oficio, pero el rol de los padres no admite jubilación.

---

### 30. De nuevo el enamoramiento

---

Dejó intrigados a todos, no sólo a las mujeres, aquel día que les habló del enamoramiento, pero nadie se atrevía a volverle a hablar de ello. El Señor bien sabía que el silencio con frecuencia es delicadeza y respeto y por eso muchas veces lo apreciaba. Así que sin ningún motivo aparente un día comenzó:

—Hay muchos que creen que una vida sin pareja es una existencia inacabada, que una persona sin relación física con otra no puede tener diploma de humanidad. Hay muchos que piensan que si yo no me casé, si fui célibe durante todos mis años, no puedo ostentar condición de hombre total.

Yo hice una opción y toda opción supone una renuncia. Y el saber optar y renunciar, esto sí que es ser hombre. Renuncié a la mujer como esposa, pero no evité mi relación con ellas. La más perfecta de las mujeres fue mi madre y nunca la dejé desamparada. Ni después de morir quise que se quedara sola, por eso tuvo la compañía de mi mejor amigo.

Porque amó mucho, aquella mujer de la falda del Tabor, recibió mi más generoso perdón. Y mi predilección por ella, a pesar de su oficio, desató la antipatía hacia mí del rico anfitrión, pero no me arrepiento de ello: más vale el amor de una mujer que el más rico festín. Que nadie lo ponga en duda.

Mi pueblo era injusto con la pareja adúltera, sólo castigaban duramente a la mujer. El hombre apenas era reprimido. En aquella ocasión en que me trajeron a una mujer encontrada en este pecado fui totalmente indulgente con ella y le di además mi paz.



Lo más curioso fue el episodio de Sicar junto al pozo de Jacob. Aquella sí que era una mujer de armas tomar. Experta en donjuanés, me llevó a todos los terrenos en que ella se podía sentir segura. Primero la ironía nacionalista: que si yo judío no podía hablar con ella, mujer samaritana. Y le contesté con ironía. Burlonamente continuó y lo que no esperaba era meter la pata como la metió cuando yo le hablé de su marido, aquí sí que fue Troya. Pero no se dio por vencida y quiso meterme en política, terreno que ella sabía apasiona a los varones, y vino aquello de que si vosotros los judíos allí y nosotros los samaritanos aquí..., pero como ya estaba cogida no quise continuar en tono aparentemente frívolo y le confíe claramente quién era yo. Y ella me lo agradeció ¿Habéis constatado que el primer apóstol de Samaria fue una mujer?

Y fue el amor de dos mujeres por su hermano y mi amor hacia ellas, además de mi amor a él, el que arrancó aquella resurrección de Lázaro que precipitó mi detención y muerte.

¡Y cómo me satisfizo el perfume de María! En el sepulcro todavía se podía notar aquella fragancia. Su amor cariñoso de hermana-amiga, de colaboradora generosa, de niña-virgen a pesar de haber arrastrado una vida de pecado, me decidió a encontrarme con ella como en un juego infantil y fue la primera que recibió la noticia de mi resurrección.

Quien no sabe amar del todo es incapaz de comprender que el amor virginal es el amor más total y totalizante que pueda existir. Y este amor fue y es el mío.

Era tan claro mi camino, era tan diáfana mi postura de amor a la mujer, que ni Satán se atrevió a iniciar cualquier tentación en este terreno. Sabía que en este campo de batalla su derrota era segura, por eso sólo se atrevió a ensayar en otros terrenos...

¿Comprendéis ahora que si no me enamoré, no obstante no fui ajeno al amor femenino?

Nadie le respondió, pero todos, ellos y ellas, quedaron satisfechos...

---

## 31. Quién se conoce mejor

---

Uno de los que iban con los compañeros del Señor como camarada autónomo, independiente e impermeable, era el blanco de las preocupaciones generales. Aunque por delicadeza lo hablaban en particular, él tenía noticia de sus comentarios y los aceptaba con resignación, pero sin contestar, eso sí. No es que fuera mala persona o queapestara su cuerpo, no, lo que pasaba es que era tan introvertido que su presencia resultaba incómoda y por otra parte incurría en equivocaciones que una simple advertencia o un sencillo comentario se las hubieran ahorrado. Pero nadie podía intervenir. Divagaban entre ellos atribuyendo este modo de ser al entorno familiar, decían unos, o a su peculiar procedencia, a la idiosincrasia colectiva de su lugar de origen. Especulaban estas razones para hallar explicación a una manera de comportarse que contrastaba con su entorno en el que todo era comunicación, confianza, confidencia, compartir... Pero como era un hombre bueno, como se dijo ya al principio, un día que estaba silencioso como siempre junto al Señor, escuchó de Él la siguiente parábola:

—No conoce completamente un edificio el ratón que no sale de su interior, ni el pájaro que sólo lo observa desde fuera. Para uno todo son grietas y rincones que es lo que le interesa como posibles madrigueras. El otro sólo sabe que hay paredes con inmensos aleros que pueden proteger su nido. Sólo el propietario, que conoce el valor monetario del inmueble, que ha penetrado en su interior y en él ha vivido y que ha subido a la techumbre para reparar sus tejas y comprobar la seguridad de sus vigas y paredes, sólo él sabe cómo es el edificio.

Tú, amigo —para el Señor todos eran amigos o los veía como posibles amigos suyos— eres ratón en el pequeño habitáculo de ti mismo, y si no intercambias información con tu exterior sufrirás un día el hundimiento de tu total personalidad sin que nadie pueda acudir en tu ayuda, pues nadie lo sabrá. Habla, consulta, explícate. Cuando te sientas en peligro y cuando rebores de felicidad. La plenitud de la vida está en compartirla. El hombre es el único animal capaz de hacer confidencias. Cuando explicas quedamente algo que te pasa o que sientes, te asemejas a mi Padre que me encargó ilusionado que os explicara confidencialmente cómo nos sentimos los tres en nuestro único interior, este es el motivo de que ahora sepáis que somos una exclusiva Trinidad ¡Si hubiéramos sido introvertidos, qué pobre dios hubiéramos sido!

Y luego, en voz alta, dirigiéndose a todos les decía:

—¿Quién de vosotros es capaz de conocer los pormenores de su sangre si no recurre a un microscopio o no acude a un analista? ¿Quién será capaz de saber las consecuencias que ha tenido en su esqueleto una caída si no le hacen una radiografía? ¿Cómo podréis estar seguros de que no tenéis un tumor en el cerebro si no os hacen un TAC ?

Estúpido aquel que acude al médico porque le duele la uña del dedo pequeño del pie o va al neurólogo a que le hagan un EEG porque se siente débil cuando tiene hambre y que en cambio quiere curarse él solo los males de su espíritu, o aquel que quiere vencer la apatía, el hedonismo o la sinrazón de su vivir sin consultar a un maestro espiritual.

Y a aquel hombre tiernamente le dijo:

—No te desesperes, esta noche intenta hacer un pequeño esfuerzo, pequeño pues es el principio, pero no te vuelvas atrás. Esta noche, sin ningún motivo, porque sí, porque lo quieres, sin que nada te obligue, cuéntale algo al que tengas a tu lado, algo sin importancia, aunque no sea más que el resultado de una competición de fútbol, algo que no sepa y que no te haya preguntado. Así habrás empezado a salirte de tu prisión interior.

---

## 32. La pita

---

Junto al camino que recorrían aquel día brotaban grandiosas pitas, algunas de las cuales elevaban ufanas sus enormes inflorescencias. Los amigos del Señor le preguntaron por qué no se había referido nunca en sus enseñanzas a estas plantas, ni a las chumberas, ni a ningún cactus que tanto abundan en su país. El Señor les explicó que todas estas plantas carnosas procedían de América y que hasta que los españoles no fueron allí no se conocieron en su tierra donde ahora ciertamente se habían afincado con profusión. Las pitas sí, o plantas semejantes a ellas, eran conocidas pues de Africa venían perfumes extraídos de ellas y con ellos fui perfumado en el sepulcro, pero no crecían como ahora las veis. Como quien le había hablado así tenía una cierta tendencia a buscar el lucimiento personal, mirándole con picardía, le dijo a él y a los demás:

—En vuestra vida debéis aprender la lección de la pita. Esta planta, en cuanto se afirma en el suelo y todavía mientras está creciendo, extiende sus rizomas silenciosamente y los alarga haciendo surgir de sus puntas nuevas vidas. Alrededor de cada ejemplar madre veréis siempre otras plantas testigos de su generosidad para con la vida. Solamente al cabo de muchos años, agotadas sus fuerzas, quedamente, brota un gran plumero que poco a poco se convierte en la flor más grande de nuestros paisajes, y es entonces cuando, arrogante y satisfecha de su bien hacer y su gracia, muere dejando tras de sí muchas más plantas que proseguirán su mismo ciclo vital.

Vosotros también debéis dar fruto desde el principio: las condecoraciones, los éxitos, el descanso, vendrán al final. Hay que buscar en la vida el crecer, más que el crecerse. Ser útiles, más que presumidos y altivos. Es más importante la fecundidad que la celebridad.

Al levantarse para continuar el camino, uno de los amigos le decía que le había hecho mucha gracia la parábola, pues la única utilidad que le conocía a la planta era la que le daban las chicas de su pueblo: con ella hacían punzones para hacer los calados de sus bordados. Pero que después de su explicación veía en ella una imagen que le reclamaba generosidad. Y el Maestro se alegró mucho de ello.

---

### 33. De nuevo el teléfono

---

Y les recomendaba también:

—Si pasas todo el día en tu domicilio y en un momento dado tienes que ausentarte por poco tiempo, descuelga el teléfono al salir, pues en tu corta ausencia quizá alguien te llame pidiéndote ayuda y al creer que estás comunicando volverá a probarlo más tarde y tú podrás así responder a su demanda. De lo contrario, puede creer que estarás todo el día ausente y no vuelva a llamar. El se quedaría sin tu ayuda y tú no podrías ser generoso.

---

## 34. La caridad en la calle

---

Circulaban por una céntrica vía de una gran ciudad los discípulos y el Maestro, y comentaban la incomodidad del tráfico rodado y cómo el urbanismo antiguo no había previsto la actual abundancia de coches. El Señor escuchaba atentamente diciéndoles al cabo de un rato:

—En estos lances también se distingue el discípulo aventajado del reino. Cuando aparca su vehículo, no lo hace de cualquier manera. Se acerca al de delante o al de atrás, aunque suponga un esfuerzo de maniobras al volante y con el cambio de marchas. Lo hace así para que en un mismo tramo quepan más coches. Cuando observo una calle donde los espacios libres son grandes, pienso en el egoísmo satisfecho de los que los dejaron de esta manera, para que la maniobra al marchar les resultara más fácil, pero dificultaron o impidieron que los demás aparcaran.

---

## 35. Dejarse querer

---

Uno de los compañeros del Señor estaba un día pensativo y contrastaba este estado de ánimo con el que le era más habitual, que precisamente era de euforia, optimismo y jovialidad. Algo serio le debía ocurrir. El Señor se daba cuenta y no lo perdía de vista. Al atardecer, como quien no quiere la cosa, le dijo mientras su mirada penetrante acariciaba su rostro:

—¿Qué te preocupa estos días? ¿Puedo ayudarte en algo? Ya sabes cómo te aprecio y quisiera verte alegre como en tus buenos tiempos...

—La otra noche tuve un sueño... Tu lo sabes, Maestro, soy muy enamorado. Desde que de muy joven aquella primera chica del parque me hizo temblar de emoción, y tantas otras después han cautivado mi ser, siempre me ha atraído la mujer, me gustan mucho las chicas..., pero cuando te fui conociendo, te preferí sobre todos mis amoríos y vivía tranquilo. Pero la otra noche soñé... Estábamos los dos solos, rodeados de una atmósfera tibia y gris, quiero decir sin paisaje determinado. Ella me tenía cogido por la cintura, estábamos estrechamente unidos, continuaba siendo bajita como el primer día que la vi, llevaba un jersey oscuro, su pelo negro era el mismo, su rostro alegre no había cambiado, pero no reía acompañando su carcajada sonora con gritos intempestivos. Apenas sonriendo y muy abiertos sus ojos inmensos, me miraba y cada vez acercando más sus labios a los míos me besaba diciendo: te quiero. Aquel beso o aquellas palabras engrandecieron mi ser, me sentí un dios a su lado y estaba en el culmen de mi satisfacción personal cuando me desperté bruscamente.



Aquel amor me hacía sentirme un gigante y desde entonces no vivo tranquilo. Mira, por ti he renunciado a enamorarme, sé que vales más que cualquier otra persona, sé que tú me quieres y que tu aguda sabiduría enriquece mi ser. Tu amor vale mucho, digamos que vale como mil monedas de oro, para darle algún precio, y el de aquella chiquilla solamente una monedita de plata... pero si no la hubiera dejado, ahora mi ser aunque muy poco, sería más rico.

Tú sabes, te lo he dicho muchas veces, que soy enamorado, pero la otra noche descubrí que también era enamorado. Descubrí también que si alguien me seducía, su amor era riqueza personal para mí. ¿Debo renunciar a esta posibilidad gratuita que tengo de aumentar mi fortuna espiritual? No estoy triste de mi elección, no deseo perder tu amistad, eso de ninguna manera, pero podría tener mil monedas de oro y una pequeñita de plata y resulta que sólo tengo mil...

El cine y la fotografía han sabido captar muchas veces la mirada enamorada de un hombre hacia una mujer pero, ¿cómo es la mirada del Señor cuando contempla a su amigo?, ¿cómo es el gesto?, ¿cuál la emoción? Es indescriptible e intransferible, imagináoslo como podáis y dejadlo como telón de fondo de unas palabras del Señor que como suave terciopelo se posaban en los oídos de aquel joven:

—Por haber omitido esta experiencia, ciertamente excelente, de dejarte enamorar por aquella joven o por cualquiera de las chicas que tú te merecías, mi amor ahora es más grande hacia ti, más enriquecedor, más lleno de ternura, no lo dudes ni un momento. No te aflijas con cuentas matemáticas, los sentimientos no pueden medirse, el que escoge dejarse sólo enamorar por Dios, escoge la mejor parte. Su corazón se ensancha al recibir el gran chorro de cariño divino y lo más sorprendente es que después puede enamorarse de todas y de todos, y puede ser acreedor del aprecio universal.

Y añadió con dulzura:

—Y no te preocupes por ella, que también se ha enriquecido con mi afecto y ha sido premiada por haberte amado.

---

## 36. Los agujeros negros

---

Un día les decía:

—Los científicos afirman que en el universo existen unos lugares donde nada, ni siquiera la luz, puede escapar de ellos debido a la enorme intensidad de su fuerza gravitatoria y que por otra parte cualquier objeto o astronauta que se acercase a ellos serían igualmente atrapados por su enorme poder de succión. Les llaman a estas regiones espacio-temporales agujeros negros. Estoy pensando que son una buena imagen del comportamiento de muchas personas que todo lo quieren para sí y que nada dan de sí mismas. Vosotros, en cambio, obrad contrariamente, haced balance no de lo que tenéis, sino de lo que habéis dado. En el reino de los cielos vuestra riqueza será vuestra generosidad. Vuestra elegancia consistirá en saber regalar y en hacerlo. Que nadie tema acercarse a vosotros porque sois pedigüeños, al contrario, que siempre los hombres marchen de vuestra vera con algo más que lo que traían al encontrarse con vosotros.

Se asombraron los discípulos del ingenio del Maestro en la utilización de las comparaciones y le dijeron:

—De ahora en adelante te vamos a llamar: el Señor-técnico.

Pero él, sonriendo, continuó:

—Pues para aquella gente mayor que no haya oído hablar de los agujeros negros, les voy a poner una comparación que ellos, los que escribieron con tintero y pluma en su infancia, podrán comprender fácilmente. En el reino de los cielos hay gente que se comporta como el papel secante. Todo lo chupan, con todo se quedan y para nada aprovecha lo que ellos absorben.

Vosotros no seáis papel secante de la gracia de mi Padre o de la generosidad de mis hermanos los hombres, muy al contrario: agradeced lo que recibáis, que el calor de vuestro corazón arrope a los que a vosotros se acerquen, pero sin aprisionarlos, y ofreced ayuda y riqueza como esas fuentes que de día y de noche, verano e invierno, manan gratuitamente, sin calcular, prescindiendo de quién o de cómo se aprovechen los que a ella se acerquen a beber.

Entonces el último que había hablado le dijo:

—Pues deberé cambiar el nombre que te había puesto, no serás el «Señor-técnico» desde ahora te llamaré el «Señor de las parábolas».

Él sólo añadió:

—Este nombre es más acertado.

---

## 37. El compromiso

---

Observaban las evoluciones de un gran camión sobre un terreno muy accidentado cuando el Señor les preguntó qué utilidad tenía un artilugio que semejante a un cabrestante aparecía ante el morro del motor. Uno de los discípulos, que había vivido durante muchos años en la montaña, le explicó que en ciertos momentos era importantísimo este instrumento. Ocurría a veces que el camión no podía avanzar por lo inclinado del suelo o por lo quebrado del piso, entonces el conductor desenrollaba aquel largo cable, lo anudaba a un robusto árbol y accionado el eje por la fuerza del potente motor del vehículo, se iba recogiendo poco a poco y consecuentemente el camión avanzaba, por muy escabroso que fuera el terreno.

El Señor se asombraba del saber hacer de los hombres y poco después les dijo:

—Estoy pensando que lo que me habéis contado del chisme ese del camión puede entrañar una enseñanza para vosotros. En la vida hay ocasiones en que resulta casi imposible vencer los obstáculos con la fuerza única del momento, pero se logra avanzar si uno previamente se ha adelantado al futuro ligando su vida a un serio compromiso. Me estoy refiriendo a aquellos que con sentido previsor y responsable saben atar su vida mediante una promesa matrimonial o unos votos religiosos.

—¿Y qué pasa si se rompe el cable?, objetó uno que quería hacerse el gracioso.

—No sé en qué estás pensando, le dijo el Señor. Si el romperse es la infidelidad momentánea, no hay otra labor más que

el arrepentimiento inmediato y la conversión sincera, como a veces debe ocurrirle al conductor del camión que con toda seguridad deberá reforzar el cable para estar seguro de él. De lo que no hay duda es de que nunca abandonará el vehículo en el bosque y se perderá en la espesura por el solo hecho de que se le haya roto el instrumento...

En esta ocasión nadie se atrevió a decirle nada.

---

## 38. De nuevo con los jóvenes

---

Aquel día había salido el Señor con la gente más joven, quiero decir más joven de lo acostumbrado. Observaba él que eran precipitados en ocasiones y holgazanes en otras, pero que difícilmente eran constantes. No obstante este proceder, el Señor, que sin ser viejo tenía muy lejana en el horizonte de atrás su niñez, se sentía contento entre ellos y ellas, y avanzaba decidido por los senderos haciendo resoplar a bastantes de ellos. En un momento dado se paró y todos acogieron complacidos la iniciativa de sentarse en un recodo al abrigo del viento y ante un paisaje montañoso extraordinario.

Aprovechó esta circunstancia para decirles:

—A vosotros os pasa como a aquellos tres conductores que emprendieron un día un largo viaje por una carretera que en nada se parecía a una autopista.

El primer chófer, al encontrar ante sí un camión, se apresuró a adelantarlo decidido y cuando había iniciado la maniobra, descubrió que más adelante había otro y que en la lejanía se veían otros más. Entonces, imprudente él, se situó totalmente a la izquierda y aceleró con vigor, dispuesto a adelantarlos a todos a un tiempo. El final de este proceder fue un fatal choque frontal con un vehículo que venía en dirección contraria.

El segundo conductor, al iniciar el adelantamiento del primer camión que veía ante sí y entrever que otros le precedían, pensó: ¿Para qué adelantarlo si después estaré detrás de otro camión? ¡No vale la pena molestarse! Y marchó perezosamente tras aquel lento vehículo. Cuando llegó al final del viaje los es-

tablecimientos de la ciudad estaban ya cerrados y no pudo realizar a tiempo la importante gestión que le habían encomendado, con lo que el viaje resultó inútil.

El tercer chófer reflexionó: la hora es de mucho tránsito de vehículos pesados, tendré que armarme de paciencia e ir adelantando de uno en uno todos los camiones que encuentre sin alterarme ni desanimarme, pero debo llegar a tiempo y sin que me tengan que recoger con una ambulancia.

¿Cuál de los tres demostró más hombría?

Le contestaron:

—El tercero.

Y él les dijo:

—Pues obrad vosotros como él, sin temer el esfuerzo o desanimaros por dificultades. Que en un instante no se puede superar todo, pero poco a poco sí se pueden vencer los múltiples obstáculos que encontramos en la vida.

Y se levantó, con gran sorpresa de los que habían llegado rezagados, continuando decidido hasta la cima.

---

## 39. El acelerador de partículas

---

Le explicaban un día al Señor que una nación construía un acelerador de partículas inmenso. Era un anillo de 27 km. de diámetro donde las partículas subatómicas, sometidas a enormes campos magnéticos se lanzaban a velocidades próximas a la de la luz para después de su recorrido chocar entre sí, produciendo efectos sorprendentes. Se extrañaban los más de que el Señor aguantara el rollo del aficionado de turno y le decían que no le aburriera con sus explicaciones, pero lo curioso es que el Maestro escuchaba atentamente sin dar síntomas de hastío. Al final les dijo:

—Me ha gustado la descripción del artilugio y estaba pensando que las asambleas de mis discípulos deberían ser algo parecido. Me aburren tantas reuniones en las que con voz cansina de contestador telefónico, se estudian, se analizan, se revisan y se vuelven a examinar actuaciones y proyectos sin otro provecho aparente que el propósito de volver a reunirse una vez se haya formado la comisión pertinente. Yo quisiera que la invocación a mi Espíritu fuera sincera y los asistentes se dejaran acelerar por las acciones intensas de la gracia, para salir transformados y constatar las sorprendentes consecuencias de haber estado sometidos a un ambiente divino. ¿Por qué los hombres avanzarán tan lentamente, pudiendo correr a galope con sólo dejarse someter a mis estímulos?

Discutían por la noche los discípulos y argüían unos que al Señor todo le gustaba porque de todo sacaba enseñanzas, pero otros decían que a él todo le interesaba porque siendo hombre



como era, todo lo humano le atraía. Apareció quedamente el Maestro y permaneció largo rato en silencio, después les dijo:

—No vale la pena que discutáis más, pues todos tenéis razón. Quisiera que vosotros también estuvierais hambrientos de saber y a todo supierais extraerle el subyacente sentido divino.

---

## 40. Los hermanos gemelos

---

Discutían entre sí los discípulos del Señor sobre qué era mejor, si el esfuerzo personal o los resultados objetivos. El Maestro, para orientarlos les explicó la siguiente historia:

—Un matrimonio tenía dos hijos gemelos de suficiente edad para empezar a moverse por su cuenta. El uno se arrastraba a gatas por toda la casa y nadie era capaz de lograr que se levantara y empezase a caminar. Terco como era se negaba a toda prueba; eso sí, llegaba a todos los rincones, lo tocaba todo, aunque siempre era arrastrándose por los suelos.

El otro niño, en cambio, se entretenía más con sus padres y cuando estos lo levantaban y dejaban junto a una pared, alejándose luego y llamándolo, entonces no dudaba un momento en echarse a andar aunque fuera sólo un instante, pues como era muy patoso se caía al instante. Pero nunca se desanimaba y cuando lo levantaban sonreía y volvía a alargar las manos tratando de alcanzar las de su madre que se alejaba volviéndole a invitar a andar.

A ninguna de estas maniobras se dejaba someter el primer hermano, que indiferente a lo que le rodeaba, marchaba huido o berreaba molesto si sus padres insistían en enseñarle a andar. Desde luego, arrastrándose por los suelos nunca se caía y en cambio su hermano lucía chichones en la cabeza y rasguños en todo el cuerpo.

¿Por quién de los dos sentirían más cariño los padres?

Obviamente le contestaron:

—Por el segundo.

—Por eso, les dije, yo también prefiero al que tropieza y cae, al que es tentado y peca, pero que cada día se levanta decidido a volver a empezar a cambiar. A éste lo prefiero mucho más que a aquel otro que lleva una vida raquítica pero segura, a quien nadie puede reclamarle nada, pero tampoco nadie le debe agradecer nada, que no comete asesinatos, pero no progresa en nada, que no roba pero nunca regala nada, que dice que todo está ya inventado y todo ya conseguido, que en la vida sólo debe pretenderse ir tirando...

---

## 41. El concierto de año nuevo

---

Se reunieron todos alrededor de un televisor aquel primero de enero para seguir el tradicional concierto que cada año transmiten desde Viena. El Maestro permanecía complacido, sin demasiado entusiasmo. Se notaba que aquella música selecta y fácil a la vez, le satisfacía sin llegar a extasiarle. Pero llegó el final. Como todos los años se multiplicaron los «bises» hasta llegar el momento de la marcha Radetzky que los asistentes, entusiasmados acompañaron con sus palmadas disciplinadamente ejecutadas. Aquí sí que brillaron de emoción los ojos del Señor. Así que les dijo:

—Los asistentes al concierto deben haber abonado un buen importe por la entrada y por ello se merecían un buen concierto, pero la orquesta les ha regalado algo más, que era del gusto de todos y por eso ellos aquí han querido dar un mayor relieve a la pieza. Los animales también pueden escuchar música pero sólo los hombres son capaces de aplaudir y corear y convertir un concierto en una fiesta.

Este comportamiento me recuerda a los hombres que, complacidos con la creación o cualquier otra actuación de mi Padre, le cantan agradecidos, plasman en sus obras de arte la belleza que hay en la naturaleza, aprenden y después ponen en práctica toda la rectitud y generosidad y belleza que se esconden en el devenir del universo.

Ciertamente esta creación sería muy diferente si no estuviera el hombre que es capaz de acompañar, como la orquesta lo hace al solista, la obra de mi Padre.

Entonces uno le dijo:

—Pero, Señor, a veces en un concierto, durante o al final de la actuación, se oye algún silbido o algún grito...

—Sí, es el pecado, el hombre es capaz de realzar o contaminar la creación; he aquí la grandeza o mezquindad de su destino.

Los aficionados al deporte comentaban muy contentos el triunfo en los juegos olímpicos de uno de sus deportistas favoritos. Admiraban al vencedor pero afirmaban que si había logrado aquella medalla era gracias a que en su última época había cambiado de entrenador. Se discutió entonces la importancia de esta persona en el éxito personal del deportista. Unos decían que la fuerza salía de uno mismo y desde fuera poco se podía aumentar. Otros, al contrario, afirmaban que sin un buen entrenador nadie conseguía un buen triunfo.

El Señor escuchaba atentamente y, aunque el deporte no era su fuerte, todos deseaban oír su opinión. Así que tuvo que intervenir y, como siempre, fue sacando de la conversación una enseñanza espiritual.

—El honor se lo lleva el deportista, pero difícilmente obtendría éxito si no hubiera tenido quien educara sus movimientos, enseñara a agilizar sus músculos, ordenara y controlara sus entrenamientos. Uno mismo no conoce del todo sus posibilidades, debe ser otro desde fuera quien las descubra y enseñe a corregir los defectos y deficiencias.

Lo que me preocupa es que esto que os digo, y que todo el mundo acepta en la vida deportiva y también en otros campos de la actividad humana, se tenga tan olvidado en la vida espiritual. Toda persona que quiera progresar debe escoger un buen maestro, sea éste una persona versada en el espíritu, dicho de otra manera, con capacidad de discernimiento y experimentada en la virtud, o un grupo donde la comunicación, la confianza y

la exigencia mutua, junto a una auténtica revisión de vida cristiana, sea práctica que nunca se olvide. Ir por lo libre, improvisar sinceramente, actuar con generosidad, no son criterios suficientes para rendir al máximo. Mi Espíritu vigoriza y vitaliza al hombre, la maestría espiritual conduce toda esa energía y poda las desviaciones o los esfuerzos inútiles que espontáneamente brotan en la personalidad.

Vuestro amigo recibió la medalla bien merecida, pero debe estar muy agradecido al entrenador que lo hizo posible. Y sabed que en mi reino se premia con igual medalla al triunfador y a su maestro.

---

### 43. Salud espiritual

---

Una de las compañeras había pasado una temporada de servicio en un país del tercer mundo y volvía entusiasmada del valor de su experiencia. Comentaba con los demás la deficiente higiene que tenían, o mejor la falta total de higiene que había en sus vidas, la carencia de agua con unas mínimas condiciones de potabilidad y el absoluto desconocimiento que tenían de una cosa tan simple como el jabón. En cuanto a la alimentación su dieta era enormemente deficitaria en proteínas y en alguno de los oligoelementos esenciales pues estaba casi exclusivamente compuesta de una especie de harina que sólo podía aportar hidratos de carbono, pues para colmo de males las semillas de las que se obtenía carecían totalmente de lípidos...

Todos escuchaban atentos sin entender demasiado los tecnicismos pero asintiendo apesadumbrados.

—En mis tiempos, intervino el Señor, no sabíamos de todas esas cosas, yo no sé si la alimentación que recibí en mi familia y después con mis discípulos de Galilea era equilibrada. Vivíamos como podíamos, comíamos lo que nos daban y por eso a lo mejor resultaba variada y equilibrada. Nuestra preocupación estaba más en la higiene y en la comida espiritual. En casa y en la sinagoga encontrábamos satisfacción a estas necesidades.

Me asombra esta generación que analiza las necesidades dietéticas, que anatematiza colesterol, que elabora jabones con ph neutro y poder bactericida y olvida en cambio las necesidades de la vida espiritual. ¿De qué le servirá al hombre co-



mer menú macrobióticos, practicar dietas vegetarianas, abstenerse de excitantes de la mucosa gástrica y de las especias, des-  
terrar alimentos hormonados, exigir que los fertilizantes de los  
huertos sean de estiércol animal y se eviten los productos quí-  
micos, si no pone igual o más interés en el alimento e higiene  
de su espíritu?

Así como la falta de limpieza y la deficiente comida faci-  
tan la aparición de enfermedades, la ausencia del sacramento de  
la penitencia y de la comunión tiene como consecuencia situa-  
ciones, conflictos y fracasos enormes.

—Señor, pero hay gente que nunca se acerca a la iglesia y  
lleva una vida correcta, le dijo uno.

—También en el tercer mundo algunos sobreviven y son  
longevos a pesar de todas las deficiencias de que habláis, pero  
eso no es ni lo corriente, ni lo ideal, ni lo correcto.

Hay que ser muy consciente de que es muy necesario el au-  
toexamen de conciencia y que luego hay que someter las man-  
chas del espíritu al lavado de la penitencia.

Hay que responsabilizarse de la propia instrucción por me-  
dio de la lectura de la Biblia y de los óptimos autores espiritua-  
les y, por encima de todo, hay que estar muy atentos a una bue-  
na alimentación eucarística.

Sólo con estas precauciones podéis enfrentaros con optimis-  
mo a la dura y apasionante batalla de la vida.

---

## 44. Genuinidad humana

---

Se extasiaban algunos amigos del Señor ante el escaparate de una tienda de productos de informática. Comentaban las excelencias de un ordenador recién salido y se maravillaban de los múltiples elementos de software que se les ofrecían.

El Señor les miraba con cierta ironía. No es que no le gustara utilizar máquinas, es que era incapaz de adorar a la herramienta técnica como veía que hacían algunos.

Para hacerles rabiarse a estos amigos a todos estos chismes les llamaba «reencarnación del becerro de oro». Pero siempre decía estas cosas con una ironía cariñosa, pues el progreso técnico en sí no le enojaba, al contrario, muchas veces les decía que desde que el hombre empezó a utilizar un palo para alcanzar un fruto del árbol había comenzado el octavo día de la creación y que ahora con la ingeniería genética no habíamos llegado más que al mediodía. Por eso esta vez sería, pero amablemente, les dijo:

—Por mucho que avance la tecnología en «SiliconValley» lo que no lograrán diseñar es un «chip» capaz de amar. Y acordados de aquel gran computador de la famosa película que al preguntarle al ingeniero proyectista si amaba contesta con un lacónico: está programado para que reaccione como si tuviera amor propio, es decir, egoísmo.

Podéis estar tranquilos, podéis cargar vuestro ordenador, sea PC, At, Ps o lo que salga después, con el programa que queráis, que nunca observaréis en él el menor síntoma de enamoramiento. Será incapaz de deciros con palabras salidas li-

brememente y no grabadas en su «Hardware» o «Software» la simple expresión de amor: te quiero. Y la misma incapacidad la tendrá para sentir semejante sensación para con otro aparato. Por muy próximos que los dejéis, por mucho tiempo que pasen en solitario uno con otro, nunca llegaran a enamorarse.

Vosotros sí, vosotros me gustáis porque podéis amar.

---

## 45. La infección de garganta

---

Discutían acaloradamente dos amigos. Estaban hablando del comportamiento de un familiar de ambos. El uno era duro en sus juicios, el otro no le daba importancia a lo que al pariente se le atribuía, y decía que se tomaban muy a pecho cosas que no eran sino chiquilladas.

Aquella conversación, que empezó con buenas intenciones, empezaba a agriarse y hacía temer que provocara una ruptura en sus relaciones familiares. Por eso acudieron al Señor.

El Maestro les dijo:

—Ni blanco ni negro, sino todo lo contrario. Quiero decir que ninguno de los dos enfocáis bien el problema. Os lo explicaré con un ejemplo.

Un chiquillo tuvo una infección en las amígdalas. Era una enfermedad que no le molestaba demasiado, ni a él ni a sus padres. Nadie le dio importancia, ya que dolor de garganta todo el mundo había tenido alguna vez. Pero aquella infección no tratada produjo una grave lesión cardíaca que exigió posteriormente una seria intervención quirúrgica.

Hay que ver el mal en sus proporciones y sin alarmarse, con serenidad, pero hay que prever las consecuencias que de él puedan derivarse y no despreocuparse del futuro.

---

## 46. El limbo de los estúpidos

---

Un hombre que iba muchas veces con los amigos del Señor, tenía la costumbre de añadir a las enseñanzas del Maestro citas, paralelismos o etimologías curiosas. Era una especie de enciclopedia ambulante que no servía para nada más. Su incapacidad para el trabajo era proverbial, e igualmente el huir de responsabilidades. Los discípulos se quejaban y el Señor, que reconocía cuánta razón tenían, quiso un día explicar esta historia para que se concienciase de que su vida se sostenía en falso.

—Te voy a contar un poema de R. Kipling que leí hace muchos años, empezó.

Murió un día J.B., insigne e ilustre doctor de la mejor universidad de la nación, y se dirigió directamente al cielo, donde con gesto elegante llamó y presentó sus credenciales. San Pedro le había observado por la mirilla atentamente. Su porte era gallardo, pero su fisonomía no le resultaba familiar. Con la puerta a medio abrir había estudiado después la documentación en regla que le había presentado y a continuación consultó un ordenado y completo fichero. Pero lamentándolo mucho y en medio de profundas reverencias como sus modales requerían, le dijo que no tenía ninguna reserva hecha a su nombre y que por lo tanto no le estaba permitido entrar.

Lentamente y con el cerebro que le hervía de inquietud se dirigió al infierno, pero allí le dijeron que tampoco había sitio para él. Cuando seguidamente le dieron con la puerta en las narices respiró tranquilo, evidentemente la perspectiva de quedarse en aquel lugar no le hacía gracia.

Como no creía existiese otra opción, volvió al cielo. San Pedro, con exquisitez, consultó nuevamente y con detenimiento su archivo, probó si sus señas por algún descuido correspondían a algún apellido semejante al de él pero escrito con la letra V o con la exótica W, ya que el ángel que estaba de turno aquella temporada no era de origen latino. Pero por más que revolvió no encontró su nombre. A fin de mostrarse amable, ya que no era ésta su responsabilidad, le preguntó dónde tenía sus buenas acciones, a quién había favorecido en la tierra.

Pero aquel buen hombre, mejor dicho aquel hombre a secas, le contestó que él había sido un estudioso, un investigador.

—¿Qué libros has escrito?, le preguntó san Pedro deseoso de encontrar alguna solución.

—Ninguno, dijo, no me atrevía a escribir nada, únicamente leía...

—¿Qué has hecho con tu vida?, le preguntó ya bastante nervioso, pues aquel sujeto le empezaba a sacar de quicio. ¿Qué te traías entre manos?

—Nada de nada, mis manos están vacías...

—Lo siento, pero aquí no tienes sitio, acabó lacónico san Pedro.

Enfadado y resoplando de ira se dirigió de nuevo al infierno, llamó histérico, dijo gritando que había deseado la mujer de su mejor compañero, que furioso un día había incendiado la vivienda de sus padres, que por su indolencia habían muerto de hambre sus mismos hijos...

Se entreabrió la puerta y con voz burlona oyó que le preguntaban:

—¿Dónde y cuándo?

El contestó temblando:

—Los relatos de terror están llenos de estos crímenes, estoy muy seguro de ello.

—Aquí hay sólo sitio para malhechores, no para eruditos. Si no tienes pecados, si no has cometido ningún crimen, aquí no hay sitio para ti.

Y el cadáver de J.B. rodaba por los espacios infinitos sin descanso, sin experimentar nada, sin pararse un momento para

tomar un simple vaso de agua, sometido al tormento de aburrirse, a la terrible monotonía de la vaciedad sin sentido; en una palabra, sufría la más terrible tortura silenciosa.

Así es el infierno de los estúpidos. Sin fronteras, una incógnita sin ecuación, una indigestión causada por la ausencia de comida, una fiebre ocasionada por la nada y el vacío.

Siento pánico por aquellos que dedican su vida a conseguir títulos y diplomas sin estar nunca satisfechos y hacer rendir sus estupendas acreditaciones. Prefiero al sencillo peón, analfabeto y dócil, que llegó sudoroso y exhausto a llamar a las puertas de mi reino.

---

## 47. El torero

---

Vino un día un hombre enfadado, agresivo, fuera de sí, al encuentro del Señor. Estaba indignado por no sé qué orden de no sé cuál autoridad que le exigía una ínfima modificación de su ordenada y a todos ojos perfecta vida. Todo el mundo se daba cuenta de la desproporción que había entre el disgusto y el motivo que lo provocaba.

Pero el Señor no se inmutó lo más mínimo. Se puso a hablar con él, hasta le explicó chistes y adivinanzas, logró que la conversación fuera divertida y al cabo de unas horas el hombre había olvidado su enojo y se había decidido a seguir al Señor.

Los discípulos le preguntaron cómo había conseguido cambiarlo.

—He hecho como los toreros. Si os habéis fijado, cuando el toro sale de los corrales, el espada lo observa atentamente, después los de la cuadrilla juegan un poco con él, un capotazo por aquí, otro por allá. Esconderse en el burladero para ver si pincha o huye, desentendiéndose de la faena. Sale un poco el maestro y lo estudia con el capote, actúan los picadores con el rejón, le plantan algún par de banderillas y finalmente cuando se ha lucido con la muleta, sólo entonces, puede entrar a matar.

Vosotros debéis obrar de la misma manera. Hay que saber acoger, entretenerse con la persona, ni ser hipócritas ni precipitarse, dar tiempo al tiempo. De esta forma se suprime mucha agresividad y se consiguen discípulos para el reino.

Los amigos, después de estas explicaciones, se quedaron intrigados, nunca el Señor había ido a una corrida y siempre le



había parecido mal la crueldad con los animales. Por ello la comparación no les había parecido afortunada.

Pero él les dijo:

—Hay que ser observador de todo y exprimir la enseñanza que se halle contenida en cada cosa. En esto se conoce al discípulo espabilado del que no lo es.

---

## 48. Los perros

---

Para que se dieran cuenta de que hay acciones inútiles que no vale la pena iniciar aunque tengan su atractivo, que no hay que perder el tiempo, que el reino de los cielos padece violencia y que uno debe evitar equivocarse, les dijo un día:

—Hay gente que se comporta como los perros que se lanzan contra los coches ladrando sin darse cuenta de que no pueden hacer ningún daño al vehículo y que si se descuidan un poco, el coche puede atropellarlos.

Vosotros, pues, no perdáis el tiempo en acciones que sólo tienen por finalidad la simple protesta.

Recordad siempre que una cosa es ser profeta y otra, vulgar picapleitos.

---

## 49. El globo

---

El Señor quería que entendiesen la situación de tensión que ha de vivir el hombre sin asustarse y para ello les expuso esta comparación:

—El otro día vimos cómo descargaban de un remolque un gran globo. Era un pesado bulto rodeado de todo un amasijo de cuerdas, anillas, cesta, sacos y no sé cuántas cosas más.

Hoy hemos visto a lo alto, encima de aquel hipermercado, un globo cautivo. Parecía mentira que una cosa que sabíamos era tan pesada, estuviese tirando tan fuertemente hacia arriba. Era posible por la fuerza ascensional del gas que lo llenaba.

Pasa una cosa semejante con el hombre que desde que pecó es pesado, pero que al recibir mi Espíritu siente un impulso interior que le invita a crecer y mejorar. Hay que dejar actuar a la gracia, no olvidando que en el propio interior hay un peso muerto, unas tendencias malas, que lo que pretenden por sí mismas es que se vuelva a la situación de postración. Pero mi Espíritu, nunca lo olvidéis, es superior al pecado original.

---

## 50. La rama desgajada del almendro\*

---

Una mañana, a finales de invierno, caminaban junto al Maestro por un camino no demasiado ancho y flanqueado por almendros a ambos lados. Alguien constató que en el suelo había una robusta rama desgajada seguramente al pasar algún camión.

Al verla les invadió a todos la tristeza, las gemas estaban a punto de brotar, las flores hubieran salido, después se hubieran hecho los almendrucos... Aquella rama de almendro era una imagen de la esperanza derrotada...

Pero tenían prisa y nadie la tocó.

Volvieron a pasar una semana después y observaron maravillados que aquella rama había florecido. Aquellas flores eran pura belleza gratuita, sin ninguna ambición de perpetuar la especie, nunca, con seguridad, se convertirían en almendras. Estaban, eso sí, para alegrar la vista de los que pasaban. Después vendría el morir del todo. Y aun dentro de algún tiempo puede hacerse leña con ella y calentarse en la chimenea, dijo pensativo uno.

El Señor, conmovido añadió:

—Debéis aprender de esta rama. Es un ejemplo de la generosidad de la naturaleza. También el hombre, como ella, puede hacer el bien después de muerto si así lo tiene previsto. Puede

\* Aunque parezca extraño este comportamiento vegetal ocurrió con una rama de unos quince centímetros de diámetro arrancada de cuajo a finales de enero de 1990 cerca de mi casa. Pero no tratéis de comprobar la experiencia. Son tan bonitas las ramas de almendro cuando están a punto de florecer...

alegrar a niños solitarios, satisfacer a hambrientos, estimular a vagos marginados e incluso prolongar la vida de enfermos, gracias a la implantación de sus órganos en otros hombres. Todo depende de cómo se haya hecho el testamento. Esta generosidad humana, como la de la rama del almendro, no satisface la propia vanidad, no abre puertas de influencias, pero mi Padre sí valora esta magnanimidad y tendrá su premio.

---

## 51. El aristócrata inglés y el americano

---

El Señor tenía cada ocurrencia... Un día para que comprendiéramos la importancia de ser constantes y pacientes más que listos, que mejor es ser fiel que brillante en las actuaciones, explicó esta historia:

—Un rico industrial americano visitaba un día una noble mansión inglesa. Había sido bien recibido por el aristócrata que le había enseñado todas las salas luminosas y alegres, dentro de lo que la luz de aquel país puede conseguir, los sórdidos sótanos con fantasmas a las horas correspondientes. Después en el jardín que rodeaba el edificio, paseaban tranquilos por el césped. Admiraba el yanqui el uniforme y tupido parterre de un verde vivo y reluciente y entonces, sólo entonces, con admiración y curiosidad le dijo:

—¿Cómo se las arregla para tener esta hierba tan bonita?

—Pues la cosa es muy sencilla, contestó el noble inglés, molesto de que sólo la hierba le hubiera causado admiración. Se planta la semilla muy uniformemente, se riega con frecuencia, se corta periódicamente y todo este ritmo se repite con regularidad. Así cuando pasen quinientos años en América podrá tener unos jardines como los que ve por toda Inglaterra.

---

## 52. El acelerador

---

Les decía un día que iban en coche:

—Si queréis saber vuestro grado de ambición, sólo debéis examinar vuestro comportamiento cuando conducís un coche.

Si al ver un vehículo frente a vosotros, aceleráis para adelantarlo, yendo como ibais a la marcha regular que habíais elegido...

Si al mirar el retrovisor veis detrás unas luces y apretáis el gas a fondo para que nadie os adelante...

Si marchando en caravana, vais pensando que el chófer de delante es inexperto...

No lo dudéis, circula por vuestras arterias espirituales una alta y peligrosa dosis de ambición. Debéis cuidaros más que si descubrierais una dosis alta de colesterol viajando por vuestras venas.

---

## 53. El director de orquesta

---

El Señor un día que discutían sobre la oración y la acción, y querían saber cuál era su preferencia, les dijo sencillamente:

—Antes de una actuación el director de orquesta estudia primero la partitura. Después lo hace con los músicos. Más tarde durante el concierto tiene presente la partitura, presentes a los músicos... e incluso al público.

Vosotros, pues, no pongáis nunca en contraposición el amor a Dios y el servicio al prójimo.

Es un planteamiento absurdo.



---

## 54. Las raíces

---

Habían encontrado en un paraje del bosque un árbol arrancado de cuajo, seguramente algún vendaval lo había echado por los suelos. Uno comentó que aquel árbol pertenecía a una especie vegetal de pocas raíces pues procedía de unas tierras donde la lluvia es abundante.

El Señor entonces dijo:

—La finalidad de las raíces no es únicamente la nutrición del árbol, como a veces pensamos. También sirven para sujetarlo al suelo.

Esto es semejante a lo que le sucede al hombre con la amistad. Los amigos no sólo nos informan, son nuestros confidentes. Los amigos en momentos de dificultad, de depresión, de soledad, sostienen al hombre. Y en momentos de dejadez, de pasividad o de pereza, han de ser exigentes.

La amistad, como las raíces de un árbol, hay que cuidarla, mantenerla viva, debe crecer hacia profundidades interiores. Una amistad superficial es simple camaradería. Como las raíces de superficie, resulta de poca utilidad.

---

## 55. La jubilación

---

A un hombre que tenía un alto cargo en una industria, le llegó la jubilación sin desearlo y cuando menos la esperaba. Le impresionó de tal manera que envejeció en pocos días.

El Señor al observarlo se apresuró a decirle:

—En oriente a la fruta que nosotros llamamos caqui la llaman «palo santo», porque, cuando llega el otoño, el árbol pierde todas sus hojas y quedan en las ramas sólo los frutos. Nada hay superfluo, todo es fecundidad. De aquí el apelativo de santo.

Tú, que te han enviado a la reserva sin pedirlo, considera que libre de responsabilidades profesionales o de frivolidades juveniles, has de comportarte hasta tu muerte como el árbol de la comparación y así te mantendrás joven.

Y recuerda que la empresa del reino de los cielos no concede a nadie la jubilación. Sólo tiene, cuando llegan, vacaciones eternas.

---

## 56. Otra vez la fe

---

Y les decía:

—Una vida sin fe es como un viaje por carretera en medio de camiones. No es necesario estar mirando por dónde discurre la carretera, sólo hay que ir siguiendo. Es muy cómodo, nada sorprende, pero te pierdes gran parte del paisaje y vas respirando aire contaminado y la velocidad que llevas no la escoges tú.

El hombre sin Fe no tiene en su cabeza problemas superiores, pero su vida es raquítica, se hace mucho más susceptible y le perjudican más los hombres aunque no lo note. Pero, sobre todo, le falta un horizonte eterno.

Vosotros que tenéis Fe, sed conscientes de que es una riqueza y maravillaos de toda la suerte que hay en vuestra historia personal, sumergidos como estáis en unos confines infinitos.

---

## 57. Los semáforos sincronizados

---

El Señor les decía un día que iban caminando en medio de una gran ciudad en momentos de mucha afluencia de gente pues había rebajas generales:

—Un hombre dentro de su coche miraba y veía delante de él todos los semáforos en rojo y se desesperaba y no avanzaba y decía que en la capital no se puede conducir y no sólo él no se movía, lo peor era que impedía la circulación de los demás.

Un día le explicaron que algunas calles tenían los semáforos sincronizados para facilitar la fluidez de la circulación y por eso no sólo el de delante, sino también los otros de cerca los podía ver rojos. Como al contrario, si tenía paciencia estos mismos los vería verdes.

Aquel día cambió de opinión.

Y yo ahora os digo: el pesimismo a veces es sólo crasa ignorancia. Se puede a veces salir de la depresión simplemente estudiando con estrategia la propia situación. Si os encontráis acomplejados, si estáis apesadumbrados, lo primero que debéis descubrir es el motivo. Estad serenamente la gravedad del posible problema y después calibrad el estado de ánimo para descubrir si corresponde a la importancia que tiene en verdad el problema.

A veces todo es desconocimiento, ignorancia, como le pasa al hombre de los semáforos.

A un lado del camino, muy cerca de una casa solariega se levantaba, soberbia de porte, una vieja encina. Como el momento era propicio para el descanso, se sentaron a su sombra. El árbol, tanto su tronco como su copa, impresionaba y era inevitable que surgiera un comentario al respecto. No tardó pues en decir un compañero:

—¡Y pensar que toda esta mole ha salido de una bellota!

Otro comentó:

—Y por más que la buscáramos no hallaríamos rastro de ella.

El Señor entonces les dijo:

—Un día se desprendió la bellota y quién sabe por qué motivo se hundió en la tierra y empezó a chupar humedad y de esta manera tan anónima inició su existencia este árbol. Sin ceremonia de primera piedra, sin autoridades para dar importancia a la inauguración, sin discursos ni documentos que archivar. Faltó todo esto y además se ha perdido absorbida por la raíz donde quedó de incógnito. Lo importante es que existe la encina, que bajo ella nos cobijamos, que es fecunda y que un día será útil su maciza madera.

No busquéis tampoco vosotros, siguiendo la enseñanza de este árbol, el reconocimiento y la lisonja del poco bien que en cada momento podáis hacer. El hombre es pobre y sólo puede hacer pobres cosas. Pero poned atención, ilusión y primor, nunca sabréis cuánto bien hacéis cuando empezáis a hacer el bien.

---

## 59. El pecado original

---

Un espectáculo de mimo había ridiculizado la narración bíblica del paraíso. La compañía que lo había representado era de prestigio y todos estaban apesadumbrados, pues todos apreciaban las enseñanzas del libro del Génesis. No habían querido asistir y uno que fue por error, se salió en cuanto comprendió la intencionalidad de la farsa. Aun así todos conocían por las conversaciones de la gente y por la prensa el contenido del guión y la coreografía. De nuevo hay que decir que estaban acongojados. Esperaban del Maestro una palabra de ayuda, un estímulo, una explicación, pero él también callaba. Por fin en voz baja empezó a susurrar:

—Hoy nadie habla del pecado original, todos quieren olvidar el concepto o ironizar sobre el relato bíblico. Cuando este se escribió, y se escribió muy bien, la vida social, las apetencias y los gustos eran muy otros a los de hoy. Sin querer mejorarlos, pues en este momento yo también estoy muy disgustado, voy a poner un ejemplo de esta idea para que la comprendáis mejor.

Un joven que acababa de cumplir los dieciocho años, se propuso estrenar su permiso de conducir recién sacado y el deportivo que había recibido como regalo de su padre. Inexperto y vanidoso, salió a la carretera con la ambición de superar a cualquier coche que viera delante de sí, olvidando las normas del código que le había tocado estudiar.

El accidente grave, que no mortal, no tardó en producirse y las dificultades de circulación se presentaron para todos los que le seguían que, enfurecidos contra el inexperto conductor, hacían

sonar sus bocinas, paraban los motores o aceleraban excesivamente en el momento en que podían y debían circular con precaución. Con todo esto aumentaron las malas consecuencias del desastre y a causa del primer percance y de que se sumaron a él la intolerancia y la ira de los demás, aquel día todas las empresas de la comarca se resintieron, pues la mayor parte del personal que debía desplazarse desde su residencia familiar hasta las fábricas llegó con retraso.

Esta historia, como veis es verosímil. Observad a la humanidad y descubriréis que algo malo le ha pasado desde antiguo. Hay que sufrir algunas de sus malas consecuencias y no dejarse llevar por el enojo. Si no podéis evitar las consecuencias, al menos no aumentéis el mal y tratad de no ser atrapados por la avalancha que se os viene encima.

Rondaba entre la gente que seguía al Señor un joven brillante en todos los aspectos. Su porte era elegante y deslumbraba a las chicas. Sus ademanes seguros y apocaba a los jóvenes. Su hablar era fluido, convincente, simpático. Toda su persona era la comidilla de las gentes del lugar. El Señor, empero, lo ignoraba, y los discípulos no sabían explicarse tal proceder.

Se alejó un día, se olvidó su memoria, su empaque, nadie supo más de su persona. Pero al cabo de un tiempo alguien trajo la noticia: aquel atractivo muchacho era un perdido, un bribón, un balarrasa, un tarambana.

Se lo comentaron al Señor y le preguntaron si él se había dado cuenta ya la primera vez que lo vio de que era un hipócrita y por eso le había hecho tan poco caso.

El Señor les contestó:

—La palabra hipócrita me parece demasiado fuerte. Es un simple vivales, un oportunista presumido dotado de buenas cualidades que no quería controlar ni fomentar con su esfuerzo personal pues sólo quería vivir de renta. Y el día que se le agotaron sus dotes, que se cansó la gente del mismo personaje, fue un hombre derrotado y eso él era incapaz de aceptarlo.

Si uno observa los primeros momentos de un ser que vive a expensas de las reservas acumuladas por la madre, estoy pensando en un embrión dentro de un huevo, verá que goza de una gran vitalidad, pero pobre de él si piensa vivir sólo de estas reservas, perecerá muy pronto. Debe nutrirse en el exterior, moverse y asimilar alimentos.



Las cualidades son como la moneda: si no se invierte, si con ella no se negocia y simplemente se gasta, el que más pueda tener, de la noche a la mañana se arruina.

Me dan miedo las gentes simpáticas, guapas, listas, que se aprovechan de sus cualidades y no se esfuerzan en adquirir fidelidad, coraje, estudios, laboriosidad. Me dan miedo por ellos, no por mí. Pueden ser enemigos momentáneos, rivales fugaces, pero muy pronto ellos mismos se derrumbarán.

---

## 61. La hierbabuena

---

Le preguntaron a una buena mujer que siempre sabía aderezar sus comidas con fina hierbabuena dónde tenía su plantación.

—Ahora es invierno, contestó, no quedan más que las raíces. Pero ya brotará en primavera. Ahora no la encontraréis en la ensalada pero sí la notaréis en el guisado, pues allí se puede poner seca.

Miraba fijamente el rincón del huerto el Señor cuando les dijo:

—Me gustaría que aprendierais de esta planta. En situaciones adversas a veces luchar es absurdo. Como sería una equivocación escarbar en la tierra para hacer brotar las ramitas en invierno. Hay que guardar lo que se pueda y saber esperar. Cuando venga la primavera la planta no empezará a rebrotar desde cero, aprovechará sus extendidas y subterráneas raíces y su renacer será mucho más lozano que cuando la planta se inició en la vida.

El hombre en adversas circunstancias debe saberse recoger, hundirse en el estudio o la oración y esperar tiempos mejores, cuando recuperando todo lo almacenado en los inviernos espirituales de la vida, podrá de nuevo surgir, florecer y dar fruto abundante.

—Tienes toda la razón, Señor, pero yo que he pasado muchas veces por eso que tú llamas invierno espiritual, siempre tengo miedo de morirme y que todo lo que sé, todo lo que pudiera hacer si las circunstancias fueran favorables, todo, todo, se encierre conmigo en el sepulcro.

—Muy trágico te pones, amigo, le dijo el Señor mientras le miraba sonriente esperando levantar su ánimo.

Mi Padre sabrá recompensar toda la esperanza recogida en un interior que se ha tenido que replegar, sabrá premiar todo el ensueño entreabierto del oprimido por la envidia ajena, acogerá con gozo al que ha sabido recluirse guardando cuidadosamente lo que había conseguido poseer, pensando en ofrecerlo a otros cuando llegaran buenos tiempos.

Y no te preocupes por los otros hombres, el bien nunca se pudre. Mi Padre sabe hacer oportunas transferencias. Además, por viejo que seas, nunca sabrás cuántos minutos de vida te pueden quedar. Ya lo sabes, la más bella flor puede brotar en una noche.

Entraron un día en el despacho de un amigo a quien no le faltaba ni un solo elemento de la informática moderna.

La curiosidad del grupo estaba puesta en comprobar las delicias que se podían conseguir del nuevo «Mac».

Pacientemente lo conectó, se oyó el suave ruidito, luego unos números fueron apareciendo en la pantalla, finalmente se cargó el sistema operativo, sin el cual el ordenador no sería capaz de efectuar ninguna operación, les advirtió el amigo. Vino después llamar al programa y empezar a ejecutarlo. Y fue entonces, sólo entonces, cuando pudieron disfrutar.

Al salir del despacho el Señor les advertía:

—¡Y pensar que tanta gente que aprende y es capaz de respetar todo el proceso de puesta en marcha y funcionamiento de un ordenador, no lo es de respetar la idiosincrasia de las personas! ¡Reverencia más a una máquina que a un ser humano! ¡Esto sí que es el colmo!

Esta vez no quiso añadir más. Parecía que se le había contagiado el laconismo de la computadora.

---

## 63. La bola de nieve

---

Se quejaban un día los discípulos de que el Maestro era demasiado exigente. Se habían despertado ya cansados y el Señor en cambio los había saludado lleno de vitalidad explicándoles proyectos costosos y formidables. Como los planes eran muy ambiciosos, él les reclamaba vigor y coraje. Pero ellos no sabían aceptar que él que había sido tan comprensivo con los demás, fuera con ellos tan severo. Como se lo dijeran, él les contestó:

—A vosotros os he escogido para ser el núcleo inicial de mis proyectos. Cuando os arrojáis bolas de nieve, ¿no las apretáis hasta que están bien apelmazadas antes de tirarlas lejos? ¿No se consigue mayor distancia cuanto más dura es la bola?

Solamente si el núcleo de nieve es duro o la arista de la cresta es de hielo recio, solamente entonces el alud que se origina es devastador.

La nieve fina que llega dispersa en volandas del viento de montaña es sólo molesta ventisca.

Lo que arrolla y demuele debe surgir de un núcleo compacto, que se lleva poblados y destruye bosques.

A vosotros os he escogido para que seáis vencedores totales del mal y sólo con una disciplina espartana podréis conseguirlo.

No os quejéis, es la paga que hay que abonar por ser los escogidos, y de ella vendrá después la gloria.

---

## 64. Guerrillero y terrorista

---

Se movían aquellos días por una comarca en la cual habían topado con varios monumentos a la Resistencia. Eran monumentos modernos que si nunca resultaban de mal gusto tampoco destacaban demasiado por su belleza. Se veía que los habían hecho con mucho amor y mucha prisa. Un día que estaban sentados en los bancos de al lado de uno de ellos, inevitablemente surgió el comentario:

—¡Cómo cambian los tiempos! Los «despreciables asesinos» de hace poco son ahora homenajeados de esta manera, dijo uno.

—A lo mejor un día reciben los mismos honores nuestros vilipendiados terroristas de ahora, dijo otro.

—No hay que confundir el guerrillero con el terrorista, terció otro más analista.

—Sí, tienes toda la razón en eso que dices, intervino el Maestro. No me gusta la guerra, ni hacerla ni siquiera hablar de ella, pero voy a hacer una excepción.

La guerrilla, el «maquis» como se llamó también, es una forma de luchar en defensa de unos derechos arrebatados injustamente, en defensa de unas personas oprimidas. La guerrilla es un ejército de avanzadilla, clandestino y casi siempre popular, lleno de idealismo y noble rebeldía.

El terrorista no es así, es un hombre vacío de esperanza, desconectado del pueblo al que dice servir, que ha substituido el amor por el odio, de ahí su peligrosidad, y que ha hecho del atentado su sistema de vida. Él mismo sabe, aunque no quiera reconocerlo, que su obrar no conduce a éxito social alguno, pe-

ro una especie de determinismo le lleva a este comportamiento inútil. Pero no creáis que este proceder sea monopolio del ámbito político; en los otros contornos ocurre algo parecido.

Siempre en circunstancias precarias he suscitado profetas, que son los «guerrilleros del reino». Su obrar y su testimonio son arriesgados y su aceptación difícil, pero, uno ve que los distingue de los ciegos terroristas por su amor y su esperanza. No ocurre lo mismo con los «terroristas del reino». Por mucho que no quieran llamarse así, siempre han existido. Son gente insatisfecha, insolidaria con cualquiera que no comulgue con sus exactísimas ideas y modos de proceder. También son pagados de sí mismos.

Vosotros luchad cuando os toque, pero no perdáis nunca la esperanza, el amor. Así no seréis nunca terroristas de ninguna clase.

---

## 65. La vida en el invierno

---

Eran malos tiempos, nadie lo dudaba. Unos se replegaban, perdidas sus ilusiones, y manteníanse como fuera faltos de optimismo. Otros firmes y si era necesario solitarios perseveraban con austeridad en sus convicciones. Parecía que sólo esperaban estoicos la muerte.

Los discípulos le decían al Señor que la actuación de estos solitarios era absurda, que ignoraban la realidad del momento, que había que admitir que hoy muchas cosas habían pasado de moda o que la gente decía que estaban superadas, que ni qui-jotes llegaban a ser, que sólo eran fanteches.

Pero el Señor no participaba de este derrotismo y les decía:

—Cuando el invierno se hace más crudo ciertos árboles, perdidas sus hojas, no dan ningún signo de vida, pero tampoco la pierden. Han perdido su esplendor pero mantienen altivos sus troncos y ramas en espera de buenos y nuevos tiempos ¿Cómo sería la naturaleza si cada primavera debieran plantarse las semillas de todos los árboles que debieran adornar nuestros veranos? ¡Con qué color y vigor brotan las flores de los árboles que han resistido la crudeza del invierno! ¡O cuántos hongos permanecen ocultos en finísimos micelios enterrados aguantando el seco verano para surgir en el húmedo otoño! Emigrar es una cobardía, es perder solidaridad con el futuro de un pueblo. Sucumbir, encerrarse en sí mismo para provecho propio, es falta de fe y es egoísmo y pereza.



---

## 66. Concierto selecto

---

Asistían una noche a un concierto de música muy selecta. Los intérpretes eran: órgano, viola de gamba y voz de bajo. Los músicos serenos afinaban sus instrumentos o su voz. Poco después empezó el concierto que fue excelente por la interpretación, por la calidad de los instrumentos y por la buena acústica del recinto. Fueron adecuadamente aplaudidos. Después de recibir los aplausos y saludar al público, entre una y otra pieza, se vio cómo viola y voz afinaban de nuevo con el órgano.

Antes de irse a dormir los amigos, que eran legos en el arte de la interpretación musical, lo comentaban y el Maestro aprovechó para decirles:

—Sí, si es así en una circunstancia en la que sólo se trata de ajustar frecuencias auditivas, cuánto más necesario ha de ser en la labor del trabajo por el reino. Ciertamente hay un peligro en caer en el estéril revisionismo, de éste debéis huir. Pero no olvidéis que es necesario no sólo el examen personal de conciencia, sino también el examen colectivo, la revisión de grupo, para que en la variedad de vocaciones y en la libertad del espíritu interior que se mueve a impulsos de mi Espíritu, la tarea común tenga sentido y ritmo de conjunto y así vuestro colectivo, sea asociación, equipo, comunidad o lo que queráis llamarlo, dé fruto y éste sea abundante.

---

## 67. El viajante

---

Murmuraba uno de los compañeros, quejándose de que perdían demasiado tiempo conversando. Si el mundo debe ser salvado hay que iniciar la salvación inmediatamente y dejarse de tantos encuentros y plegarias.

Le preguntaron al Señor si tendría razón y no estarían ellos siguiéndole equivocados. Si no estaba más en su línea el que marcharan presurosos cada uno por su cuenta y al sitio que mejor les pareciera.

El Señor les explicó la siguiente fábula:

—Una buena empresa de detergentes contrató como vendedor a un hombre muy espabilado. Salió en cuanto firmó el contrato laboral convencido de la bondad de aquel producto y enseguida aumentaron las ventas de la empresa. El contacto con los jefes de producción y los cursillos que recibió por parte de la empresa le familiarizaron con los productos tensioactivos base de todo detergente, adquiriendo pues un cierto conocimiento técnico.

Como tenía algunos clientes que eran tenderos de poca monta en lugares apartados, sin peligro de competencia y con poco capital, pensó que podría ofrecerles algunos productos de formulación y fabricación propia que les resultarían más baratos y conseguirían los mismos resultados. Lo hizo así y aquellos comerciantes se entusiasmaron y le entusiasmaron. Los envases eran sencillos, la materia prima era barata y el producto final tenía buena salida. Poco a poco aquel representante fue alejándose de aquella multinacional y empezó sin casi darse cuenta a vender exclusivamente sus productos.

Al principio todos estaban satisfechos, pero pronto surgieron los inconvenientes. El producto base era irritante, los colores perdían su vigor y para colmo de males no siempre conseguía las materias primas a tiempo y en otras ocasiones no tenía capital para pagar a unos proveedores que exigían de inmediato un capital que él sólo podía reembolsar de sus clientes a largo plazo. En una palabra, a las dificultades técnicas les dio la puntilla la falta de liquidez monetaria y fue a la ruina.

Mientras tanto, la multinacional fue fabricando buenos detergentes y los viajeros de la compañía continuaron vendiendo buenos productos y los que los adquirían obtenían buenos resultados.

Por si no habían entendido el resultado de la larga narración añadió:

—Acordaos siempre que sois mis representantes y que sólo lo seréis si no perdéis contacto conmigo.

---

## 68. Los tiempos pasados

---

Le reprochaban al Maestro que frecuentemente les hablara de «sus tiempos», de los tiempos pasados de él o de ellos. Le decían ¿también tú crees que cualquier tiempo pasado fue mejor?

—No, no lo creo así. Pero cualquier tiempo pasado fue semilla del posterior, del presente y del futuro, por eso lo que hay que hacer es analizar los orígenes, estudiar la procedencia, para aprender. Además, en nuestra tarea siempre estamos empezando y será bueno estudiar cómo fueron otros inicios.

---

## 69. La calculadora y el calendario

---

Tenía el Señor un amigo en un pueblo por donde pasaban con frecuencia y donde también eran muy bien recibidos. La vez que ahora se relata fue diferente, les recibió con deferencia y amabilidad, pero saltaba a la vista que el amigo estaba pachucho.

El Señor aprovechó la primera ocasión que se le presentó de estar a solas para preguntarle preocupado:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estas tan abatido?

—¿Tanto se me nota?... Sí, tengo ganas de hablarte de lo que me pasa, aunque creo que no podrás hacer nada...

—Bueno, pero al menos podremos compartir el dolor, porque a ti te duele el alma ¿no es eso?

—¡Que bien lo has adivinado!... Durante estos días que no nos hemos visto me he enterado que un amigo tenía cáncer, a uno que fue compañero de colegio le ha dado un infarto y todo esto me sucede a mí que todavía no he acabado de aceptar la muerte de mi hermana...

—Te sangra el corazón...

—¡Que bien lo dices! Pero es que he perdido la ilusión por las cosas. Me voy a dormir con la angustia de que a mí también me oprime el pecho como si tuviera una garra clavada en él. Me levanto teniendo síntomas de lo que me parece es un tumor en el vientre... Viviendo así, como puedes suponer, no soy capaz de hacer nada, estoy cansado antes de levantarme, nada me apetece, todo me da náuseas. Me limito a cumplir mis obligaciones profesionales y aun de éstas huyo lo que puedo. ¿Para qué trabajar? ¿Para qué proyectar si la enfermedad me acecha? Date

cuenta que estoy en la edad que los médicos dicen es la más propicia para sufrir estas enfermedades...

—¿Tienes una calculadora?

—Sí, pero de qué me va a servir...

—Y en una agenda que tengas por casa ¿hay algún calendario perpetuo?

—Por casualidad el otro día me encontré uno, pero ¿de qué sirve todo eso?

—Pues mira, vas a hacer una operación un poco complicada pero muy saludable. Te recomiendo que te lo tomes con calma. Coge un papel, escribe el año en que naciste, debajo vas poniendo todos los años hasta el presente. Primero calculas cuantos días viviste el año de tu nacimiento, no es tan sencillo como parece. Al cálculo de los días del presente le pasa lo mismo. Anótalo al lado. Ahora interviene la calculadora. Suma los días del primer año de tu vida y los de este año, multiplica por 365 los años normales y por 366 los bisiestos que te ha tocado vivir. El resultado de todo esto verás que es una cifra bastante grande. Son los días que mi Padre te ha concedido hasta ahora. Escríbelo en un lugar que te quede a mano y no lo pierdas.

Mañana al despertarte recuerda el número y repítete: a todos estos días se me añade el regalo del de hoy. Debo aceptarlo agradecido y aprovecharlo completamente. Es un día nuevo, nunca lo viví antes, lo estreno para mí, es un día joven.

Y por la noche súmale una unidad a la cifra que tenías apuntada y duerme agradecido, eres muy rico con los miles de días que tienes acumulados.

—Nunca se me había ocurrido esto...

—Pues ahora mismo vas a empezar el cálculo, porque nosotros nos vamos.

Y el Maestro se levantó y todos nos fuimos con él como si tuviéramos prisa.

Al cabo de no muchos días recibimos una carta en que nos decía que el cómputo había sido largo, que para estar seguro había tenido que coger una calculadora con impresora, pero que la

constatación le había dado ánimos, que había vuelto a ir a leer a la biblioteca, que volvía a colaborar en Cáritas y que el pasado domingo después de misa, se había atrevido a coger la «mountain-bike» de su nieto y se había ido a dar una vuelta con ella pues la fiesta es para celebrarla.

Y junto a la firma ponía: tengo 21.293 días, soy dichoso y te lo agradezco.

---

## 70. La aspirina

---

Se quejaban algunos discípulos de que su agitada vida no les permitía participar en liturgias vividas con sinceridad, junto a compañeros con quienes poder compartir con confianza y arropado todo en momentos largos de silencio que permitieran una comunicación interior. Por todo ello les parecía que era mejor abstenerse de aquellas reuniones rápidas y rutinarias.

El Señor les dijo tajante:

—Todo eso que reclamáis es muy bonito, pero cuando es imposible conseguirlo no por eso hay que dejar las prácticas religiosas. La comunión, por ejemplo, a veces sólo podréis tomarla como quien toma una aspirina que os la tragáis sin pensarlo demasiado, pero que sabéis que os hará efecto. Es bueno buscar el fervor pero es necesario contentarse con lo que se puede conseguir y esto, aunque sea poco, no abandonarlo.



*El Señor pronunció otras muchas parábolas en diversas circunstancias que ahora sus amigos no aciertan a recordar. Por este motivo se transcriben aquí algunas de ellas sin ambientación ni orden determinado.*

---

## 71. El niño que se hizo daño

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa como ocurrió un día que un niño se hizo daño. Acudió su madre, trató de explicarle algo para consolarlo, pero el niño no hizo caso y, sin escucharla siquiera, continuó llorando amargamente. Las explicaciones de la afligida mamá de nada le servían. Pero continuó a su vera y aunque el niño lloró con más intensidad no se apartó de su lado. Por fin no pudo resistir más su incapacidad para ayudarlo y ella también se puso a llorar. El niño, poco a poco, se fue calmando, miró a su mamá primero extrañado, luego preocupado, le tendió su manita y hasta sonrió, pues había olvidado su dolor. Pronto madre e hijo se abrazaron felices.

En mi reino, dice el Señor, a menudo no puedo dar explicaciones, a mí no me entienden, y por eso, en los absurdos accidentes, en las crueles enfermedades, en los trágicos asesinatos, en cualquier dolor o muerte, yo el Señor, lloro con los que son víctimas del mal, sufro pasión en silencio, soy crucificado y muero yo también, hasta que llega el consuelo y se abren los ojos internos del espíritu y se ve en la eternidad todo el amor y el bien que les rodean. (Antes de que se hablara de eutanasia activa o pasiva, derecho a morir con dignidad y todas esas lindizas, mis sencillos hermanos sufrientes pedían a alguien que les leyera los relatos evangélicos de mi pasión y encontraban en ello no sólo consuelo sino mérito propio e intercesión por los demás).

¿Van a perder la fe mis hermanos pequeños porque ahora no entiendan mis explicaciones?

---

## 72. El conductor nocturno

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre como lo que le pasó a un conductor que siempre se quejaba de que los demás llevaban las luces de sus coches demasiado potentes y los faros mal orientados. Los llevan enfocados hacia arriba, quieren exhibir su rico alumbrado halógeno, solía decir enfadado, mientras dejaba de mirar a la carretera por donde él circulaba, poniéndose en gran peligro de colisionar.

Un día lo paró un guardia de tráfico y lo multó por llevar demasiado levantadas las luces. Aprendió entonces que hay que vigilar el propio vehículo y mirar el propio carril, para ver la carretera y observar dónde iluminan sus faros. De esta manera uno conoce el reglaje de sus bombillas, las características de la carretera, evita accidentes y los faros de los demás no le deslumbran tanto.

(Lo expliqué de otra manera en otro tiempo, dice el Señor, eran épocas que no existían pretensados ni cosechadoras y los hombres podían entender un lenguaje más sencillo. Yo les decía entonces que había hombres que veían la paja en el ojo ajeno y no veían que tenían una viga en el propio. Una y otra comparación enseñan lo mismo: examina tus defectos, corrige tus desmanes y «pasa» de los defectos de los demás).

Cuando vayas por la noche conduciendo, dice el Señor, recuerda que los faros de los demás son como los defectos, que siempre nos parecen mayores los de los otros. Conducirás sin crispación y aprenderás una norma de vida.

---

### 73. La montaña quemada

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre como en la montaña de Montserrat cuando se quemó. La montaña tenía altivos pinos, ufanos de sus frondosas copas, de sus aromáticas resinas y de sus robustos troncos. Y se quejaban los árboles de las parásitas zarzas, de las inútiles hierbas, de los molestos matorrales. Pero llegó un verano y, sin saberse cómo, las llamas invadieron la montaña y lo quemaron todo. Sucumbieron los pinos y su copa fue incendiaria antorcha, su resina activo combustible y sus gruesos troncos ofrecieron dificultad al avance de los equipos de extinción y son ahora feo recuerdo para el visitante que los contempla como palos muertos, como picas hirientes, como horribles trofeos. Nada queda de su arrogancia y su orgullo pasado es fracaso pendiente.

Pero la montaña de Montserrat no es fea ahora, dice el Señor, pues yo he vuelto a pasar y la he visto verde, joven, fresca. La hierba la alegra, los nuevos matorrales y sus raíces sostienen los muñones de tierra de entre las rocas y los coquetos helechos engalanan sus rincones.

Por eso os digo, yo el Señor, que en el reino de los cielos pasa algo semejante. De cuando en cuando surgen figuras importantes que se enseñorean de su entorno, que se endiosan de sí mismas, que se satisfacen de sus logros, pero la primera crisis las destroza y los primeros vientos de cambio estacional las extravían. Sólo la bondad humilde, sólo la pequeña santidad, sólo la diminuta inocencia, es capaz de rehacerse, de perdurar, de engendrar nueva vida.

Cuando vayas a Montserrat aprende la enseñanza, porque en el reino de los cielos pasa lo que le ocurrió a esta montaña el día que se incendió...

(Y puedes leer y meditar el salmo 37 que te enseñará lo mismo y en él encontrarás muchas veces consuelo e instrucción).

---

## 74. El pastor y su rebaño

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, mi Padre se comporta como un pastor, tú bien lo sabes.

Un pastor conduce a su rebaño con gritos y silbidos y las ovejas casi siempre siguen estas indicaciones. Pero de vez en cuando alguna se separa, se aparta y marcha por su cuenta con riesgo de perderse o de caer al vacío. El pastor que la quiere le grita con voz fuerte, pero a veces la oveja no quiere oírle, y entonces saca ceremoniosamente de su zurrón la honda y le lanza un certero guijarro; al recibirlo la oveja sí lo siente y bala asustada y salta de sorpresa, pero como lleva una gruesa capa de lana, no le duele apenas y en algunas ocasiones fácilmente se olvida del mensaje del pastor y continúa su extravío. Pero el mayoral responsable o el simple zagal sabe que no debe abandonarla y le envía al perro que ladra a su lado, y él entonces obediente muerde sus patas. A ella le duelen los mordiscos, pero no muere ni enferma por esto, pues el perro está sometido al pastor que sólo quiere el bien de las ovejas, que se incorporen al rebaño y marchen unidas, hermanadas, gozosas, protegidas.

En el reino de los cielos, dice el Señor, mi Padre envía a veces un aviso molesto, después una alarma. Hay que estar atento, saber interpretar el dolor aunque sea muy profundo. Mi Padre no quiere el mal para nadie, sino la conversión del pecador y que vuelva al camino del bien y se salve.

---

## 75. La documentación perdida

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, les pasa a algunos como le ocurrió a un hombre que no encontraba su documentación, dando por supuesto que la tenía en casa. Revolió todo el piso, registró todos los cajones, husmeó en todos sus bolsillos y carteras, pero no encontraba la documentación.

Aquel hombre un día recapacitó seriamente y decidió poner orden a su casa, y, al hacerlo, salieron aquellos papeles para él tan importantes.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay algunos que no encuentran la fe que un día recibieron, y discuten y leen y comparan y no consiguen luz para su espíritu, hasta el día en que descubren que están sufriendo una indigestión espiritual y entonces, si saben ayunar de nuevas y estrambóticas experiencias y sensaciones, si hacen silencio en su interior, si meditan pacientemente, si analizan con coherencia, si, en una palabra, ponen orden, encuentran asombrados a Dios muy cerca de sí, tan cerca, que está en su interior.

---

## 76. La llave perdida

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre como a aquel hombre que un día recibió una llave muy bonita, se la habían regalado y no se atrevió a probarla ni a preguntar qué puerta abría. Pero se alegró mucho de tenerla, pues era una llave preciosa.

Poco a poco, sin saber cómo, la llave fue quedando abandonada en un rincón de un bolsillo secundario de un exquisito terno azul marino.

Pero pasó mucho tiempo y un día tuvo necesidad de la llave. La buscó y no la encontró y lo peor del caso es que ni siquiera sabía cuándo la había perdido.

En el reino de los cielos, dice el Señor, a veces pasa algo semejante. Uno recibe la fe, la mama de su madre, la disfruta en familia, la goza con su grupo, pero para nada la utiliza, en nada le incomoda, nunca la pone a prueba. Y una fe poseída de esta manera, con toda seguridad se pierde sin advertir siquiera cuándo.



---

## 77. La llegada del otoño

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre a veces como le pasó a aquel hombre que en llegando el otoño y viendo que los árboles perdían sus hojas y que en su jardín no había ya flores, se desesperó y lloró amargamente. La muerte era el único inquilino de la naturaleza, según él y la muerte se apoderó de su interior.

¡Pobre hombre!

En su pesimismo no supo ver que bajo las hojas muertas del jardín crecían sabrosas setas y no quiso reconocer que la apariencia helada del invierno sólo era fecundidad silenciosa que engendraría una nueva primavera.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay excedentes de miopes, de pesimistas, y hay carencia de hombres serenos, sabios y experimentados en la fuerza del Espíritu, que sepan bien cuál es el final del gusano y el porqué de su encierro en el capullo y esperen con optimismo la eclosión de una preciosa mariposa.

---

## 78. La roca de Montserrat

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, debería pasar como ocurrió con las piedras de Montserrat.

Hay piedras grandes y piedras pequeñas. Redondeadas, duras y compactas todas ellas, con un origen común. Hace mucho, mucho tiempo, eran piedras puntiagudas, hirientes, quebradizas. Pero se dejaron arrastrar, allá en la alta montaña de donde se habían desprendido, por las corrientes de agua y se pusieron unas en contacto con las otras y se movían y chocaban y, poco a poco, los golpes las pulieron y se tornaron suaves y finas y una arena muelle como una mano infantil las acarició y las dejó unidas.

En el reino de los cielos, dice el Señor, debe ocurrir una cosa semejante. A las personas les debe pasar como a las piedras. El trato entre ellas las hará sociables, respetuosas, gentiles. No me gusta, dice el Señor, la gente que no habla con los otros, que no discute, que «pasa» de los demás, que dice «este es tu problema». Serán como aquellas piedras abandonadas, solitarias, que hay en los campos y caminos, que no sirven más que para que uno tropiece y caiga.

Yo quiero, dice el Señor, equipos fuertes, compactos como la montaña de Montserrat, compuestos de gente de carácter, que ha luchado mucho, que ha discutido también, marchando por un mismo camino hacia el mar eterno. Esta gente me encanta, dice el Señor.

---

## 79. La gota de agua

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, a veces pasa lo que le ocurrió a una sabihonda gota de agua. Era una gotita venida del cielo, atrapada por una conducción de agua que iba a una ciudad. La gota, al conocer su destino, reflexionó orgullosa y se vanaglorió de la suerte inmensa que había tenido, del valor, eficacia y oportunidad de las cañerías, de la extraordinaria y fabulosa significación que tenía el haber sido acogida por una red de distribución urbana tan importante. Con toda seguridad, reflexionaba ella, siendo una humilde gotita, llegaría a un grifo, caería en un vaso, se colaría por una garganta y se haría componente orgánico de un hombre.

Oh, nunca suficientemente elogiado invento! ¡Oh, delicioso conducto cilíndrico! ¡Oh, inmenso y preciado plomo, el único causante de su futura suerte!

Tantos elogios hacía y tanto se acercó y se identificó con las paredes del tubo, que quedó atrapada por el salitre y se convirtió en componente de aquello que dificultaba el paso de la corriente de agua.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay gente tan enamorada de su grupo, tan entusiasmada con su congregación, tan eufórica con su orden, tan deslumbrada por el valor de su movimiento, obra, compañía, cofradía o pía unión que no avanzan ni dejan avanzar hacia mí. Soy yo, no lo olvidéis, el único que debe recibir todos los elogios.

---

## 80. La cabina telefónica

---

El reino de los cielos que es mi Iglesia, dice el Señor, es como una cabina telefónica que alguien encontró un día. Era un hombre que llamaba por teléfono frecuentemente y encontró una con el mecanismo alterado de tal manera que sin echar monedas se podía hablar siempre y a cualquier lugar del mundo. ¡Qué feliz fue aquel día! Aprovechó la circunstancia para comunicarse con todos sus familiares y amigos. Lo aprovechó también para establecer nuevas relaciones comerciales, concertar entrevistas y aumentar las ventas de su empresa, y, no contento con todo esto, fue a llamar a los suyos y a los vecinos y se reunieron y alegres llamaron al Japón y a Australia y a Alaska ¡Qué feliz les hizo aquel día aquella cabina telefónica!

El reino de los cielos, dice el Señor, es como esta cabina telefónica y aún más, mucho más aún. Pero no todos lo saben encontrar, no todos lo saben gozar, no todos saben aprovecharse de él.

---

## 81. La salsa mayonesa

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, debe ocurrir como a la buena mujer que quiere hacer un buen tazón de salsa mayonesa. Coge un yema de huevo y echa una gota de aceite y revuelve bien y mira el revoltijo detenidamente y después añade otra gota y vuelve a remover con la maza y vuelve a mirar, y así, poco a poco, revolviendo y añadiendo, añadiendo y revolviendo, y mirándoselo bien todo, hace un buen tazón de salsa mayonesa.

Hay que aprender de la buena mujer, dice el Señor. Empieza tu proyecto poco a poco, reza una miaja, medita, continúa trabajando, vuelve a rezar, obra pacientemente, sin que se note, sin prisas, pues yo, el Señor, soy amo de lo eterno, pero sin pausas, pues yo, el Señor, no duermo ni descanso nunca. El resultado de tu vida lo encontrarás al final, con toda seguridad alcanzarás el éxito.

Recuerda siempre que tu trabajo en el reino de los cielos, debe ser semejante al de la buena mujer que un día quiso preparar un cuenco de salsa mayonesa.

---

## 82. El espejo

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre lo que le pasó a un universitario que quería encontrar un grupo perfecto para enrolarse y vivir en comunidad perfecta como la de los primeros cristianos.

En Europa se relacionó con toda clase de comunidades, pero no se quedó en ninguna pues a sus miembros se les veía el aburguesamiento propio del origen familiar.

Fue a América y conoció ambientes carismáticos y comunidades de base, pero no le convencieron, porque a pesar de sus encantadoras ilusiones eran gente inmadura, producto de una sociedad sin pasado lejano.

Partió a la India, visitó el Nepal, convivió en lamaserías ilustres, pero salió huyendo de allí, ya que no encontró en estos monjes orientales ni una pizca de solidaridad con el pobre y el oprimido .

Caminó por Africa, vivió entre los pigmeos, se aisló del mundo morando con los masáis, se identificó con los bantúes, permaneció oculto en un gueto de Sudáfrica, pero de nada africano quedó satisfecho, estos negros, decía, están totalmente faltos de solidez científica.

Un día, finalmente, en que estaba triste y afligido, al borde de la depresión más depresiva, encontró un espejo, y entonces una voz interior le dijo al oído: hombre sabio e importante, mírate, concóctete, serás así más exigente contigo mismo y aceptarás más fácilmente las imperfecciones de los otros.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hace falta que mucha gente encuentre un espejo y se mire en él.

---

### 83. Los técnicos de la buena técnica

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre lo que a un equipo de técnicos que decidieron establecer una red perfectísima de comunicaciones. Nombraron una comisión de gente competente que llevase el control de calidad del producto resultante y de las compras. Otra comisión se responsabilizó de contratar a quien hiciese el estudio inicial de la infraestructura sectorial de aplicación. El grupo de los técnicos más sofisticados se encargó de hacer los cálculos del PERT. Otros conectaron con un «bureau» jurídico para definir perfectamente los estatutos que regularían la dinámica de la entidad explotadora. Encargaron también a una eficaz compañía publicitaria la elección del logotipo y la campaña de promoción. La selección del personal y la elección del equipo central y los periféricos de informática estuvieron a cargo de otro equipo experto en la materia. No se dejó nada a la improvisación, y todo estuvo a punto un día. Pero nadie sabía lo que iba a circular por la red de comunicaciones y los técnicos se cansaron de esperar, y la gente pasaba con indiferencia delante de las oficinas de la agencia.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay gente minuciosamente dedicada a la perfección de las estructuras, al correcto funcionamiento de las comisiones, a la justa ejecución de las decisiones, al control estricto de las personas, a la eliminación total de la posibilidad de fraude o injusticia. Se lleva tan perfectamente el control, que ignoran la gracia y la fuerza del Espíritu, y nunca tienen una franca charla con mi Padre.

---

## 84. La hormiga diligente

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay gente a la que le pasa lo que a aquella hormiga muy prudente que se despertó la primera primavera de su vida y muy seriamente empezó a trabajar.

Tenía miedo a la crudeza del invierno, pues, aunque ella no había conocido ninguno, le habían dicho que esta estación era muy dura. Así que trabajó diligentemente reuniendo granos de trigo y de cebada y los guardó todos pegados con miga de pan, que por otra parte rellenaba los huecos libres y en el último rincón todavía pudo meter una pipa de girasol que fijó con un chicle por si acaso no tenía suficiente grano.

Pero vino el invierno y la hormiga buscó cobijo en su nido y no encontró sitio, todo era una enorme despensa sin lugar posible donde habitar.

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa a veces una cosa semejante.

Hay jóvenes que quieren sacar títulos, asistir a cursillos interesantes, aprovechar becas bien dotadas, aprender inglés y ruso, reunir medios técnicos, conocer a gente importante, enriquecerse con experiencias insólitas, disfrutar de sensaciones nuevas, aprovechar la juventud para viajar por todos los continentes, gustar todos los manjares, subir todas las montañas, pernoctar en todos los albergues, probar todas las bebidas, degustar todos los quesos...

Pero llega un día en que quieren vivir y que su existencia tenga sentido y compartir y crear nuevas vidas a las que enri-



quecer con todo lo adquirido, pero ya no es posible, no hay lugar en su interior para la llegada del otro, o de la otra, no les queda sitio para la ingenuidad, para la delicadeza, para la ternura, para el simple amor que se expresa en el vulgar «te quiero» y se quedan solos, desnudos de afecto, dentro de un mundo que ya habla un lenguaje diferente. Y sólo les queda embadurnarse de su propio aburrimiento y morir de asco.

---

## 85. La agencia de relaciones humanas

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, ocurre como a un hombre que era presidente del consejo y esposo de la consejera delegada y padre del director-gerente de una sociedad, que era una eficiente agencia de relaciones humanas creada recientemente.

Este buen hombre pretendía que el contacto humano tuviese calidad, que fuera satisfactorio para los sentidos, que emocionase el corazón, que permitiera el intercambio intelectual interpersonal.

Pretendía que sus clientes no se sintieran clientes, que pasando la puerta, se sintieran identificados con la empresa, con sus estructuras y sistemas, conocieran y se familiarizarasen con el «staff» de dirección, las medidas de protección cívica establecidas y los servicios auxiliares contratados.

Había acordado la colaboración de una eficiente encargada de relaciones públicas, con un montón de catálogos y prospectos bajo el brazo.

Cuando todo estuvo a punto llegó la temporada de vacaciones y aquel buen hombre y sus primeros clientes marcharon a sus ocios sin ni tan sólo haber recibido un beso. Iban tristes y cabizbajos, de nada les servían los organigramas, los listados de IBM y los folletos. Lo que ellos necesitaban, y también el empresario estaba ávido de ello, era una enamorada o un amigo, y nada de esto habían encontrado.

En el reino de los cielos, dice el Señor, a veces se crean delegaciones muy bien delegadas y sectores pastorales y directo-

rios y se efectúan nombramientos y se crean dignidades y se establecen límites y se ordena la justa relación de incidencia y precedencia jerárquica.

Pero mi agencia de buenas relaciones humanas que también es mi Iglesia, no ha de estar ahogada en medio de estructuras, porque al reino de los cielos de más arriba, la única cosa que se ha de llevar en la mochila es el amor de cualquier clase que sea, con tal que sea amor. Y un hombre sin enamorada o sin amigos, es más pobre que un torero sin muleta ni estoque ante un mihura, o un turista sin tarjeta de crédito en Nueva York.

Porque un hombre sin amor en el reino de los cielos es un indigente aunque tenga título de marqués o de conde o tratamiento de monseñor o de ilustrísima o la llamen reverenda madre.

---

## 86. El urogallo

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, a veces pasa como le aconteció a aquel gallo salvaje. Cantaba en su época de celo con tal vigor, gritaba con tal potencia, se satisfacía de tal manera en la musicalidad de su trino, que era incapaz de escuchar otros sonidos. Le parecía que todo se paraba, que todo el bosque debía aprender de él, que todo el mundo le debía imitar. Pero el cazador, que conocía muy bien el proceder del animal, aprovechó la primera ocasión para aproximarse y abatirlo de un disparo.

Cuántas veces personas seguras de sí mismas y faltas de un autoexamen crítico, cuántas veces personas satisfechas de sí mismas e ignorantes de las cualidades de los otros, cuántas veces personas orgullosas de su hacer y despreocupadas del ritmo de los demás, caen en el mismo error y son fracaso propio y hazmerreír de los demás.

Tú, en cambio, controla tu ritmo relacionándolo con el que siguen los que te acompañan, verifica tu potencia de acuerdo con la que utilizan los de al lado, inspecciona tu obrar comparándolo con el de tu entorno, vive en comunidad, solidario y compañero armónico con los de tu vera. Así nunca caerás en ridículo, ni serás pieza dislocada o quedarás en el olvido sin que nadie te quiera tener en cuenta.

(Si has de marchar solo, hazlo con valentía; en mi reino, dice el Señor, a veces mi Padre suscita profetas. Si te sientes comunidad con los hermanos, tenlos en cuenta en tu obrar, en tu decir, en tu hablar.)

Porque en el reino de los cielos, dice el Señor, pasa a veces como a aquel urogallo.

---

## 87. El puente sobre el río Kwai

---

Yo no voy al cine, dice el Señor, pero me han contado la película y la voy a recordar ahora.

Sucedió que un oficial inglés y sus subordinados cayeron prisioneros. Según los convenios universalmente aceptados, podían ser sometidos a trabajos serviles los soldados de tropa, pero los oficiales sólo a trabajos técnicos. Y el coronel Boguey, fiel a su honor de militar, se entregó a la tarea de dirigir la construcción de un magnífico puente sobre el río Kwai. Pero la suprema autoridad inglesa decretó sabotear el puente. Al tener conocimiento del propósito de su gobierno el coronel se sublevó. ¿Dinamitar «su» puente?, dijo indignado. ¡De ninguna manera!

En el reino de los cielos, hay quienes se proclaman fieles servidores de mi Padre, dice el Señor, y cuando la prueba trata de esclarecer si sirven al reino o a sí mismos, si identifican sus intereses, su honor, sus criterios, con los planes de mi Padre, se descubre que hace tiempo marchan por derroteros propios, pagados de sí mismos, satisfechos únicamente de su obrar.

Tú, en cambio, dice el Señor, no dejes de preguntarte si lo que haces complace al Padre, si espera de ti esto o pretende otra cosa, si estás dispuesto a disminuir para que él crezca. Si así te comportas nunca serás obstáculo, nunca te apropiarás de labores que no son tuyas, siempre gozarás de mi favor, podrás reclamarme ayuda, tendrás mi compañía.

En el reino de los cielos de más arriba, dice el Señor, pasa como lo que le ocurrió a un hombre que esperaba con impaciencia cartas de sus numerosos nietos.

Este buen hombre estaba a punto de enfadarse y se prometía a sí mismo que no perdonaría el olvido de los suyos por no felicitarlo aquellas navidades.

Cuando la irritación subía de tono se enteró que un vagón correo repleto de correspondencia se había quemado totalmente y el abuelo pensó que en él podía venir alguna carta de sus nietos.

Al considerar esta posibilidad cambió su estado de ánimo. Se preguntaba intrigado por la carta de qué nieto viajaría en aquel vagón. Observó que la posibilidad era la misma para cualquiera de ellos y no pudo sentirse enojado con ninguno.

Pensó entonces en todos ellos con cariño y decidió escribirles, explicándoles lo que suponía y rogándoles que ya que su carta presumiblemente se había quemado en el vagón siniestrado volvieran a escribirle contándole alguna cosa y diciéndole qué regalo querían para aquellas fiestas.

La verdad es que ninguno se había acordado de escribirle. Pero, al recibir la carta, todos se apresuraron a hacerlo y aumentaron con las suyas los lazos familiares y el cariño.

Y el abuelo quedó satisfecho de no haberse enfadado. Y aunque sospechó siempre que su suposición había sido un truco propio, el cariño que le demostraron después había valido la pena del esfuerzo puesto.

Así mi Padre del cielo, dice el Señor, cree siempre que si la oración de sus hijos no le llega, debe ser porque los correos del cielo se han extraviado por entre alguna nube contaminada, o porque el ángel que la traía se ha entretenido observando un nuevo artefacto enviado al espacio por los humanos, o porque ha encontrado a algún astronauta encapsulado y hecho un lío en sus cables de amarre y está ayudándole a desenredarse, o porque... o porque...

· Mi Padre siempre inventa historias para poder seguir amando a los hombres.

---

## 89. El que se levantó un día con suerte

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa como le ocurrió un día por la mañana a un joven. Salía de casa aun aturrido por el sueño, cuando se le acercó un señor que sonriente le dijo sin rodeos: ¡Enhorabuena! ¡Hoy tienes suerte! Eres el primer peatón que lleva un jersey amarillo, tienes ojos castaños, llevas zapatos y cartera en la mano y atraviesas esta calle. Por todos estos motivos la empresa que yo represento te da este vale que te será canjeado en el establecimiento central por un excelente regalo. Además sólo por el hecho de que en este momento luce el sol, todas las prestaciones económicas que comporta se verán multiplicadas por cien.

Nuestro héroe no era un héroe, esta es la verdad pero él así se veía, se dirigió presuroso a la oficina central de aquellos grandes almacenes, que le entregaron un magnífico equipo para esquiar que además incluía estancia gratuita en un hotel de cinco estrellas y «for-fait» en todos los mecanismos de arrastre mecánico.

No podía desaprovechar la ocasión y tanta suerte, pensó, y marchó aquel mismo fin de semana a estrenar el equipo y agotó el tiempo de ejercicio y le encontró placer al deporte de la nieve y volvió cada sábado, pues no estaba bien perder las ventajas de aquel premio. Y progresó en nuevas técnicas y adquirió buen estilo y aquellos grandes almacenes le dieron nuevas facilidades y le incorporaron a su equipo promocional y llegó a donde podía llegar con tanta suerte: a ganar una medalla de oro en las olimpiadas blancas de aquel año. La gente sonreía al



verle y decía para sus adentros: con tanta fortuna, ¿quién no llegaría a campeón?

Cualquiera de vosotros por el bautismo ha tenido una suerte mayor, dice el Señor, y en la confirmación ha sido incorporado a mi equipo olímpico celestial. Porque teníais dos ojos, porque en la mano teníais dedos, porque el pelo os crecía en la cabeza, porque erais persona simplemente y yo lo quería. ¿Quién va a desaprovechar una ocasión semejante? ¿Quién arrinconará su equipo de santo? ¿Quién olvidará su «for-fait» de arrastre hacia el cielo?

En el reino de los cielos, dice el Señor, muchos desaprovechan la ocasión, olvidan su suerte, desbaratan sus posibilidades. Pero yo salgo cada mañana sin perder la esperanza en los hombres y digo a todo el que encuentro: tu estás invitado a triunfar en el reino.

---

## 90. Las acacias del desierto

---

Debéis ser como las acacias del desierto, dice el Señor. Cuando las veis de cerca os dais cuenta de que no son muy altas, pero sus grandes ramas se desparraman como misteriosos reptiles a poca distancia de la caliente arena. Nadie se explica a primera vista cómo pueden subsistir en medio de la sequía abrasadora del desierto.

Pero puede comprender este prodigio quien sepa que las raíces de este árbol se hunden en el suelo más de cuarenta metros, absorbiendo los hilillos de humedad que corren por las profundidades.

Vosotros en este mundo de consumismo, de agresividad, de hedonismo y de ambición, debéis vivir enraizados en una vida interior, profundizando en la oración, para encontrar siempre motivos, estímulos y ayuda para ser buenos servidores del reino.

---

## 91. Las semillas de oriente

---

Un hombre hizo un viaje a un país lejano y trajo para sus amigos unas semillas de plantas muy bonitas con la intención de que las sembraran en los jardines de las casas que se estaban construyendo.

El primero que las recibió las encerró en un bote hermético tal como le venían y cuando quiso sembrarlas al cabo de unos años, se habían enmohecido y no pudieron germinar.

El segundo las dejó envueltas en un papel en un rincón cualquiera de un armario. Vinieron los ratones y las polillas y cuando quiso plantarlas sólo encontró en el armario un maloliente polvillo gris.

El tercero pensó: aun no tengo jardín pero tengo tiestos, las plantaré ahora mismo y las cuidaré y cada año me darán más simiente que iré plantando en las macetas hasta que tenga acabada la casa. Así lo hizo y ahora en su casa tiene un precioso jardín exótico.

En el reino de los cielos pasa una cosa semejante, dice el Señor. Mi Padre deposita la semilla de una vocación en el interior de cada joven. Algunos dicen que cuando sean mayores ya irán al tercer mundo, que ahora no se puede hacer nada aquí y que el domingo es para divertirse. Otros no se molestan en pensar nada, suponen que servir es propio de gente mayor o son cuestiones que toca solucionar al gobierno. Pero hay algunos que arriesgando un poco los estudios, o destinando ratos libres a lo que en aquel momento se presente para ayudar a los demás, no abandonan la simiente y van dando fruto cada día, y se hacen mayores floreciendo y madurando, madurando frutos y floreciendo para el reino.

En un cierto lugar había dos coches, dice el Señor. Uno estaba en un paraje llano y liso como la palma de la mano, era un calvero solitario. Se trataba, hay que decirlo, de una rica limousina, con el depósito lleno de combustible pero tenía la bomba impulsora del carburante averiada. Un día estorbaba y quisieron apartarla, pero nadie pudo moverla a pesar de la gran cantidad de gasolina que tenía y de la calidad del vehículo y de los ocho cilindros del motor. Todo el conjunto pesaba demasiado.

El otro coche era un sencillo utilitario que lo dejaron mal frenado en una pendiente. Sólo tenía la gasolina de la reserva y sus cilindros comprimían poco pues había recorrido más de 200.000 km. En un cierto momento y sin saber cómo empezó a moverse, a deslizarse por la pendiente, y no hubo quien lo parase. A lo sumo uno muy atrevido, pataleando enérgicamente en las ruedas delanteras, consiguió desviarlo un poco de su trayectoria. Pero el vehículo no dejó de bajar hasta llegar a lo más profundo del valle. Nadie, ni poniéndose delante, ni cogiéndolo por detrás, había sido capaz de detenerlo, tanta era la fuerza de su inercia.

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay gente que se carga de títulos, que consigue poderes, que alcanza situaciones de privilegio, pero se estaciona sin utilidad alguna, pues todo esto, aunque él no quiere confesarlo ni confesárselo siquiera, lo atesora por ambición. Y la ambición es una pesada carga y un gran freno en la dinámica del reino de los cielos. No hacen nada y no dejan hacer, parece que gozan prohibiendo a quienes por otra parte poco a poco van desapareciendo de su entorno.

Vosotros con seguridad habréis encontrado a muchos de estos por los caminos de la vida, en el reino, en la administración de la cosa pública, en fin, por todas partes.

Otros, en cambio, sin diplomas ni privilegios, sin que ningún superior les haya concedido la capacidad de prohibir, sin que nadie aparentemente los envíe, no paran de ejercitarse por el reino. Los golpean, tratan de frenar su trayectoria, pero a lo sumo los desvían un poco en su camino. Tropezan pero se levantan y continúan su movimiento. Algo los mueve en su interior, mi gracia, los atrae el abismo que se ve al fondo, el compromiso con la gente que nunca olvidan de renovar. Y por eso nunca paran. La falta de freno y la fuerza gravitatoria, mi favor y la solidaridad humana, llenan hasta desbordar su espíritu, nadie sabe de dónde sacan fuerzas, pero son incansables, imparables, fecundos.

Los otros en cambio, apoltronados en ricos despachos, llenando papeles de firmas y sellos, escribiendo largos artículos que sólo ellos leen, arrastran lentamente su vida hasta un prosaico fin sin sentido.

En el reino de los cielos pasa como lo que le ocurrió a una mujer cuando entraron ladrones en su casa, dice el Señor.

Un día marchó con toda su familia y al volver encontró su casa toda revuelta. Habían faltado todo un largo fin de semana y los ladrones con toda tranquilidad habían hecho de las suyas.

En el momento de entrar el desconuelo fue total. Le habían robado los primeros pendientes que le regalaron siendo niña, el anillo que recibió recién enamorada, el del día de su boda, un reloj de pulsera, un broche. Todo, todo lo que tenía para adornarse de la noche a la mañana se lo habían arrebatado. El dolor fue enorme al constatarlo, para lograr dormir tuvo que tomar un enérgico somnífero.

Pero al levantarse a la mañana siguiente pensó que lo mejor era olvidarlo, relativizar la desgracia, ignorar las pérdidas.

Poco a poco se fue engañando a sí misma. Los pendientes eran chiquitos y de pura fantasía, el reloj se adelantaba, los anillos no se los podía poner pues ahora no le entraban, la pulsera había pasado de moda.

Al final se había repetido tantas veces estas cosas que parecía que los ladrones le habían hecho un bien limpiándole el piso. Pero ella, no obstante, aunque no quisiera confesarlo, sabía que no había sido así.

Como todas las joyas tenían un valor y una belleza, su figura perdió presencia a pesar de adornarse desde este día con espectaculares fantasías modernas de metacrilato o PVC metalizado. No por querer olvidar había logrado que sus alhajas llenaran de nuevo su joyero. Era pobre y no quería reconocerlo, ni

tampoco quería hacer las gestiones ante la policía para recuperar tal vez lo que le habían robado.

En estos tiempos, dice el Señor, un contratiempo, un viaje, una lectura, un profesor avieso, una persona atractiva pero mala, cualquier incidente en apariencia banal, ocasiona a veces la pérdida de la fe, de la inocencia, de la honradez, y, en vez de reconocerlo, de intentar recuperar todo este bien, tratan algunos de menospreciarlo para no verse tan pobres.

El oro es oro, la plata es plata y la esmeralda es esmeralda, tanto si se luce, si se guarda, si se entiende en joyería, como si se pierde o te lo quitan.

La virginidad es una virtud, la piedad una cualidad espiritual, la fe un tesoro y la generosidad un valor. Todo esto, y mucho más que se pudiera añadir, es así tanto si está de moda, si se goza como si se ha perdido.

Siendo sincero con uno mismo se pueden recuperar las cosas, que nada se encuentra si uno no sabe que lo ha perdido. Nadie adquiere fortuna con la vaciedad de ignorar que fuera de uno mismo haya riqueza.

---

## 94. El hueso de melocotón

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, hay que obrar como lo hace la naturaleza con algunas semillas. Muchos árboles se defienden del peligro que supone para ellos que los rumiantes se coman sus frutos y se traguen la simiente y que esta sufra la agresión de sus jugos gástricos y se pierda. Por este motivo envuelven la semilla en una gruesa cáscara. Los ácidos del estómago no pueden con ella y así el hueso cae al suelo y al recibir la suave humedad constante de la tierra, sin darse cuenta, se va abriendo y el brote que sale enraiza y nace un árbol que va creciendo poco a poco.

Vosotros debéis hacer lo mismo: sed constantes y suaves, no os dejéis dominar por la impaciencia, ni queráis romper rápidamente barreras personales.



---

## 95. El ratón de la biblioteca

---

No hay que confundir lo bonito con lo bueno, que esto trae muchos percances, dice el Señor.

Un escritor entretenía su labor observando de vez en cuando a un ratón juguetero que se paseaba por su estudio. El pequeño roedor, bien observado era bonito; su color, su agitado proceder, su menudo hociquillo, todo en él era gracioso. El intelectual se complacía contento al verlo en su habitación y reconocía que los dibujantes de Tom y Jerry o de Mickey, los héroes de sus películas de infancia, habían acertado.

Pero una mañana, al entrar en su biblioteca, observó que un fajo de billetes que había dejado encima de la mesa no estaba. Se fijó bien y un polvillo gris, unos pequeños recortes sueltos y muchos excrementos negros le confirmaron que el ratón había puesto estúpido fin a su capital.

En el reino de los cielos, muchos se dejan cautivar por una cara bonita, por un cuerpo inmejorable, por una mirada seductora, y lo que empieza siendo un gozo momentáneo se convierte en una pérdida total de los propios valores, para que después esa persona fascinante se aleje dejando un rastro de vanidad, egoísmo o vaciedad.

Hay que saber proteger lo que tiene valor, sin dejarse robar por lo que sólo es atractivo.

---

## 96. El carrete fotográfico

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa como a aquel que compró una cámara fotográfica. La adquirió porque iba a marchar de viaje y quería tener un buen recuerdo del lejano país que visitaba y de los que le acompañaban. La máquina era de buena calidad y la película que le pusieron inmejorable.

Visitó el país de su ilusión, disparó las fotos en los momentos oportunos y volvió contento. En cuanto descansó un instante en su casa se apresuró a abrir la cámara y a mirar el carrete fotográfico y decepcionado constató que allí no había ninguna imagen. Fue a la tienda a protestar y, como es de suponer, le explicaron que el negativo después de la exposición debía ser revelado y fijado y por fin sacar las copias. Él no había respetado el orden y ahora no había remedio.

¡Cuántas veces en el reino de los cielos se pierden tantas cosas por precipitación, por falta de respeto a un proceso personal, por la pretensión de saberlo hacer todo y sin ayudas! Por egoísmo solapado y orgullo, en una palabra.

---

## 97. El orangután camarero

---

En el reino de los cielos, dice el Señor, pasa como le aconteció a un orangután traído de Africa.

Un rico industrial cafetero vendió su hacienda y se vino a vivir a la metrópoli. Además de dinero se trajo una serie de curiosidades exóticas entre las que sobresalía un mono perfectamente amaestrado.

Quiso dar una sorpresa a sus amigos y les invitó a una recepción. En ella, con impecable uniforme de camarero salió nuestro simio a servir con su bandeja. Todos quedaron estupefactos. Pero el mono tropezó y cayó de bruces al suelo. Acudió el propietario a recogerlo y se encontró al orangután riendo a carcajadas.

Por un momento el animal había sido enriquecido con inteligencia humana y comprendía lo estrambótico del proceder de su amo.

Él, mono de las selvas africanas, convertido en proyecto europeo de sirviente elegante. La cosa tenía gracia, por eso se reía.

Vosotros también sois poca cosa, dice el Señor, y no debéis olvidar que el programa que os he propuesto, el de ser santos, es superior a vuestras fuerzas. Si tropezáis, quiero decir, si os equivocáis o pecáis, no perdáis el humor y sonreíd. No es nada extraño que caigáis. Nada de derrotismos hipocondríacos o de congojas neuróticas. El desprecio hacia uno mismo o la compasión por el propio ser son fino orgullo. La quintaesencia de la humildad es saberse reír de uno mismo, es el humor espiritual.

El buen discípulo del reino de los cielos, dice el Señor, debe aprender de los cohetes que se tiran en las fiestas.

Vosotros habéis visto que nadie los impele, que están quietos en soportes y que permanecerían siempre inmóviles si no se encendiera su mecha. Pero cuando se quema la pólvora de su interior se levantan altivos y suben hacia el cielo dejando una estela luminosa. Y a veces desaparecen y vuelven a aparecer más arriba hasta que revientan en su culmen esparciendo, cual gigantesca flor, su luz.

Al cohete nadie le da la mano, lo que hay bajo él, la tierra con su fuerza gravitatoria, dificultan su ascenso, pero él, sacando energía de su interior, se aleja y asciende.

El cohete, dice el Señor, es una buena imagen del coraje que debe tener el hombre en ciertos momentos. Ni la compañía, ni la comunidad, ni los amigos le invitan a veces a avanzar o a iluminar. Sólo el empuje que encuentre en sí mismo, sus convicciones, su fe, su convencimiento de que hay que ser dócil a la gracia que hay en su interior y que no puede desbaratar, deben impelerle.

---

## 99. La arcilla

---

Hay gente, dice el Señor, que quiere ser endeble como la plastilina, amorfa y sin temple como ella.

Pero yo, que os he escogido, os he hecho como la arcilla que si bien es suave al tacto y dócil a los dedos y a la espátula cuando está húmeda, es firme cuando está seca y rígida e impermeable después de bien cocida.

Vosotros debéis recibir las pruebas, los obstáculos, los impedimentos, las interrupciones imprevistas, como operaciones que expulsan de vuestro interior todo lo anómalo, lo inútil, lo que os hace cambiantes perezosos para llegar a ser como el resultado de un buen alfarero.

Podéis ser una elegante ánfora, es decir un ágil y simpático santo. Una cazuela, esto es un trabajador servicial de los pobres. O una ocarina, que podría significar un juglar alegre que cantara por el mundo toda la paz, la alegría, el bien, el amor, que yo el Señor, esparzo y quiero que haya en la tierra.

No lo olvidéis nunca, estáis hechos de barro y no de plastilina.

---

## Índice alfabético\*

---

- Acacias del desierto: 90  
Acelerador: 52  
Acelerador de partículas: 39  
Agencia de relaciones: 85  
Agujeros negros: 36  
Arcilla: 99  
Aspirina: 70
- Bola de nieve: 63
- Cabina telefónica: 80  
Calculadora y calendario: 69  
Caridad en la calle: 34  
Carrete fotográfico: 96  
Cielo de algunos: 25  
Cohete de feria: 98  
Compromiso: 37  
Concierto de año nuevo: 41  
Concierto selecto: 66  
Conductor: 19  
Conductor nocturno: 72  
Conocerse mejor: 31
- Dejarse querer: 35  
Despertadores: 20  
Director de orquesta: 53  
Documentación perdida: 75
- Egoísmo: 10  
Embrión: 60  
Enamoramiento: 9, 30  
Encina: 58  
Energía cinética: 92  
Entrenador: 42  
Esperanza: 17  
Espiritualidades: 24
- Fe: 3, 5, 6, 8, 56  
Fiscal del juicio final: 27  
Freno de la moto: 13
- Generosidad: 7  
Genuinidad humana: 44  
Globo: 49  
Gota de agua: 79  
Guerrillero y terrorista: 64
- Hermanos gemelos: 40  
Hierbabuena: 61  
Hormiga diligente: 84  
Hueso del melocotón: 94  
Humildad: 2
- Infección de garganta: 45

\* Las cifras corresponden al número de las parábolas

Jóvenes: 16, 38  
Jubilación: 55

Limbo de los estúpidos: 46

Llave perdida: 76  
Llegada del otoño: 77

Médico y boticario: 22  
Montaña quemada: 73  
Muñeca rusa y oración: 21

Niño que se hizo daño: 71

Oración: 4, 18  
Orangután camarero: 97  
Ordenador: 62

Paraguas: 12  
Pastor y rebaño: 74  
Pecado original: 59  
Perros: 48  
Pita: 32  
Puente sobre el río Kwai: 87

Raíces: 54  
Rama desgajada: 50

Ratón de la biblioteca: 95  
Red: 14  
Remozar el edificio: 29  
Robo en casa: 93  
Roca de Montserrat: 78

Salsa mayonesa: 81  
Salud espiritual: 43  
Semáforos sincronizados: 57  
Semillas de oriente: 91  
Sentido de las cosas: 26  
Sentido divino: 28  
Sistemas políticos: 15  
Suerte: 89

Técnicos de técnica: 83  
Teléfono: 23, 33  
Tercer mundo: 1  
Tiempos pasados: 68  
Torero: 47

Urogallo: 86

Viajante: 68  
Viaje al Japón: 11  
Vida en invierno: 65  
Vagón correo: 88

---

## Índice temático\*

---

- Acción: 53  
Aceptar: 29  
Adolescencia: 16  
Agradecimiento a Dios: 21, 41, 69  
Ambición: 52, 92  
Amistad: 54  
Amor: 30, 85, 88  
Apostolado: 91  
Arrepentimiento: 37  
Atolondramiento: 38, 57  
Autoridad política: 15
- Capillita, Espíritu de: 14, 25  
Capitalismo: 15  
Caqui: 55  
Caridad: 19, 23, 85  
Celibato: 35  
Compartir: 31, 80  
Comprender: 82  
Comprometerse: 1, 37  
Comunicación personal: 17, 31  
Comunión de los santos: 14  
Comunismo: 15  
Conciencia: 13  
Concierto de música: 26
- Condescendencia: 82  
Conducir cristianamente: 19  
Confesión: 20  
Conflictos generacionales: 13  
Control de sí mismo: 86  
Coordinación en la Iglesia: 14  
Coraje: 12, 63, 65, 98, 99  
Corrección de Dios: 74  
Correspondencia: 17  
Constancia: 38, 51, 81, 94  
Conversión: 37, 74  
Crisis: 5, 12, 69
- Chismoso: 48
- Degradación personal: 20  
Desconfianza en Dios: 84  
Desunión de los católicos: 25  
Diálogo familiar: 13  
Dificultades: 38  
Dirección espiritual: 31, 42  
Disciplina: 63  
Disfrutar de la vida: 21, 69  
Distracción, Valor de la: 21  
Docilidad: 40, 87, 91, 98, 99

\* Las cifras corresponden al número de las parábolas. Para facilitar la búsqueda de un pasaje además de palabras-concepto figuran palabras-anécdota.



Dolor: 11, 71

Drogas: 16

Educación de los hijos: 29, 45

Educadores: 16

Egoísmo: 10, 36, 84, 91, 96

Enamoramiento: 9, 30, 35, 44

Engañarse a sí mismo: 93

Esperanza: 17, 61, 65, 77, 88

Espiritualidades: 24

Espíritu santo: 39, 49

Estatutos, Valor de los: 79

Estructuras: 83, 85

Examen de conciencia: 20, 42,  
43, 72, 86

Exigencia personal: 63

Familia: 29

Fe: 3, 5, 6, 8, 22, 56, 75, 76

Fecundidad personal: 32, 55, 58

Felicidad: 21

Fidelidad: 5

Frivolidad: 60

Fundamentos: 68

Generosidad: 7, 10, 24, 32, 33,  
36, 41, 50, 92

Gracia de Dios: 61, 83, 92

Guerra: 64

Historia, Sentido de la: 26

Humanismo del Señor: 39

Humildad: 1, 2, 6, 27, 58, 73,  
82, 87, 97

Iglesia: 80, 89

Ilusión: 58

Inactividad: 46

Inicios: 68

Insolidaridad: 46, 59, 60

Integristas: 64

Introvertido: 31

Jubilación: 55

Juicio final: 26, 27

Juventud: 16

Matriuscas: 21

Medios de santificación: 79

Modestia: 12, 40, 61

Muerte: 11, 69, 71

Mujer: 9, 30, 35

Obediencia a los padres: 13

Odio: 64

Optar en la vida: 30

Optimismo: 61, 65, 77

Oración: 4, 18, 21, 24, 29, 53,  
61, 81, 90

Orden interior: 75

Orgullo: 72, 73, 87, 92

Originalidad: 44

Pájaro: 31

Palo santo: 55

Papel secante: 36

Pecado: 41

Pecado original: 45, 59

Perdón a los demás: 4

Pereza: 38

Personalidad del Señor: 28

Pesimismo: 57, 77

Picapleitos: 48

Piedad: 22

Pobreza del Señor: 9

Políticos, Sistemas: 15

Precaución en la vida: 20

Precipitación: 96

Presencia de Dios: 27

Previsión: 45

Profetas: 64

Ratón: 31

Relación con Dios: 22

Respeto a la persona: 62  
Reuniones cristianas: 39  
Revisión de grupo: 67, 78

Sacramentos: 43, 70, 89  
Sagacidad: 45, 57  
Samaritana: 30  
Separación de Dios: 67  
Sexo: 16  
Sinceridad: 93  
Sociabilidad: 78  
Solidaridad: 23, 33, 34

Tecnocracia espiritual: 83, 85  
Tentación: 95  
Ternura de Dios: 35  
Terquedad: 40  
Tesón: 38, 40, 51, 65, 94, 98

Vanidad: 60, 86  
Viajar cristianamente: 19  
Vida espiritual: 43  
Vida interior: 90  
Virginidad: 30, 35  
Virtud, Valor de la: 93  
Vocación: 1, 91, 99

## **NUEVAS PARABOLAS**

Jesús de Nazaret hizo parábolas de todo lo que había vivido en su pueblo. En ellas el mundillo de cada día deviene eternidad y palabra para cada siglo. Pero cada momento de cada siglo, cada acontecer de nuestra vida es un eco de las parábolas del Señor: la aspirina, la pita, el paraguas, los agujeros negros, el vagón correo que se quemó...

Estas «Nuevas parábolas» no pretenden ser una especie de evangelio apócrifo. Podrían ser las parábolas que el Maestro pronunciara en algún momento si física e históricamente habitase entre nosotros.

**217**



9 788430 111565

**PEDAL  
SIGUEME**